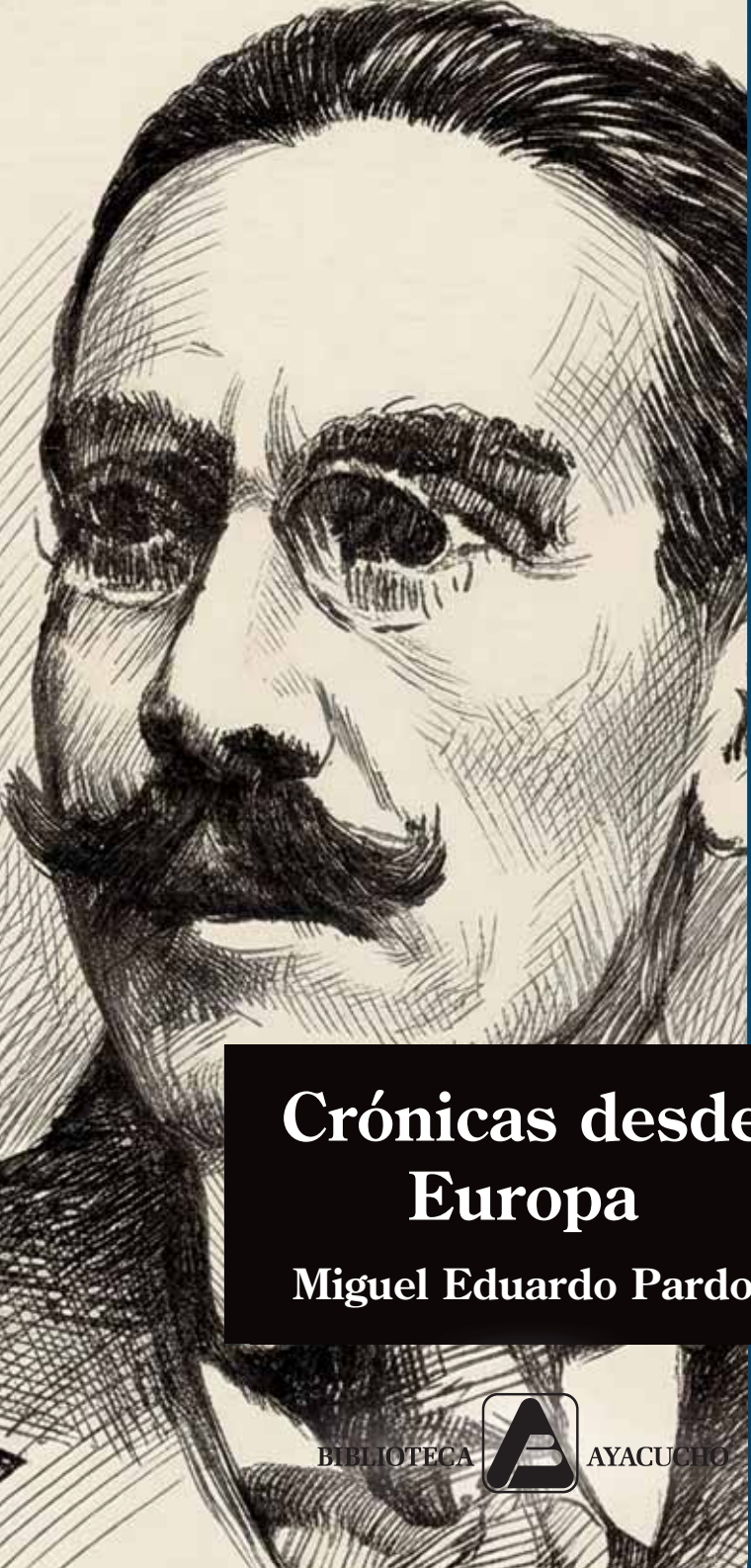


Crónicas desde Europa

Miguel Eduardo Pardo

BIBLIOTECA AYACUCHO

BIBLIOTECA AYACUCHO

Crónicas desde Europa

Colección La Expresión Americana

Crónicas desde Europa

Miguel Eduardo Pardo

37

Selección y prólogo
Álvaro Contreras

BIBLIOTECA AYACUCHO

Delcy Rodríguez Gómez
Presidenta Encargada de la
República Bolivariana de Venezuela

Miguel Ángel Pérez Pirela
Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura

Alejandro López Rodríguez
Ministro del Poder Popular para la Cultura

© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2026
Colección La Expresión Americana, Nº 37
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal DC2026001853
ISBN 978-980-276-580-5
Apartado Postal 14413
Caracas 1010-Venezuela
www.bibliotecayacucho.co.ve

Imagen de portada: Retrado de Miguel Eduardo Pardo de A. Otero. *Todo un pueblo*. Editorial Cecilio Acosta, 1941.

Edición y Producción: Equipo editorial de Biblioteca Ayacucho
Concepto gráfico de colección: Blanca Strepponi
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

PRÓLOGO
EL ASEDIO DE LOS DÍAS

El cronista, que detalla los acontecimientos sin discernir entre grandes y pequeños, tiene en cuenta la verdad de que nada de lo que alguna vez aconteció puede darse por perdido para la historia.

Walter Benjamin

EN PARÍS, a los 37 años de edad, muere el escritor venezolano Miguel Eduardo Pardo (1868-1905). Había ido a la capital francesa persiguiendo quizás un cargo diplomático o el oficio de escribir sus días de hastío y ansiedades. Casi una década atrás, había descrito ese momento de pérdida total que significa la muerte, ese instante final en la vida de un *chroniqueur* de fin de siglo en los siguientes términos: "Algunos por misericordia del sastre tenemos levita y pantalones bombachos; pero el día que nos sorprenda la muerte verán ustedes cómo nos encuentran con un puñado de céntimos en el bolsillo (¡y gracias!). Y cómo nos llevan pian pianito del Hospital a la fosa común"[1].

Sus actividades periodísticas habían comenzado en 1885 al fundar, junto a Leopoldo Torres Abandero, Gabriel E. Muñoz, Sebastián Alfredo Robles y Paulo Emilio Romero, el periódico *La fraternidad literaria*. De este primer período de su labor periodística resultan su obra *Ecos de la lucha* (1887), y los dramas *A tal culpa tal*

1. Ver página 89 en este volumen.

castigo (1888) y *Edmeda* (1888). En 1892 se marcha a España como cronista de *El Cojo Ilustrado*, revista para la cual escribirá más de noventa crónicas. A España llega "con un gabán raído y veinticinco duros en el bolsillo"[2], en pleno período del restablecimiento de la monarquía borbónica. Su intensa labor de cronista fue recogida parcialmente en sus libros *Viajeras* (1892), *Al trote: siluetas, croquis, rasgos, artículos literarios y descripciones instantáneas de París y Madrid* (1894) y *Volanderas* (1895). En 1899 publica *Todo un pueblo*, novela que el mismo autor con ánimos polémicos se encargaría de definir a través de una precisa imagen: "Un puñetazo formidable no es una razón, lo sé; pero es una realidad aplastante"[3]. Se trata del retrato de un "pueblo pintoresco y loco, vanidoso y charlatán, guapetón y delirante, bullanguero y enredador, dado a hablillas y dado a engendrar revoluciones a todas horas", como aclara Pardo en el "Prólogo" de esta novela.

Teniendo en cuenta sus testimonios sobre las colaboraciones en diferentes periódicos y revistas españolas e hispanoamericanas de fin de siglo, resulta difícil afirmar con precisión el número de crónicas que Pardo escribiera durante su estancia madrileña: "unos periódicos me pagaban, y otros no me pagaban. Pero, así y todo, era feliz"[4]. Sus artículos se encuentran dispersos en publicaciones periódicas españolas como *El Imparcial*, *El Globo*, *El Heraldo*. En este sentido, no deja de resultar extraña la carencia de estudios referidos a sus crónicas, cuando estas constituyen en verdad el centro de su obra, y no solo hablamos en términos cuantitativos sino además por el contenido creativo que las impregna, entendiendo sus crónicas como ejercicios literarios, textos que no solo obedecen al orden referencial del momento.

2. Ver página 130 en este volumen.
3. Miguel Eduardo Pardo, "Prólogo", *Todo un pueblo*, Madrid, Imprenta de La vida literaria, 1899, p. XIII.
4. *Ibid*., p. VIII.

En realidad la crónica se constituyó en un desafío para el escritor finisecular, pues a través de la institución periodística entró en una relación comercial con su escritura debiendo adaptar sus textos a las exigencias del mercado sin por ello abandonar el aspecto literario. Al ver tratadas sus crónicas como mercancías, el escritor modernista funda entonces una nueva relación con su trabajo literario basada en el criterio estético y comercial. José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Enrique Gómez Carrillo, Rubén Darío y Miguel Eduardo Pardo, hicieron de la crónica modernista no solo una vitrina abierta a la exposición de las mercancías de la vida moderna, sino además un espacio de reflexión sobre los cambios en las condiciones del trabajo intelectual, las nuevas fuerzas del mercado editorial que demandaba temas novedosos, formas literarias flexibles, horas extras de trabajo robadas al ocio de las grandes ciudades. Para Susana Rotker, la crónica aportaría a los modernistas "no solo una práctica de escritura" sino además "*una conciencia concreta de su instrumento y nuevas formas de percepción*"[5], lo que mediaría incluso en la apreciación de los "*temas poetizables*: el hecho concreto, lo prosaico, la vida diaria, el instante"[6].

Podemos pensar la crónica como un relato que basa su autoridad en la experiencia de lo cotidiano, en el suceso excepcional y frágil que cubre la vida diaria. En tanto fábula de la cotidianidad anclada en la contingencia del día a día, su referencia al tiempo presente incluye la percepción de las diversas experiencias y objetos que abarcan la modernidad. El *chroniqueur*, como ha señalado Aníbal González, "realiza una minuciosa 'arqueología del presente', reconstituyendo, representando, exhumando el acontecimiento del detritus que lo envuelve"[7]. De este deseo de reorganizar los frag-

5. Susana Rotker, *La invención de la crónica*, México, Fondo de Cultura Económica / Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2005, p. 118.
6. *Idem*.
7. Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1983, p. 74.

mentos de la experiencia social emerge lo fragmentario de la crónica, entendiendo lo fragmentario como experiencia extensiva de la ciudad: calles, teatros, cafés, mercados, cervecerías, simbolizan el *itinerario* citadino del cronista pero también señalan el aspecto formal de la misma crónica, su diseño fraccionado y heterogéneo. Una caminata por la ciudad puede así devenir, además de vivencia exterior, en un gesto documental y reflexivo.

Atendamos lo siguiente. La crónica no presenta las cosas como han sido sino como fueron figuradas, y esta divergencia incluye una forma distinta de presentar y representar el pasado: mirar cómo fue figurado enlaza con un proyecto crítico del pasado y del presente. Esta perspectiva de la crónica finisecular tiene como soporte la misma materialidad de la vida cotidiana, el rastreo de oficios, sucesos, objetos, el quehacer literario mismo, es decir, la elaboración de un arqueo de la vida material incluyendo el registro de sus múltiples tiempos. Sobre este soporte de la crónica modernista, se puede pensar la diferencia respecto a las exploraciones costumbristas del siglo XIX. Bajo la metáfora de la pintura fiel de la realidad, se habían publicado las colecciones *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844), *Los cubanos pintados por sí mismos* (1852), *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854-1855), entendidas estas colecciones como creadoras de imágenes de identidad, como espejos donde la nacionalidad se mira y se hace mirar a través de algunas figuras sociales. En estas compilaciones, derivadas tal vez de los famosos panoramas sociales publicados en Europa a mediados del siglo XIX: *Heads of the People: or, Portraits of the English* (Londres, 1840), *Les français peints par eux-mêmes* (París, 1840-1842), *Berlin und die Berliner* (Berlín, 1840-1842), la noción de panorama de la vida social rige la elección del tema narrativo, la imagen de lo típico determina aquellos objetos incluidos y excluidos en el registro social costumbrista.

Algunas de las crónicas de Pardo sobre España colindan con las clásicas imágenes de tipos genéricos tan en boga en el siglo XIX, con las colecciones de escenas urbanas y retratos de tipos –relato sobre un personaje peculiar y su actividad– derivados del artículo costumbrista, acompañados habitualmente de ilustraciones o viñetas intercaladas en el desarrollo de los textos. Pero, más allá de los límites con las colecciones de tipos decimonónicas, las crónicas de Pardo se inscriben en un momento clave de rehispanización de la cultura, por tanto, la presentación de la vida española está liberada del tratamiento satírico, jocoso y moralizador, como era común en el texto de costumbres. Ir más allá del objeto de estudio de la tipificación suponía dejar atrás la noción de retrato o de cuadro fisiológico para así presentar el "carácter" español en un nuevo género, si bien en esta nueva presentación siguió perviviendo muchas veces la integración texto-imagen.

Entonces, ¿qué registra la mirada temporal de Pardo? Sociabilidades populares, festividades públicas religiosas, retratos de escritores y artistas como Sarah Bernhardt, sucesos relacionados con la rutina familiar, callejera, artística y monárquica. Aquello que genéricamente podría llamarse la vida española. ¿Y qué temas elude? La política del momento es tratada con humor pero sin llegar a profundizar en el tema nacionalista, y quizás en esto encontremos dos motivos: la línea editorial de la revista *El Cojo Ilustrado*, y las alianzas intelectuales con los discursos hispanistas del momento. Es muy relevante además la ausencia de noticias sobre ciencia o avances tecnológicos. Predomina, en cambio, todo lo relacionado con la noción de tradición nacional. La incorporación de lo nacional a este mundo refinado del mercado –que permite reposicionar el tema de lo hispánico en sus coordenadas literarias y políticas– responde a ese momento de inserción de la tradición en la modernidad, de *invención de la tradición*. Pero si de este modo la imagen de lo típico permite pensarse como un elemento generado dentro del marco

propio de la modernidad, de igual manera aquellas zonas y tramas presentes o borradas del mapa nacional e ibérico permiten acentuar el grado político de las crónicas de Pardo[8].

El tratamiento de esta idea de suceso en las crónicas de Pardo podemos compararlo, brevemente, con el universo cosmopolita dibujado por José Martí. Pardo y Martí se mueven en dos escenarios finiseculares distintos, cada uno mira y se desplaza en una ciudad diferente, e inventan dos formatos representacionales para esos dos lugares de la modernidad. Qué mira Martí: una modernidad técnica, los procesos democráticos, las nuevas corrientes de la vida literaria, las difíciles orientaciones del intelectual en la actualidad. Teniendo como referente las *Escenas norteamericanas*, señala Julio Ramos: "Martí escribía sobre prácticamente cualquier aspecto de la cotidianidad capitalista en los Estados Unidos"[9]. En Pardo, la ausencia de imágenes ligadas al mundo de la técnica resalta, si se la coloca junto a la presencia dominante de códigos tradicionales, una ausencia que puede ser interpretada como una crítica de la modernidad tecnológica, del progreso técnico, de los imaginarios tecnológicos que cruzan la ciudad moderna. La retirada del mundo técnico en las crónicas de Pardo adquiere otro valor: revela ciertamente otra relación con los nuevos bienes culturales, pero también la seducción de otra modernidad, aquella generada en la percepción de lo antiguo, una modernidad traducida en la admiración por los signos de la sociabilidad tradicional.

8. Sobre el ambiente intelectual español finisecular, sobre esa España de la restauración y del 98, sería interesante cotejar las crónicas de Pardo y las de Amado Nervo, por un lado, con las recogidas por Rubén Darío en *España contemporánea* (1901), y la biografía novelada de Enrique Gómez Carrillo, *La miseria de Madrid* (1920); por el otro, tendríamos un cuadro de imágenes bastante polémico tanto de la vida española como de las posiciones políticas del intelectual hispanoamericano.
9. Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, F.C.E., 2003, p. 113.

Si enfocamos la representación de lo tradicional desde el arqueo material que supone la escritura de la crónica, veremos que dicho esquema de la tradición resulta radicalmente alterado por las nuevas estrategias de figuración de la ciudad. Si las ideas de variedad y entretenimiento son claves para la escritura y recepción del texto, el cual está vinculado al marco de su aparición en revistas o periódicos, la imagen de lo tradicional no escapa a esta lógica artística y admirativa de la crónica modernista. Es así como la ciudad, observada desde el punto de vista de su cotidianidad, por tanto, en su dimensión histórica y casual, puede devenir en una tienda de antigüedades donde converge lo *antiguo* y lo *moderno*. La misma ausencia de imágenes técnicas en las crónicas de Pardo puede interpretarse en esta dirección: la crónica y la ciudad son pensadas como construcciones museísticas. Acaso sea este uno de los aspectos de la modernidad literaria reprimidos en la crónica: la invención de una imagen de la antigüedad, especie de cámara fotográfica que fija los instantes celebrados por la modernidad como nacionales y autóctonos.

Es en este sentido que la crónica debiera entenderse como el lugar donde se registra la vida civil de las ciudades, el relato de un instante fijado como *instantánea* donde todo es acontecimiento: una mirada en la calle, un chiste en la cervecería, un murmullo en el teatro, son detalles que iluminan una escena y permiten hilar toda una secuencia narrativa. La decisión de contar algunos lados del suceso elegido da como resultado el encabalgamiento de varios hechos en una misma crónica, conlleva una redefinición de nuestra idea de acontecimiento: la narración de un paseo matutino celebrando la entrada del otoño, puede luego terminar en los detalles y el comentario del estreno de una obra teatral. Esta fragmentariedad formal de la crónica corresponde a su misma posición desiderativa frente a la vida moderna, posición que instala en el texto cronístico una distancia irónica frente a los modos usuales de escribir la ciu-

dad. Para Pardo, las formas sintácticas académicas no están separadas de una percepción de la modernidad, de una forma de representar y vivir la sociedad; él ambiciona puntualizar las tensiones entre un orden social tradicional, antiguo, y una prosa ágil, cambiante, que remita a las fantasías de otra escritura. Lo desiderativo implica imaginar otra ciudad y otro archivo para intentar representarla.

¿Cómo escribe Pardo su experiencia de la ciudad moderna? Podríamos trazar dos itinerarios (que son a la vez puntos de vista) a través de los cuales el cronista singulariza su experiencia de la ciudad, dos mapas modernos de lo urbano: Caracas y Madrid. En *Todo un pueblo*, Pardo figura la ciudad como caos, una urbe con simulacros de civilidad; en sus crónicas sobre España, cifra la ciudad como signo de la tradición. La severidad con que Pardo examina la sociedad caraqueña plantearía otras interrogantes si constatamos en sus crónicas la presencia de unos valores y tradiciones que confiesa admirar. Las denuncias de incivilidad en su novelística van acompañadas de una visión cautivada por los valores del pasado en sus crónicas. La rebeldía clásica de Pardo, en sus modales, en su carácter, en su vida pública, se revela como una anarquía en búsqueda de un orden tradicional que la contenga. El carácter anárquico del héroe de *Todo un pueblo* significa, por un lado, crítica social, por otro, nostalgia de un orden perdido, y quizás por esto su rebeldía tenga algo de ridículo, es divertido y heroico pero está condenado al fracaso en el descubrimiento de un orden vivencial y social.

SOBRE ESTA EDICIÓN

Todas las crónicas aquí reunidas de Miguel Eduardo Pardo fueron tomadas de *El Cojo Ilustrado*. Se corrigieron las evidentes erratas ortográficas y gramaticales y, en otras ocasiones, se actualizaron las pautas de ortografía, sin afectar el uso de neologismos propios del autor. Se ha mantenido el uso particular de las mayúsculas. Ademas se modernizó la acentuación, así como se restituyeron los signos de interrogación y exclamación cuando faltan al inicio de las frases.

B. A.

Crónicas desde Europa

Miguel Eduardo Pardo

¡BENDITA TIERRA!*

QUE LO MÁS BELLO de las Antillas es Cuba, ni cabe escribirlo: lo sabe todo el mundo; lo que no sabe todo el mundo, es que, un extranjero en La Habana no echa de menos el terruño ni piensa por modo zozobrante que ha de atormentarle luego la nostalgia...

Allí se alienta bajo el claror de la alegría y la alegría es una sonora risa de cristal hecha para los labios de aquellas espléndidas mujeres.

¡Parias hay que rendir a esas tropicales de ojos negros y de talles flexibles, como sus palmeras, que mueven a maravillosas concepciones a sus poetas de cítaras de oro, a sus artistas de pinceles de seda. Cuba es astro en ese azul espacio donde son constelaciones Puerto Rico y Santo Domingo; y cuenta que son estas dos islas, las que con más legítimo derecho pudieran presentarse con sus puñados de hermosuras, en un certamen de bellezas antillanas. Empero, si la una es Hécuba doliente, eterna gemidora que da a luz sus hijas pálidas, porque son hijas de la neurosis, la otra es Diana que se ocupa más de su flecha y su carcaj que de las dulzuras de su hogar.

Cuba es una trigueña tentadora que gasta los cabellos rizados, los labios como guindas, las pupilas aterciopeladas; su espíritu es volcán; ella aprendió el heroísmo en la manigua y si no ocupa puesto en las repúblicas de América, tiene puesto de honor en el luminoso mundo de proezas de la Historia. El rubio *yankee* está locamente enamorado de esa vaporosa trigueña que anda ocultando prodigios

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 19, Caracas, 1 de octubre de 1892, pp. 316-317.

bajo su eterno traje de verano. ¡Cuba es la vida! Tiene sus epopeyas victoriosas en las abundosas plenitudes de sus campos, allá, donde el guajiro tañe la guzla criolla y deja ondular el latido sonante de sus décimas; allá también suena el tamboril al compás de la guitarra y el ruiseñor arpegia sus himnos de amor y libertad bajo una cabellera de palmas temblorosas y de arroyuelos azules... ¡Bendita tierra!

* * *

Una rubia mañana de marzo trepaba yo la empinada escalerilla de la nave que debía conducirme a Nueva York. ¡Cuán lejos estaba de mi mente la idea de prolongar la ausencia! La Habana con toda su esplendidez se presentó a mi vista bañada por los primeros reflejos de la aurora. Gradualmente y conforme iba el buque desprendiéndose del puerto, surgían, cual evocadas remembranzas las siluetas de las torres y las azoteas de los hoteles; al frente el Palacio de Marina con sus salones aperlados citándome inolvidables noches de sarao; luego la estrecha Plaza de Armas; la Cabaña con sus sendas torcidas; a opuesta mira El Prado con sus árboles seculares, y al fondo de esta calle, en línea recta Payret, con sus proporciones correctas, el célebre Tacón con sus pilares blondos y robustos; un ángulo del Parque Central que parece jugar al escondite cuando lo asedia con sus ávidas miradas el viajero; después, magníficamente tendido San Lázaro, de donde me finjo que salen, francas, las explosiones de mis compañeros de fiestas; y por último las curvas majestuosas del "Vedado" con todo el atavío de sus jardines y sus pompas campestres, a cuyos pies se agita un torbellino de espuma...

Al fin retumbó potente la voz del bronce fuera del Morro y se ocultó la Sultana perezosa como al bardo germánico la poética Estambul desde los confines del Bósforo. Vagó la vista inquieta, un mundo de afectos se me atropelló al corazón, y tembloroso el pañuelo arrojó de entre sus pliegues el enigma del dolor hecho poema.

* * *

Que estas líneas son deuda de afecto antes que trabajo literario, es verdad, y ello es homenaje de gratitud a la hidalguía cubana. Yo amo a Cuba en sus mujeres cuando se mecen al inimitable compás de su danzón; la amo en sus oradores de períodos elásticos, en sus tribunos de épicos acentos; la amo en sus periodistas, de cuyas plumas nace la frase hecha con sus altiveces y sus triunfos, como Minerva armada de su casco y su lanzón; la amo en sus poetas antiguos tanto como en sus contemporáneos; y en una palabra, la amo y la siento en su República futura, con su valor homérico probado, con sus virtudes cívicas: la República sin crímenes ni sangre, franqueando las puertas del siglo venidero, triunfadora y sublime, como para probar al mundo que toma posesión de sus derechos, porque con su libertad se perfecciona el continente: se completa la América.

Caracas, septiembre de 1892

MADRILEÑAS*

CON SUS AURORAS manchadas de carmín, con sus tardes espolvoreadas de oro, con sus noches húmedas de aromas se presenta regocijadamente sonreído el otoño, dispuesto a vivir la tradicional vida ficticia de octubre. El otoño es como un anuncio de invierno, que se acerca aristocráticamente rebujado en su abrigo de pieles. Y heraldo prestigioso de fiestas este invierno, prepara su traje de etiqueta y envía al rubio mensajero de su arribo para que la Corte le reciba lujosamente, como ha menester el glorioso rey de los placeres... y de las pulmonías.

De aquí el momento incesante, la encantadora confusión y el regio tumulto en las estaciones de ferrocarriles: las familias, gozosas, todavía con sus trajes blondos de verano y sus amplios sombreros de paja ceñidos por áureas cintas de seda, vienen repartiéndose besos y sonrisas, después de corta ausencia en las ondulosas playas de Biarritz; detrás vienen los papás con los pequeños maletines de "piel de Rusia"; y abriéndose paso por entre el distinguido barullo de faldas y de encajes, entran los apuestos galanes a partir corazones y a prometer con efusivos apretones de mano amante, futuros rendimientos de cariño...

En estos bellos días otoñales Madrid se transforma.

En la Puerta del Sol brillan las caprichosas franjas anunciadoras, que alarman la alegría. La tinta grana de letreros que apuntan la inauguración de la temporada de ópera, produce un suave cosqui-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 45, Caracas, 1 de noviembre de 1893, p. 394.

lleo en el espíritu y ya se nos antoja oír la música robusta y espasmódica que se descoge en artísticas ondas en los pasillos del Real. La imaginación que sondea de temprano las tentaciones ofrecidas a la elegancia de la corte, va recorriendo en sueños, alumbrados de luz incandescente, las filas de los palcos que semejan góndolas cargadas de "huríes" con ojos que titilan como estrellas. Para cada cabecita habrá un cerquillo deslumbrador que oprimirá peinados griegos; cada garganta desnuda, un collar áureo; cada marmóreo pecho de Venus un escote perfilado de gasa; cada brazo mórbido una joya; cada cintura flexible el flamante cinturón de oro que marca el nacimiento de formas espléndidas hechas para modelos de estatuas.

Este es el prólogo de la fiesta: luego vienen los bailes atrayentes, en maravillosos palacios que se recaman de farolillos de colores y se visten de alfombras espesas, y se pueblan de jardines caprichosos, enarenados, festoneados de emblemas. Vienen las tertulias de los "cafés" confortables, con sus cortinas y sus muelles asientos, donde se despereza la helada, esa juventud que gasta el frac forrado en seda y la camisa blanca y relumbrosa. Pero viene también el traidor viento del Guadarrama cargado de amenazas de muerte. Dicen que el viento del Guadarrama bate reciamente por la calle de Alcalá después de medianoche cuando aún no se ha entregado Madrid al sueño. Cuando ese viento en su carrera desaforada llega a la Puerta del Sol se reparte por todas las estrechas avenidas y entonces se encalleja y clama y parece como un lamento desgarrador, que espanta y sume en las mayores angustias a los que a tal hora se echan a la calle enérgicamente arrollados en sus capas.

Después que lo previenen a uno de esta suerte, a ver si hay valor para soñar en las prometidas fiestas de invierno.

* * *

A Luis Bonafoux se le puede retratar de una sola pincelada.

Los ojos, la nariz, la boca, la cara toda entera, desde la raíz del pelo hasta la punta de barba, es un epigrama volteriano.

Cuando llegó a Madrid era un desconocido, uno del montón, un ser más entre la muchedumbre. Y franquear audazmente las puertas de ese mundo literario donde los más osados desalientan, donde los más fuertes debilitan; venir como muchos a aventurar, donde, si las glorias llegan no compensan los grandes sacrificios; entrar, así, sin credenciales a pedir sitio, donde el sitio cuesta, a veces, toda una vida de amarguras para lo porvenir, es suspenderse como el águila para batir las alas poderosas en regiones amplias de luz.

"¡Romper el hielo!..." menos aún: publicar en cualquiera de los principales periódicos de la corte es alcanzar un imposible. Y esto lo consiguió Luis Bonafoux arrastrado con singular denuedo, contrariedades, dolores, y martirios. Comenzando por sus paisanos no encontró más que obstáculos. ¡Pues no llegaron hasta apedrearlo en Puerto Rico, porque en cierto célebre artículo ponía de vuelta y media el carnaval que allí se juega!... Fue entonces que Bonafoux se irguió para gritar como Larra: "De hoy más no estará en tus manos despreciarme, medianía; calumnia, aborréceme, si quieres, pero alaba".

De esta guisa se lanzó con fe inquebrantable en el espinoso camino que sus adversarios le marcaron.

No siempre es uno, sino los demás, los egoístas y los envidiosos, quienes señalan la senda, que ni se pensó trillar. De aquí que Bonafoux no diese reposo a la pluma que empapó en acíbar para salpicar con ella a medio mundo literario. Hasta Clarín sintió que las gotas le quemaron la reputación de crítico: la discusión entre Clarín y Bonafoux fue una espantosa pedrea.

Nunca olvidaré los días que vivió Luis en La Habana. Empezó él a escribir "los lunes" de *La Discusión* y a poco, sin saber por qué, se armó una tremolina entre Bonafoux y los redactores del perió-

dico donde yo publicaba escritos de la misma índole. La bronca se hizo tan fenomenal, que, me impuse como deber ineludible separarme de todos ellos, dada la amistad que me unía a los dos bandos.

Desde aquella fecha, que regresó a España, no supe más de él, hasta que me entré yo, como de contrabando, por estos mundos.

Bonafoux es hoy el corresponsal de *El Liberal* en París, es decir, una potencia; pero una potencia temible, porque aquella pluma es un látigo: no hay otra que borde frases más feroces; no hay quien invente motes más sangrientos; no hay bilis comparable con la de ese escritor; pero también son pocos los escritores que sepan más oportunamente arrojarla, como un frasco de vitriolo, a la cara de sus enemigos.

Las extravagancias de Bonafoux las ensalzó Joaquín Dicenta: otros escritores hánselas censurado. Verdad es que las polémicas literarias de Bonafoux no fueron reñidas galanamente; pero a través de los rudos ataques, de las ironías, de los arranques coléricos de las diatribas y los gritos, se ve al escritor triunfante, con estilo donoso que avasalla. Los mismos que lo destrozaron ayer, cuando leen esas admirables revistas que publica *El Liberal* firmadas pos Luis de Madrid (su seudónimo), se sienten arrastrados a aplaudirlo.

Hay en Caracas quien conoce a Bonafoux, quien gratuitamente lo odia, y quien lo envidia además. Quien tal piensa y siente no ha llegado ni llegará al puesto donde se hombrea Bonafoux con los Mariano de Cavia y los Octavio Picón.

* * *

Cómo se fuma en España no es posible decirlo de manera que convenza: es necesario verlo. De niño me dijeron que en Cuba fumaban hasta las señoras, y luego me convencí de lo contrario; pero lo que yo no sabía, ni aun remotamente, era la pasión, el delirio que tienen los españoles por el tabaco. Aquí se fuma en todas partes de

un modo bárbaro e incomprensible. En cualquier teatro y en un intermedio, pongo por caso, se recorre lentamente con la vista desde el primero hasta el último piso y se encuentra uno con el cuadro más original y brumoso que puede figurarse; de cada rendija, de cada hueco, de cada asiento van subiendo azuladamente retorcidas, gruesas y caprichosas columnas de humo que a poco forman alrededor de las lámparas grupos pequeños de nubes y montoncitos de bosques, cuyos claros amarillea la luz del gas; parece entonces aquello un campo de batalla en donde los golpes de humo semejan las explosiones de las armas de fuego. Aún armados de poderosísimos anteojos vano sería el empeño para descubrir una cara detrás de esa niebla. Fuma el espectador en la sala y fuma el artista entre bastidores y fuman los rezagados en los pasillos y en el peristilo y en las puertas; resultando de esto una atmósfera capaz de asfixiar a los hombres de pulmones más potentes.

Y ahí es nada: en los tranvías herméticamente cerrados y en los restaurants y en los estrechos vagones del ferrocarril. En el hotel se sorbe la cucharada de sopa envuelta en ese vapor tenebroso, y no sería motivo de asombro para mí, encontrar a un caballero en visita arrojando lindamente portentosas bocanadas de humo a la cara de la más respetable dama. ¡Ya es tan corriente aquí el abuso del tabaco que uno se contagia y acaba por emprenderla a brazo partido, o mejor dicho, a pipa atestada, con tagarninas del estanco!: lo peor de Filipinas, el bagazo, la hez, el desperdicio del tabaco de Cuba confeccionado, alimentado y adobado con una barbaridad de inmundicias. Eso es lo que se fuma en España con tanto anhelo.

* * *

Y para estreno de MADRILEÑAS basta...

No hay que pedir más al rudo esbozador de las crudezas callejeras, para los elegidos el pincel de seda traza el cielo azul, la tie-

rra blonda y la campiña de aterciopelada y abundosa hierba virgen –que hablan los poetas–. Para mí la impresión brusca, el golpe violento, la respiración de las muchedumbres, el campo abierto y ruidoso de la plaza de toros, el remolino incesante de los teatros, la vida agitada, el motín y la revolución de ideas... Pero los lectores de *El Cojo Ilustrado* bien merecen un sacrificio, y aunque el alumbramiento sea doloroso, allá irán las revistas perfumadas y rubias si la musa no se muestra desdeñosa y esquiva a mi reclamo. Por hoy pase... Entraré sin hacer ruido en este airoso palacio que frecuentan los próceres y los príncipes de la literatura venezolana: iré al último rincón, al ángulo más oscuro, a donde no me vean, a donde no me motejen el zafio aspecto, porque ni siquiera he tenido tiempo, urgido por la hora, de calzarme "los únicos guantes de piel de suecia que me quedan" –como dice Gutiérrez Nájera el orientalista mexicano–.

SEVILLANAS*

HACE UNA HORA que Ángel Pons y yo nos hemos separado en la Estación de Atocha después de tres días de feria en la histórica Sevilla...

Aún me queda en las pupilas el deslumbramiento del espectáculo; aún llevo en la imaginación medio esfumadas las curvas voluptuosas de aquellas espléndidas mujeres; aún tengo en los oídos como un lejano rumor de fiesta olímpica el ruido de las muchedumbres que aplauden, de las guitarras que se quejan cantando; de las alegres vibraciones de las castañuelas, de las ondulantes músicas flamencas y de aquellas melancólicas coplas que traen siempre reminiscencias de alguna tristeza agonizante o dormida en los rincones del alma.

Así soñé yo a Sevilla arrullada por la musa de la leyenda, humanizada por el amor, glorificada por el épico clarín de las historias; así, con esas callecitas animadoras donde viven y pululan privilegiadas mujeres de gracia y hermosura; con los terrados de las casas henchidos de búcaros; con sus ventanas cruzadas por verdes enredaderas; con sus patios, como los de Caracas, abiertos a la luz del sol, poblados de macetas, de jazmines, de campánulas y madreselvas... No fui a Sevilla precisamente a ver la feria, sino a curiosearlo todo, monumentos, calles, parques y paseos; pero mi compañero dio al traste con mi itinerario y apenas si pude echar una ojeada, a la famosa Catedral cuya laberíntica estructura de yo no sé cuán-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 59, Caracas, 1 de junio de 1894, pp. 220-221.

tos siglos atrás deja el ánimo suspenso; otra ojeada al Patio de los Naranjos, que está rodeado de estatuas y muros de fabricación árabe y otro al Alcázar, sitio de todo punto indescriptible en una crónica que solo se dedicará a la feria.

Lo que sí quiero consignar es mi visita a la tumba del infortunado Gustavo Bécquer.

La tumba del poeta no está muy lejos de la ciudad.

Se va por una polvorosa carretera muy triste y muy solitaria... y allá cerca de las blondas y a trechos verdosas orillas del Guadalquivir, rodeada por una pobrecita verja de hierro se ve la blanca losa que cubre las cenizas del doliente bardo de las *Rimas*...

No recuerdo cuánto tiempo estuve allá, pero cuando regresaba a la ciudad, cuando empezaron a llegar a mis oídos semiapagados los delirantes gritos de la fiesta, sentí como un peso en los pulmones que no me dejaba respirar y balbuceé inconscientemente:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

* * *

Andando, andando, y luego que deja uno a las espaldas la Plaza de las Delicias y la calle de las sierpes, que es la principal arteria de la ciudad, se entra en las bulliciosas barriadas que ostentan vistosos gallardetes, pabellones, lazos de mil colores, guirnaldas y arcos, por entre los cuales desfila la alegre muchedumbre que va al prado de San Sebastián donde se verifica la apoteosis de la primavera y la hermosura... Una fiesta esplendorosa a la que acuden príncipes extranjeros y gente linajuda, o popular de todos los pueblos de España. En trenes regios, a caballo, en tranvías, en tartanas, en ómnibus y a pie invade la multitud aquel extenso prado cubierto de interminables hileras de "casetas" que hacen horizonte. Hay casetas de lona a rayas y casetas de madera labradas, pero todas son originales, artísticas, espléndidas en festones, colgaduras, sillerías, es-

pejos y ramos de flores que forman murallas porque en cada una el goce va a realizar sus victoriosas y sonadas epopeyas... Hay alegría en todas partes; alegría en los ojos que relampaguean a través de las mantillas de encajes y madroños; alegría en los inocentes gritos de forastero deslumbrado; alegría arriba en el azul del cielo transparente; alegría abajo en la cariñosa y tibia verdura del campo que palpita ebrio de vida como si la humanidad le transmitiese sus estrépitos, sus temblores y sus ímpetus.

Flanqueando esas casetas como una enorme y culebreante cinta listada de oro y grana, se ven los fondines de vinos espumosos, las tabernas con sus apetitosos caracoles, las buñolerías, con sus pequeñas y azuladas columnas de humo y los abrevaderos de ganado en los que la astuta y famosa gitanería andaluza campa por sus respetos realizando negociaciones truhanescas.

"Un día de feria –escribe un renombrado literato francés– es para el gitano lo que para los hechiceros una noche de sábado: en las manos de juglar del bohemio Rocinante se robustece como Bucéfalo. El rocín cansado que la víspera arrastraba sus pesuñas cojeando se metamorfosea en corcel gallardo. Pero entre las rodillas del jinete comprador la bestia apócrifa se deseca; su gordura se funde como la nieve al sol y la crin postiza queda entre las manos del rústico embobado".

Es una pintura exacta de lo que acontece en los centros de *tratos* de la feria Sevillana; con la particularidad de que montando al rocín el hábil vendedor, aquel tiene más bríos que un *cerrero* de nuestros llanos, porque en un cerrar de ojos le introduce a la bestia entre las orejas un puñado de alfileres que lo pone a piafar y a fingir "respingos" capaces de convencer al más entendido domador.

* * *

Las gitanas se adornan de piedras deslumbrantes; del pañolón hacen una maraña asombrosa que se cruzan sobre el pecho dejando la redonda garganta descubierta o ceñida de collares de cristalería. En las puertas de sus tiendas ofreciendo barajitas y animando con guiños picarescos al extranjero las gitanas constituyen –según Pons– el verdadero peligro de la feria: él sabrá por qué lo dice.

Cerca de las gitanas, por lo general, se levantan las barracas churriguerescas, donde saltimbanquis, cancanistas y titiriteros ejecutan al ruido de los cascabeles y tambores, saltos dislocantes y bailes vertiginosos.

A trechos se ven las buñoleras con sus abigarrados trajes de percal, soplando afanosas los anafes y pinchando las rosquillas que ofrecen *calentitas* y con inimitable zalamería a los paseantes.

Y arrullando todo este movimiento, de seres y de cosas, todo ese torbellino de coches que pasan, de caballos que trotan y de reses que mugen entre el ladrido de los perros, se oyen las murgas estridentes y las danzas cadenciosas y los pasacalles en boga y las coplas quejumbrosas de los *cantores*... improvisadas entre una caña de manzanilla y un preludio de ritmos torturados por el tocador.

Junto a este suele verse a la bailarina con su traje característico, de faldas de colores ceñida, sin mantilla, con los brazos desnudos y el pelo sólida y artísticamente enroscado sobre la nuca... Una atronadora salva de aplausos saluda a esta mujer cuando enarca el talle, echa los brazos en alto y comienza, esparciendo, agitando y desliando las relumbrosas faldas para darse esa serie de volteretas olímpicas y magistrales taconeos que constituyen el arte quintaesenciado, el arte prodigioso de Andalucía. Es el baile fantástico, aéreo, de rapideces increíbles, de ritmos y de rúbricas tantas veces descrito; pero hay que verlo, no adulterado en los teatros de la Corte, sino allí, en la tierra de *María Santísima*, donde la bailarina tiene más libertad o más conciencia, donde la tentadora languidez de los ojos y la sonrisa inimitable de los jugosos labios andan en compli-

cidad con la música nerviosa, donde la mujer se transforma en ángel o demonio o no sé qué, cimbrando, ondulando y serpenteando la cintura hasta arrancar esos gráficos *¡Olés!*... *¡redios!*... y *¡viva tu mare!*... y mientras al compás de las castañuelas habla, canta y frasea sus poemas coreográficos la suela del zapato...

* * *

En el programa de *los tres días* se incluyen grandes corridas de cornúpetos en las cuales figuran las primeras estrellas de la tauromaquia. Los héroes de pantalón ajustado de chaquetilla corta y de camisa historiada exhiben sus erguidas personas desde temprano entre el mujerío de rompe y rasga. Y cuando llega la hora de corrida, es de ver la animación de las sevillanas que en esto le dan punto y raya a las madrileñas: flores, madroños, peinetas, bizarros mantones de largos y ondulantes flecos, en una palabra, el traje propio de la verdadera *torería* y la no menos verdadera y santísima locura que produce este espectáculo en España.

Luego allá, por la noche, la muchedumbre invade la pradera espléndidamente iluminada y se entrega al canto, al baile, al juego y a la tertulia donde "se derrama la sal" y se prodiga la sonora carcajada; hasta que la fatiga y el Jerez rinden las almas y los cuerpos; las luces de los farolillos se agobian; las orquestas languidecen; las antorchas empiezan a humear y cuando las tenues claridades de la aurora se dilatan sobre el campo, apenas se ve un extraño montón de telas, de mantas y de soñolientas cabezas que buscan apoyo en el espacio o se enderezan de súbito al eco de alguna ronca petenera que se pierde entre las profundidades de las últimas sombras de la noche que se acaba...

MADRILEÑAS
La Cervecería Suiza*

EN MEDIO de ese mundo de hoteles, restaurantes, cafés y demás centros donde los madrileños encuentran motivo para holgar, existe una célebre cervecería que ha sido y es un refugio de muchos escritores, poetas, artistas, actores y jóvenes de buen humor a quienes les trae muy sin cuidado el odio de la asociación de Padres de Familia.

De este café soy uno de los más asiduos parroquianos; o mejor, he llegado a ser un camarada entre estos señores que vienen de dos a tres de la tarde a departir familiarmente de sucesos literarios, políticos, teatrales, etc., etc., allá en los últimos divanes del rincón de la derecha. Si me preguntaran por qué vengo a diario no sabría contestar, pues mirándolo despacio no es toda gente alegre la que aquí se reúne, ni el café que nos dan es cosa de saborearlo con placer, ni todos son amigos míos. Esto no obstante la broma es aquí moneda corriente y la cervecería puede decirse que es un consuelo para los tristes o un lugar de salvamento para las crisis intelectuales y para las del bolsillo, a veces.

Pedro el camarero, no me dejará mentir. Se ha dado el caso de salirnos de allí sin pagar, por distracción o porque dejamos el portamoneda en casa.

Ya todo el mundo respeta aquellos sitios del rincón, donde se charla, hasta por los codos, se grita, se ríe y se fuma que es una barbaridad. Se le pasan a uno las horas muertas oyendo a Luis Taboa-

El Cojo Ilustrado, Nº 63, Caracas, 1 de agosto de 1894, pp. 292-293.

da, el gran risueño, que a menudo lleva la voz cantante en el famoso congresito. Van llegando en grupos de dos a tres o uno a uno muy calladitos primero: de estos "calladitos" es Félix Llana, amigo íntimo de *Clarín*, ahijado literario de Echegaray y autor junto con Francos Rodríguez, director de *La justicia*, de un drama muy aplaudido, Francos Rodríguez es concejal, republicano, pasea en coche con el alcalde y escribe perrerías contra el Gobierno en el número de la noche. Luis Valdés es hombre serio y no hace chistes porque es candidato para la Academia. Ángel Pons (*nuestro* artista) tampoco habla, pero a días se suelta... Y hay que llamarlo al orden. Joaquín Dicenta es el alborotador por excelencia; se le oye desde la Puerta del Sol y como siempre está en escena le apellidamos por el título de su drama: *Luciano*. Alejandro Lerroux es un elegante chico director de *El País*: Alejandro para ser director completo y estar en carácter cuando triunfe la República (?) en España, acaba de casarse, creo que es lo único bueno que ha hecho en toda su vida. Eduardo de Lustonó que se parece a Castelar, no le da el naipe por los discursos, sino por las recitaciones de los autores antiguos; y don Manuel Quesada un ilustre cesante, gran comentarista, aficionado a la tauromaquia y padre de diez y ocho años...

Son estos los que pueden llamarse *del uso*; los de todos los días; los primeros que hablan y discuten sin entablar polémicas apasionadas. Se disparan sátiras, se comentan, entre explosiones de risa, los sucesos de la noche anterior, se censura acerbamente al Ministerio, se aplaude la acción de un hombre probo, se remueven las sesiones del Congreso, y para el asunto más trivial se poseen todos los matices, todos los tonos y todas las armas del epigrama culto y chispeante. En este círculo van del brazo las letras, la ciencia, el arte y la política y no riñen de veras nunca; la agudeza sustituye al concepto; el ingenio a la severidad de la razón y a la lógica contundente la frase flexible, amable, ligera y como cubierta de flores.

Por otra parte no es este uno de esos montones oscuros donde tantas fuerzas inútiles se gastan o en donde se agitan envidias, egoísmos y despechos. Todos son amigos desinteresados y nobles; solo se estrechan manos leales; no hay orgullos, ni rivalidades, ni envidias rastreras, ni es aquello como lo tituló el ministro de la gobernación –según me dijeron– "un nido de víboras" que calienta injurias y calumnias con objeto de agobiar de ignominias el nombre del ausente. De tejas abajo, la verdad, no hay acontecimiento sensacional que pase inadvertido y sin su cola larga de comentarios por aquellas mesas; pero no son los comentarios sangrientos o destilando hiel, esos comentarios cobardes de emboscada, los que allí se destilan, no. No hay campo en esa reunión para la infamia: se hila más delgado, es decir caballerosamente.

El chiste es entre españoles una necesidad; el chiste sano se entiende; en este café las bromas son algo así como un bombardeo que a veces toma proporciones de batalla colosal: un extraño creería de fijo que de tales alborotos iba a surgir un duelo a muerte... Nunca llega la sangre al Manzanares. Y es tan exacto todo cuanto escribo que al día siguiente del estreno de *Nieves*, drama de Ceferino Palencia y en momentos en que se iba a poner el drama sobre la mesa de disección entró a la Cervecería Ramón Tubau, cuñado del autor, y entonces uno se puso de pie y le gritó:

—¡Ramón, no entres que vamos a hablar mal del drama de Ceferino!...

* * *

A ratos y a días se presentan por aquellos contornos como de visita Leopoldo Cano, el poeta siempre inconforme, pero siempre buen amigo; Antonio Sánchez Pérez, a quien llamamos "el maestro"; Eduardo Bustillos, persona inofensiva que solo tiene el defecto de andar preguntando a todas horas si han leído su artículo de *La*

Ilustración; López Ballesteros, americano y redactor de *La Correspondencia*, dos cosas que constituyen una sola desgracia; Buhiquez un carlista de palmo y medio capaz de comerse crudo al mismo Salmerón; Domingo Blanco, el más activo *reporter* de *El Imparcial* y otros muchos que entran y salen maldiciendo del café y luego "reinciden" como si aquel sitio tuviera imán y ellos no pudieran sustraerse mal de su grado a la tirana imposición. Unos van con el pretexto de ver a Fulano; otros para hacer un encargo (por el café nunca; aquel café es veneno y hay que bebérselo de un trago). Mas para encargos o para lo que sea, es lo cierto que todos entramos a lo mismo de siempre; a conversar, a poner como chupa de dómine al prójimo y a seguir las chirigotas hasta las tres o las cuatro de la tarde, sin que nadie muestre prisa porque se toque a retirada. El que quiere se va y vuelve, o hace como Zahonero que entra siempre "de lance" haciéndose el loco; aquí dice una majadería filosófica y allá la emprende a cachetes con la lógica.

El hombre hosco, el ceñudo, el grave, el hombre formal o el que por demasiado formal toma la vida por lo serio huye de estos lugares, donde suena como un trueno jovial la carcajada y como un canto siempre sonoro la alegría.

La Cervecería Suiza es una puerta que se abre al periodista extranjero; y como detrás de esa puerta no se halla la envidia, ya se puede asegurar que se tiene *compañeros* y la palabra "compañero" es en Madrid como la de "camarada" en París –según Eusebio Blasco– *sagrada*: solo que ese título no autoriza en la tertulia la lectura de poesías y otros excesos literarios.

Menuda bronca que le armamos a quien tales cosas pretenda. En cuanto alguno intenta dar lectura a un trabajo literario todos se le echan encima:

—¡A leer versos al Ateneo!

—¡Aquí no se leen versos!

—¡Fuera el lector!

Y el abroncado sin llevarlo a mala parte se sienta y pasa el momentáneo sofoco entre sorbo y sorbo de café.

Esta reunión es tan amena y todos estamos tan contentos que ni siquiera tenemos que lamentar la presencia de Federico Urrecha, que es una especie de Julio Calcaño en punto a pequeñeces literarias.

* * *

Ahora que me voy a París llevando a cuestas mi eterna montaña de hastíos, de impresiones y de ansiedades, siento prematuramente la nostalgia de este simpático círculo donde dejo tantos cariñosos amigos míos... Mañana cuando vencido por el cansancio de los grandes boulevares, solo, entre aquel mundo de gente desconocida, eche una mirada hacia este Madrid de mis pecados, de lo primero que habré de recordar es la Cervecería Suiza: los chistes de Taboada, los gritos de Dicenta, la seriedad cómica de Pons... Por eso quiero regresar pronto a Madrid; por eso... y por lo otro: lo otro permitirán ustedes que me lo reserve.

Madrid, mayo de 1894

INDIGESTIÓN DE TRONOS*

YA TENEMOS PARA RATO con *lo del trono*: la prensa se ha propuesto tomarlo por lo serio y el utópico trono de Francia se ha hecho *un lío* que a vuelta de una semana no hay quien lo desate: los de Orleáns y los de Borbón han empezado por tirarse de las greñas, como las mujerzuelas, acabando por dar un espectáculo harto poco edificante para la aristocracia de la sangre. El hijo del Conde de París, según comuniqué en otra crónica anterior, reclama a grito pelado su derecho de sucesión; D. Francisco de Borbón y Castellví invoca con acento solemne su descendencia de *sesenta* reyes, de *cuarenticinco* duques y de *veintitrés* condes y duques emparentados con la más alta nobleza de los antiguos tiempos; y el hijo de don Carlos, que no se queda atrás en esto de las grandes pretensiones, asegura que él es el más bonito de los borbones, que tiene el pie andaluz, la cintura de *palmera*; los ojos garzos y el perfil circasiano como el de su augusto abuelo D. Enrique, títulos suficientes, según él, para no renunciar a la corona de Francia.

Pero vaya usted a saber dónde anda, "la corona"; algunos republicanos guasones presumen que está empeñada en uno de muchos Montes *de piedad* que hay en la villa y corte y otros creen que la corona reclamada por esos señores es la que se ve allá en la altura de la Gran Ópera de París; por mí sé decir que es la única que he visto en Francia –y que por cierto es una anomalía de la República, no Francia, sino la corona– cuyos bordes iluminados nada menos

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 69, Caracas, 1 de noviembre de 1894, pp. 443-444.

que la fiesta del 14 de julio: iluminaciones de coronas en fiestas republicanas mueven a risa estrepitosa y franca, aunque estas iluminaciones las hagan los parisienses.

* * *

Para ocupar el trono de Francia lo primero que se necesita es ser duque de Anjou y el ducado, como ya sabemos, se lo disputan tres pretendientes con el mismo derecho que pudiera yo disputar el reino de Corea, poner por caso, a los chinos y japoneses. El título de duque de Anjou lo legó o lo dio (no estoy muy fuerte que digamos en este árbol genealógico) Luis XIV a su biznieto, que vino con el tiempo a llamarse Luis XV. Si mal no recuerdo el ducado desapareció o lo hicieron desaparecer en el hijo de este, Luis Felipe. Y más tarde, por yo no sé qué razones de Estado lo llevó juntamente con otros títulos no menos pomposos, el infortunado Luis XVI. Aquí diríase que el tajo de la guillotina enmoheció el ducado, pero no señor, a poco se *lo peleaban* los borbones de Francia y los de España y después de los consabidos gritos de "si es mío" y "no es tuyo" y si "yo te lo presté *pa* que *aluego* me lo devolvieses" convinieron los de España en que los de Francia tenían más derecho...

Y *derechos son derechos*, acaba de decir, *lleno* de la más profunda convicción el insigne don Francisco al aceptar la jefatura de la monarquía transpirenaica. Mas este es un derecho que no hay por dónde cogerlo si a ver vamos. El general Borbón es español de los de tuerca y tornillo como suele decirse: siendo General del ejército de España no puede ser Rey de Francia, porque es lo que dirá Mr. Perier: "para rey yo". Y a lo que agregará Sagasta:

—O ese señor de Borbón conserva su fajín de general y cobra sueldo de retirado y continúa cuidando en su casa de campo las lechugas y yendo de pesca a San Sebastián en el verano, o es rey de Francia y entonces coge sus maletas y se larga, porque este Gobier-

no no quiere más rey que Alfonso XIII y mucho menos quiere verse metido en un berenjenal.

Y lo peor del *lío* no está en ese nudo, está en otro más apretado. Pues verán ustedes. Un periódico francés *fue* y equivocó el nombre del asendereado Pretendiente y en vez de escribir don Francisco de Borbón y Castellví puso a Borbón y *Castelar*. Claro, los franceses al leer Castelar se les antojó que don Emilio era pariente de reyes y por ende sucesor también, o más bien, con derecho a la sucesión del trono. Pensar tal enormidad y asomar en serio o en broma, que para el caso da lo mismo, la candidatura de Castelar al ducado de Anjou, todo fue uno.

Créanme ustedes a mí; lo que está pasando con el trono en ciernes es de lo más cómico que se ha visto en los tiempos modernos, y es para un consumo de ironías, de chacotas y epigramas hasta la hartura.

* * *

De lo mejor y más sabroso que hay en todo esto es el Manifiesto de don Francisco que comienza con estas palabras:

¡Heme aquí!

Cualquiera se figura que este buen hombre viene con instintos bélicos como Pelayo en Covadonga (dando por averiguado que Covadonga sea verdad; que hay quien lo duda, pues según afirman los que entienden eso de estrategias militares, allí es *completamente imposible* liberar una batalla). Y conste que esto no lo digo yo, porque a mí no me gusta meterme en enredos históricos.

Volviendo al *Heme aquí* ¿no creen ustedes que eso debe grabarse en letras de oro para inmortalizar la personalidad de don Francisco?

¡Heme aquí... súbditos!

Ya no me queda duda alguna: don Francisco se sintió rey, como Martínez Campos se sintió rifeño cuando vio desorejado a Alí. El *Heme aquí* de don Francisco de Borbón tiene algo del "vine, vi y vencí" de Julio César; parece una *explosión* napoleónica, como aquella de "¡Soldados: desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan!"... Sí se ha sentido también Don Francisco Napoleón; pero entonces sí que habrá un desbarajuste militar en toda España porque Martínez Campos, que no es un general así como quiera, un Martínez a secas, por ejemplo, sino un Martínez con Campos y todo, empezará por disputarle el título de "Napoleón fin de siglo" al nuevo duque de Anjou y el desaguisado será horrible: como si lo viera. Un hombre que como Martínez Campo se levanta sobre la punta de los pies para gritar a los anarquistas anónimos: "Vengo para que me maten, pero creo que van a errar la puntería", no retrocede, estoy seguro ante el "Heme aquí" de don Francisco de Borbón.

Entre otras cosas ha dicho este último señor *que no le gustan* los alemanes y que en el conflicto de las Carolinas él asumió una actitud belicosa y entonces los alemanes se *asustaron* y se cayeron boca abajo.

Todo esto es, como ustedes ven, de una elocuencia abrumadora.

—Yo voy a poner las cosas en claro –acaba de decir a un reportero de *El Tiempo*–. Esos señores de *los papeles* han querido ponerme en ridículo, fantaseando como les ha dado la gana, *y a mí no me toma el pelo nadie*.

(Palabras dignas del duque de Anjou).

—Los que me censuran tanto, es posible que hubiesen encontrado natural que un Borbón hubiera puesto su espada al servicio de la revolución o de la República; pero de hallarse en mi pellejo, seguramente no habrían dejado de hacer lo que yo he hecho.

—Ahora ya sé, y no me importa –añadió–, qué dirán de mí cuanto puede decirse, y hasta me parece estarme viendo en caricatura,

montado en un borrico y con una enorme corona sobre la cabeza; pero cuando esto pase, me consolaré pensando que en el papel en que aparezca el grotesco dibujo, *yo representaré al rey, y el burro al caricaturista dibujante*.

Anda... anda y ¡cómo me han puesto a don Francisco los dibujantes por permitirse esas libertades de lenguaje! Ahora resulta el burro coronado y los caricaturistas muy ufanos y dispuestos a ponerlo como digan dueñas en venganza del insulto. Es aquello de "no escupas al cielo que te cae"...

¡Pero señor! y ¿quién mandaría al duque de Anjou a meterse con dibujantes puntillosos?...

Madrid, 1894

UN DRAMA SOCIALISTA*

NO PUEDE NEGARLO –dirán ustedes *escudriñando* profunda y detenidamente ese retrato de González Llana–. Es un anarquista feroz ¡si se le descubre a primera vista!: esa honda arruga de la frente que caracterizó a Ravachol; esa mirada penetrante y *seca* como la de Vaillant, no hay que darle vueltas: ese hombre se come a los niños crudos y es capaz de pegarle fuego al mundo por los cuatro costados.

Pues se equivocan ustedes; este joven es un ser inofensivo que tuvo la "mala" idea de reunirse con otro de su misma especie –como dicen en la Biblia– para escribir *El pan del pobre*, un drama socialista que ha levantado una polvareda en Madrid y ha dado, por otra parte, ocasión a que un fiero orador de la mayoría protestara enérgicamente contra la osadía de los autores energúmenos, pidiendo además, ante el Senado, la supresión de la obra, donde a su leal saber y entender se proclama el desenfreno, se ultraja (?) a la burguesía y se hace la apología del crimen.

Estas intemperantes manifestaciones añadidas a las *rabietas* de los periódicos monárquicos, lejos de desacreditar la tiranía, como ellos deseaban, afianzó aún más el triunfo que alcanzaron los autores en la noche de su estreno y esta es hora que *El pan del pobre* se lleva de calle a Madrid entero y por las trazas vivirá vida gloriosa en los carteles; lo cual supone que tendremos representaciones para ratos despecho de los condes de la clase de Cangas.

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 76, Caracas, 15 de febrero de 1895, p. 108.

El argumento del drama, ya lo conocerán ustedes por las crónicas que he enviado para otros periódicos de Caracas. Estriba en el problema del día; en la lucha del capital y del trabajo.

En una fábrica se rebaja el jornal a los obreros; estos se declaran en huelga; resultan unos cuantos conflictos que acaban por el incendio de la fundición; y claro, llegan las tropas y barren a balazos las masas del pueblo.

Los autores que sobre ser jóvenes y periodistas son republicanos hasta la médula, se han inspirado en *los tejedores* de Hauptmann, y por consejo del ilustre dramaturgo don José Echegaray a quien se lo dedican, diciéndole entre otras cosas: "Conoce usted el drama alemán y sabe por lo tanto que *El pan del pobre* no es ni traducción ni arreglo, ni cosa análoga. La idea de Hauptmann, nos parece soberbia y meritoria. Pintar en las postrimerías del siglo, cuando la desigualdad social se manifiesta con caracteres de amenaza, el estado infeliz de las clases trabajadoras, creemos que es empeño oportuno, humanitario, y además, altamente estético, porque el arte debe siempre inspirarse en las agitaciones del medio en el cual vive. Hemos, pues, aprovechado la idea de Hauptmann y la hemos imitado, utilizando el rico marco alemán para nuestro modestísimo cuadro, pero sin seguir paso a paso al joven y famoso dramaturgo de Silesia, por razones que usted ha tenido la benevolencia de considerar como buenas".

Después de todo, en ese drama o melodrama, o como quieran llamarlo, apenas sí aparece el pueblo triunfante. Esos caballeros no han dicho allí todo lo que debe decirse en tratándose del escabroso asunto. *El pan del pobre* es un aviso, nada más que un aviso; porque la miseria negra en el fondo de las sociedades europeas es una verdad irrefutable. ¿No están leyendo a diario en los periódicos, esos señores, cómo *se mueren de hambre* en Madrid las pobres gentes que buscaban desesperadas, dónde ganar un pedazo

de pan? ¿No lo leen? ¿Y qué más da que se lo digan en el periódico que en el teatro?...

Que resuelvan el problema, y hemos concluido.

Yo también voy a concluir estas líneas enjaretadas a la diabla, no ya para felicitar a los autores de *El pan del pobre*, que son mis íntimos amigos, sino para decirles nuevamente

—Compañeros, ¡adelante!

Madrid, enero de 1895

INSTANTÁNEAS*

HE LEÍDO EN ALGUNA PARTE, no sé dónde, que en mano del escritor más desenfadado e independiente tuvo la pluma a lo mejor caprichos, pudores y escrúpulos de mujer reservada y prudentísima; y harto he visto comprobada esta verdad al empezar el presente trabajo, cuyo título fue para mí en otras ocasiones de relativa garantía para mis menudencias de cronista.

En el libro *Al trote*, por ejemplo –y perdónese la inmodestia de la cita, indispensable en este caso– hablé con toda libertad al presentar a mis benévolos lectores las fisonomías humanas y literarias de Zola, Daudet, Goncourt, Anatole France, Catulle Mendés, Richepin, etc., etc.: la pluma respondió entonces fácilmente a mis ideas, porque la vida íntima de los literatos franceses no es en París un secreto guardado bajo llave; así, rápidamente esbozados con sus virtudes y sus vicios, con todas sus grandezas y con sus pequeñeces todas, entraron esos nombres en las páginas del libro, teniendo yo absoluto y pleno convencimiento de que las informaciones íntimas nadie había de tomármelas en cuenta como pecado digno de castigo.

Observando más cerca y personalmente al mundo literario español intenté realizar una nueva tarea muy semejante a la anterior, y entre notas, rasgos y apuntaciones del momento, escribí los nombres de Echegaray, Tamayo, Campoamor, Núñez de Arce, Balart, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Picón y algunos más que se destacan

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 78, Caracas, 15 de marzo de 1895, pp. 163-164.

como principales figuras en la intelectual vida madrileña. Pero después de muchas dudas y comprendiendo que al fin y a la postre me ofrecía entre sus bondades algunas asperezas la labor, decidí en cambio darme otra satisfacción de índole parecida: la de hacer unas fotografías instantáneas de los periodistas; y como esto, además de la satisfacción ya dicha, me proporcionaba ocasión de unir mi humilde nombre de periodista americano al de los ilustres compañeros de la querida Madre Patria, no he vacilado en llevar a cabo mi propósito y comienzo hoy esta no tan difícil cuanto peligrosa clase de trabajo.

Las semblanzas serán breves como lo exige "el género": algo así como una condensación de juicios al correr de la pluma; todo sintético, pero espontáneo; todo sincero, mas sin frases aparatosas, ni calificativos exagerados, ni lisonjas desmedidas.

Por de pronto voy a presentar a ustedes un sujeto muy original: al señor D. Augusto Suárez de Figueroa, director del *Heraldo de Madrid*.

Por la traza, es decir, por la distinción que refleja toda su persona; por lo bien portado y por los ribetes de *dandy* que tiene la figura, se adivina al hombre de mundo; pero no al hombre de mundo vulgar, sino al que reúne el donaire de galanteador empedernido con la viveza y el ingenio propios de un talento claro y despejado.

Lo que fue en su juventud lo presume cualquiera; pero como la misión mía no es precisamente la de averiguar sus lances y aventuras, entro resueltamente en otro orden de ideas, para decir de una vez a mis lectores que Figueroa *está*... ¿lo diré? ¡Vaya, ahí va, aunque me titulen cursi por lo viejo y repetido de la frase!: Figueroa *está* reconocido como el primero entre los primeros periodistas españoles; y hoy por hoy nadie se dispone a disputarle ese puesto.

En los comienzos de su carrera, en aquellos días de esplendor para la política, según los que vivieron la vida de las grandes luchas

de la Revolución, Figueroa era el periodista "obligado", el periodista solicitado por todas las empresas.

Cuando pertenecía a la redacción de *El Imparcial* cuenta que sus demás compañeros se quejaron al director porque la holgazanería de Figueroa estaba pasándose de la cuenta de entrada al periódico cuando le venía en ganas sin cuidarse de si tenía o no que hacer. La queja era justificadísima; pero el director que sabía lo que se traía entre las manos, escribió tranquilamente a los acusadores y contestó luego: "Yo no le pago a Figueroa para que escriba; le pago para que no escriba en otros periódicos...". A lo mejor desaparecía, no solo de la redacción, sino de Madrid y entonces eran los afanes de la empresa: andaba aquella gente desalada y bebiéndose los vientos porque aquel ilustre "desertor" con todas sus informalidades era verdaderamente insustituible.

"Insustituible": –me resulta muy oportuna la palabra.

Ducho en todos los manejos y habilidades de la política; formado maravillosamente en ese mundo de agitaciones; activo, resuelto, acreditado por su inteligencia, armado por sus victorias, dueño hasta de las prácticas más insignificantes del periodismo, Figueroa triunfa de las mayores dificultades con ventaja. Representa en España la prensa moderna; la prensa de iniciativas, la prensa verdaderamente artística si se quiere. Es fecundo y en las dotes de sagacidad y de constancia a temporadas, rebasa los límites de lo increíble. Todavía se recuerda como cosa curiosa y admirable, un número íntegro de *El Resumen* que se hizo él solo de la cruz a la fecha, o lo que es lo mismo desde el artículo de fondo hasta el último suelto de noticias y como para echarle en cara su pereza a los redactores que se fueron de *Verbena* todo el día. En aquella originalísima edición terminaba preguntando por la redacción del periódico abandonado y suplicando en una especie de anuncio final que le dieran razón de los *desaparecidos* caballeros.

Aunque en punto a *desapariciones* ya están ustedes enterados de cómo las gasta Figueroa. Un día que andaba en coche para no sé qué asuntos del periódico, alcanzó a ver una mujer muy hermosa, que también iba en carruaje, en dirección contraria: dio orden al cochero que siguiera al otro vehículo y andando, andando llegaron a una estación de ferrocarril: la dama tomó un billete; él otro, y de tren a tren y de ciudad en ciudad fue hasta Roma –según me informó familiar y reservadamente uno del gremio... (pero como yo no soy tan indiscreto, por más que quise callarlo, ya ven ustedes: *se me fue* la pluma y la he soltado)...

Al regreso de Italia empezó a trabajar con verdadero furor, supliendo con su prodigiosa actividad el tiempo perdido, sin dar reposo al cuerpo ni expansiones al espíritu.

Sobre todo ahora, como director del *Heraldo*, cosa que ha tomado muy en serio, huye de todos los sitios públicos: no se le ve en los casinos ni en los teatros ni en los cafés. En comenzando él la tarea no hay quien lo separe de la mesa de trabajo: tinta, pluma, cuartillas, una caja de puros, café... y ya está aviado el hombre para pasarse días y noches enteras abstraído en sus quehaceres.

Se me olvidaba consignar que Figueroa ha tenido algunos duelos por cuestiones puramente periodísticas; pero en ellos ha demostrado siempre tanta firmeza, tan varonil idea del honor y tanta habilidad en el manejo de las armas, que su reputación de valeroso no le ha perjudicado en España, como acontece con los matones de oficio.

En resumen y para dar una idea perfecta de las "genialidades" de Suárez Figueroa, basta decir que después de acabar el primer tomo de la *Historia de Rusia*, maravilla de erudición y estilo –a juicio de los inteligentes– se echó a dormir sobre los laureles y todavía están esperando los españoles el segundo volumen.

Madrid, 1895

INSTANTÁNEAS*

XI

ESTO YA NO ES ENVIDIA –gritaba una noche en el Ateneo el famosísimo Correa, indignado contra un conferenciante que había puesto a Colón, como digan dueñas.

—¿Y qué es Correa? –le preguntó uno.

—*Esto es el alcaloide de la envidia*.

Y José Zahonero que viene á ser como si dijéramos, el heredero de aquel satírico insigne, terminaba en el mismo sitio una polémica con las siguientes palabras.

—Aquí somos escritores mientras no los haya.

Con aquella frase y con esta figura que en actitud desdeñosa ha trazado el admirable lápiz de Pons, no necesita el avisado lector de más añadiduras. Pero falta conocer al hombre, al tipo: un tipo delicioso se entiende, que viste a capricho, sin importarle un comino la crítica del mundo.

A veces entra a la Cervecería de un modo atroz, con un sombrero calañés de alas anchas y una capa verde que es la tía Javiera de las capas de Madrid, con cuello de pieles, cordones negros y forros espacialísimos. Cuando llueve la indumentaria de Zahonero es de otra especie: un impermeable de color indefinido, una boina azul y unas botas misteriosas que parecen sustraídas de un museo de antigüedades. Y su entrada es siempre un acontecimiento; no sa-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 85, Caracas, 1 de julio de 1895, pp. 405-406.

luda a nadie, ni se sienta; pero interrumpe la conversación con una de sus infinitas sentencias o deja al que le habla con la palabra en la boca, para dirigirse a un grupo del otro extremo. Y vuelve luego, quejándose del "maldito" periodismo que apenas si le da para vivir con su numerosa familia en un tercer piso de la calle de Santa Catalina, que ya es vivir.

Constantemente amargado, el escéptico Zahonero ya no habla, se lamenta con epigramas.

En verano desaparece de Madrid sin decir "adiós". ¿Y Zahonero? –pregunta uno en los lugares donde él arma sus tertulias–. ¿Se ha muerto Zahonero? Nadie responde, nadie sabe dónde se ha metido. Pero también sin anunciarse reaparece "muy señorito", o hablando en buen castellano, muy bien vestido, con el sombrero de copa flamante y las botas de charol lustrosas, como si las untara de goma.

Aquella ausencia la aprovechó de fijo escribiendo cuentos y arreglando artículos; esos artículos y cuentos suyos extrañamente simpáticos que caen a temporadas en las mesas de las redacciones, a donde no va nunca si no tiene que cobrar. Y cuando cobra se entusiasma y ofrece dar unas conferencias sensacionales, en las cuales conferencias va a probar que *estamos muy atrasados*, lo mismo en España que en América; y que ambos pueblos merecen ser conquistados por el África.

Si estas cosas las dijera en voz baja, menos mal; pero adviértale usted que oyen personas extrañas y es peor: entonces gesticula y grita como un desaforado y cualquiera creería que se va a comer al contrincante.

—Pero qué bárbaro –le decía en cierta ocasión a un celebrado poeta–. Pero qué bárbaro es usted.

—¿Por qué, vamos a ver, por qué? –preguntaba el "insultado".

—Porque dice usted que va a emprender en un romance la crítica de *Peñas arriba*, la última novela de Pereda. Y eso es, sencillamente, una barbaridad que solo puede caber en la cabeza de usted.

Para soltarle una "fresca" al más empingorotado personaje no tiene él pepitas en la lengua. Y a él se le señala como autor de una frase que corre con visos de epigrama "anonadante" entre los enemigos de una famosa escritora. Expresábase esta, según cuentan, con alguna vehemencia respeto a la dramática española y se le ocurrió decir, entre otras cosas que, "ella pasaba todo, menos *La loca de la casa*". A lo que respondió Zahonero con su acostumbrada osadía. ¡No puede usted pasar *La loca de la casa* y la pasamos a usted que es *la loca de la nación*!

Porque eso sí, a él, a Zahonero, que no le hablen mal de Galdós. Es capaz de matarse con Dios por don Benito. ¡Ah! Si él se hubiera encontrado en Madrid cuando el estreno de *Los condenados*, la comedia triunfa... a pesar de *los reventadores.* ¡Vaya que si triunfa!

Yo he conocido idolatrías de todas clases; pero idolatría más sincera que la de ese hombre por el autor de *Realidad*, ninguna.

XII

Para D. Jacinto Octavio Picón

¿Se puede don Jacinto?... es decir, ¿se permite a un cronista de la calle pisar con sus botas gruesas de "andariega" los alfombrados salones de su palacio? Dijéronme que la convención de sus escritos reflejaba en todas sus más hermosas manifestaciones la suprema elegancia de su hogar; y dijéronme, además, que escribía usted a semejanza de un célebre moralista francés: trajeado con lo mejor y más flamante de su indumentaria, antojándosele que ella influía en la nobleza y cultura de la producción literaria. Y no anduvo muy lejos de la verdad quien tales cosas me dijo. Lo encontré a usted en su lujoso gabinete de trabajo hecha ya la *toilette*, en grave intimidad con las cuartillas; en medio de un orden admirable y rodeado de

muelles divanes, de estatuas alegóricas, de pinturas exquisitas y de una variada colección de bronces y japonerías.

En aquel instante se me representó usted al atildado Paul Bourget trabajando en el caprichoso despacho de Edmundo Goncourt.

Aunque extremó usted su amabilidad conmigo, fue breve mi visita; pero no tanto que al bajar por aquella soberbia escalera de mármol olvidase el símil que me hicieron entre su hogar y sus escritos: salí *profundamente convencido* de la influencia que ejercía en sus impecables trabajos literarios la encantadora manera de vivir en ese nido de artista refinado.

Yo pretendía hacer de usted un "rápido esbozo" lo más digno posible de su persona y de sus obras; pretendía, al ejercer de panegirista, en un par de cuartillas, amenizar *la instantánea* presentándolo a usted, joven, pulcro y correctísimo modelo de caballeros; quitado de estas tertulias del café, donde la honra está a merced del primer *quidam* y alejado de los círculos donde se va el tiempo en estériles polémicas. También pretendía hablar de sus novelas y consignar, claro, que *El enemigo* es, la de mayor y más subido mérito a mi juicio: *Dulce y sabrosa* la más encantadora y *La honrada* la más bella, lo que tiene vida más intensa.

Motivos sobrados para elogios, sin despilfarros ni exageraciones de mal gusto, ofrecíanme las áureas vestiduras de su prosa elegante; su claro y luminoso entendimiento, cuando juzga las producciones ajenas; la hidalga aptitud en las polémicas reñidas siempre en buena lid; y sobre todo eso, su fraseología inagotable, su bizarría de ideas y sus delicadas labores de observación, que le señalan un puesto distinguidísimo entre los primeros psicólogos de España. Pero ya usted lo ve, esos estudios huelgan o pecan de atrevidos en tan estrechísimas páginas. Además, usted y sus obras piden artículos bien pensados y mejor escritos, comenzando con los protagonistas de sus novelas que son hombres de carne y hueso o hembras con alma que viven la vida de la realidad; y por otra parte hay

que dirigirse a usted hecho un *dandy*, de frac y camisa muy blanca y muy lustrosa, en buen papel, con buena tinta y buena pluma; yo tengo que empezar por decirle como aquel célebre administrador que le escribía a su jefe:

Perdone V. E. si a causa del calor que hace en este pueblo, le escribo la presente en mangas de camisa.

O lo que sé es lo mismo.

Perdone usted que no termine su semblanza, pues olvidando a quien me dirigía empecé el trabajo indecorosamente en zapatillas, con pluma de acero y en un puñado de viles cuartillas de papel de imprenta... Pero sepa usted, que cuando pase la lista a sus admiradores y amigos habrá uno en la fila, uno que con voz entera, clara y bien timbrada contestará al punto, sin vacilaciones.

–Presente, don Jacinto.

Madrid, 1895

LOS MENDIGOS DE MADRID*

EL PASO que lleva la institución –que por lo visto es paso de buena caballería– el mejor día nos encontramos con todos los moradores de la heroica villa *ejerciendo* de mendigos apócrifos.

Porque ¡cuidado que no es poca numerosa la falange!

Recuerdo que cuando llegué a Madrid, con *mi España* de cosmorama en la cabeza, sentí unos grandes deseos de echarme a llorar. Entonces tenía yo –aunque ustedes no lo crean– un gran corazón, un corazón de *oro sensible.* Pero me lo convirtieron en piedra berroqueña los amigos ingratos... y los mendigos.

Apenas me estrechaba la mano cualquier sujeto me volvía yo loco de placer; y en cuanto alargaba la suya un haraposo la mía dudaba, siempre alerta, para entregarle la limosna.

—*Pobrecito* –exclamaba yo– este anciano pálido, cubierto de canas... y de andrajos debe ser algún infeliz periodista venido a menos. Le daré una peseta.

Y luego resultaba que ni aquel era anciano, ni periodista; ni aquellas canas legítimas; sino un legítimo peluquín adquirido por aquel *ilustre pillo*, con el cual peluquín se la pasaba engañando a la humanidad.

Y todos lo mismo. Esto no es *un descubrimiento*: lo sabemos: y no obstante esto prodigamos la limosna al oír aquellos lastimosos acentos que parten el alma:

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 86, Caracas, 15 de julio de 1895, p. 441.

—¡Señorito, una limosna... para ayuda de un panecillo... para mi madre que está sin comer desde el año pasado... para mis hijos!...

¡Ah! Esto de los hijos es de la menesterosa comedia lo mejor y más acabado: lo *fin de siglo*.

Se encuentran, por ejemplo, en la calle de Alcalá y en crudísimas noches de invierno unos supuestos padres de familia llevando al hombro o de la mano, un racimo de muchachos poco menos que en cueros; pero en cueros de tal modo que le entra a uno ganas de quitarse la capa y arroparlos. Aquellos padres, sollozando, con los ojos llenos de lágrimas, con la voz entrecortada piden *para sus hijos* desnudos. Y ¿qué hace usted?... Claro, hombre, entrega lo que tiene.

Pero ya a mí *no me lo dan*. Estoy en el *secreto*: sé que esos chicos son "alquilados" por dos reales y que las verdaderas madres, que son unos verdaderos monstruos a quienes le importa un comino que las infelices criaturas pillen una pulmonía, viven de tan ignominioso alquiler. Sé también que hay otras madres, menos malas: que los prestan para cuestiones de herencia; y *finalmente* sé de otras que los venden y de muchas que los roban.

Se compra un niño, *antes*, o después de nacer, como se compra un ducado.

—Si la que va a nacer es hembra –dicen las medianeras del negocio– le damos a usted veinticinco pesetas.

—¡Veinticinco pesetas! –exclama la futura madre vacilando–. ¿Quiere usted darme treinta y tres?

—Bueno: treinta y tres; y si es varón cincuenta y cinco.

Cincuenta y cinco pesetas sobre poco más o menos vale en Madrid un niño, que viene a ser el anzuelo para alcanzar la herencia de un marido rico sin hijos; del mismo modo que importaba quinientas pesetas, pongo por caso, un marquesado para darse pisto de aristócrata.

Esta última agencia la descubrió el conde Xiquena y la denunció al Congreso. La Agencia de niños (venta y compra) nadie sabe donde se refugia, a pesar de *las diligencias* de la autoridad.

Volviendo a los mendigos, dijérase que es el cuento de nunca acabar.

A unos que se mueren les encuentran, entre los colchones o metidos en las fajas, puñados de billetes y de onzas –monedas que han desaparecido de España ha mucho tiempo–. Y otros se retiran a *su hotel*, que han construido a la chita callando, mientras ostentaban por esas calles unas piernas hinchadas como jamones americanos.

Sale usted distraído de un café, tarareando alguna aria *melancólica*, y de súbito se le encara un facineroso:

—Pero hombre ¿no ve usted que le estoy pidiendo una limosna?

—No lo había *oído*.

—Pues para otra vez entérese; y ahora deme usted *eso*.

—Eso es lo que no tengo. Dios le ampare –termina uno disponiéndose a seguir su camino.

Pero es lo suficiente para que le cojan del brazo bruscamente.

—¿No tiene usted? ¡Dice usted que no tiene y le acabo de ver por los cristales de ese café tomándose un chocolate!

—¡Bueno y qué! No me da la gana: no tengo.

—Lo que no tiene usted es vergüenza.

Y al que se descuide le pegan.

¡Vaya que si le pegan!

Un manco le dio una bofetada a un camarero de la cervecería porque este no le dio los terrones de azúcar que había dejado de sobra un parroquiano.

Y a *un cojo* lo he visto yo correr detrás del coche de Sidi Brisha, cuando decían que este Embajador de Marruecos regalaba billetes de banco a su séquito de *golfos*.

A casa llegó a pedir ropa usada un pobre señor que gastaba mujer, suegra, hijos y cuñadas casaderas; y todos nos apresuramos a

darle pantalones, levitas, chalecos, etc.; toda una apreciable indumentaria. A poco vino la criada muy escandalizada.

—¿Pero han visto ustedes qué *tío*? Acaba de empeñar la ropa ahí enfrente y ya está en el café convidando a unos amigos.

Cualquiera es caritativo presenciando estas cosas, y sobre todo siendo víctima de ello, como le ocurrió a un sujeto muy conocido la noche que *reinauguraron* la Cibeles.

La gente se aglomeró como de costumbre alrededor de un hombre herido.

—¿Qué le pasa a usted? –preguntaban todos a una voz–. ¿Quién le rompió a usted esa hilera de dientes; algún carlista; algún moro; algún cubano insurrecto? Avise usted si es un insurrecto para que lo fusilen en la Plaza de Oriente... *y luego* lo lleve a presidio.

—No, señor, contesta el *interfecto* –como diría el señor Cánovas– el agresor no es un filibustero, *fue un ciego*, que me largó un garrotazo porque no quise darle una limosna.

Y semejante a esta es la historia de casi todos los ciegos, sordos, mudos, cojos, mancos y demás individuos que pertenecen a la raza de los mendigos de Madrid.

CARTAS Y MONOS*

QUERIDA PILAR: Este nervioso secretario mío que no da paz a la imaginación, y que, por otra parte, es una especie de capitán Araña de la literatura, porque se queda en tierra dejándole la responsabilidad de la obra a los demás, *hace empeñado* –como diría uno de nuestros estirados estilistas (?)– en meterme de hoz y de coz en el periodismo retozón, dándome de compañero de fatigas al alegre Ramón Cilla.

Y lo que dirán los maliciosos de Caracas: —Esta mujer por lo visto anda en malos pasos. ¡Pues no está metida ahora en líos literarios con un dibujante guasón y con un secretario que es una mala cabeza!

A lo que contestarán ellos de fijo presumiendo de filósofos:

—¡Habladurías, Matilde! Voces que hacen correr cuatro literarios "sonoros" que destrozan con la lengua a todo el mundo creyendo que denigrando de sus compañeros atenúan sus defectos. Continúe usted ayudándose con el dibujo, es decir, *con el mono*: el mono es una defensa; un aditamento glorioso de la literatura y *no está llamado a desparecer*, como la poesía (!). Aunque lo digan esos cuatro escritores descabellados, fraseólogos... y "ateneístas" de Caracas.

Y como si los oyera hija mía, me han convencido los argumentos de mis dos colaboradores. Ayer noche, sin ir más lejos, empecé a vencer mis escrúpulos; me puse los mejores trapitos y me fui al Teatro Real, a la inauguración de la temporada, a observar por mis

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 96, Caracas, 15 de diciembre de 1895, pp. 808-809.

propios ojos lo que tantas veces me dijeron; que el Real se prestaba a las más profundas observaciones del cronista –y no a las más *menudas instigaciones*, como escribió no ha mucho uno de nuestros críticos indocumentados que confunde la instigación con la observación.

* * *

El regio coliseo es un gran sitio para estudiar el mundo madrileño: allí están todas sus pompas realzadas por el esplendor de los títulos; todas sus mendicidades ocultas por la pedrería y todas sus virtudes juntamente con todos sus vicios.

En las butacas reina la más encantadora anarquía que pueda tu imaginar, porque el tocado de la señora elegante se mezcla con el frac del cuellierguido caballero, y no sería extraño confundir el escote pompeyano de alguna dama desenfadada con la camisa "desbordante" de cualquier señorito que vista rigurosamente por el último figurín.

Pero así como en las butacas hay mezcla de indumentaria, en los palcos hay pureza de *toilettes*; y hay líneas de aquellas donde no se ven encajes más que moños con cerquillos de brillantes, encajes vaporosos, pendientes regios, brazos redondos y gargantas blancas y desnudas, como si con estas argucias de "perpetua novedad" se pudiera cazar a los reacios: o se quisiera humillar la belleza de la vecina. Porque tú como mujer al fin sabe que en estas grandes concurrencias donde existen tantos gustos y criterios diversos, la vanidad anda siempre alborotada y por ende, el cuchicheo, la murmuración y la crítica vienen a ser algo así como el verdadero regocijo de las conversaciones y la base indispensable de la alegría.

Yo también, haciendo honor a mi sexo, he murmurado algunas veces y dejaría de ser mujer si le diese paz a la lengua, que es el órgano más suelto que tenemos ¿verdad?

* * *

Pero volvamos al Real y echemos una ojeada al Paraíso, a ese originalísimo Paraíso, famoso en toda Europa por sus exigencias y sus intransigencias con los más célebres cantantes. En ese Paraíso –único en su género– se refugian juntamente con los filarmónicos de conciencia... empedernida, las familias modestas que no tienen cien pesetas para un palco, las discípulas del Conservatorio que se consideran "autoridades *musicales*", cuando no pasan de ser grillos, los estudiantes revoltosos, las modistillas alegres, los artistas sin contrata y todas las demás personas que no cuentan sino con escaso sueldo para darse hartazgos de ópera dos o tres veces por semana. No obstante la baratura en el Paraíso hay categorías: delantera, primeras, segundas filas y otros sitios de preferencia que, en ciertos y determinados *debuts* cuestan un ojo de la cara y parte del otro.

Y como en tales alturas hay lugar para todo el mundo, los enamorados también ocupan el suyo y no es cosa del otro jueves oír allí un suspirante dúo de amor que parte los corazones... y los asientos, mientras en el escenario cantan otros la tiple y el tenor.

Son escenas deliciosas estas donde el amante boquiabierto le jura a su adorada su pasión, ella lo escucha ruborizada; la mamá se duerme o se hace la dormida y el público se divierte con las funciones que le ofrecen los de arriba y los de abajo.

* * *

Pululan por los mundos dorados del Real, como creo que te he dicho anteriormente, unos tales aristócratas prodigiosos, que viven como de milagro, pues no tienen, según la gráfica expresión, ni en qué caerse muertos. Sin embargo, ellos se visten con lujo despampanante, comen con lo más empingorotado de la nobleza, entran a

todos los palcos, amenizan con sus chistes las conversaciones de las damas, se sientan en las primeras filas de butacas, y conocen al dedillo la vida de *la haute gome*, o como si dijéramos, de *la crême*. Ellos saben quien tiene casi empeñado el coche en que pasea y quien vive de los productos de semejantes negocios, codeándose luego con su víctima en los grandes saraos. Nada se les escapa, nada resiste a su despiadada penetración.

Por eso cuando miran descaradamente con sus binóculos a los palcos se hablan al oído con misteriosa sonrisa: Aquella del aderezo magnífico es Fulana, la Fulana;... la de la herencia "sombría"; y la de más allá es la viuda de un general que no murió de herida de bala en los campos de batalla; cada una "guarda" su historia más o menos novelesca, o más o menos dolorosa, pero no tan bien guardada que se oculte a las terribles investigaciones de aquellos señoritos de *mónocle*, con bigotes retorcidos a tenacillas, con cuellos descomunales que parecen velas de buques; chalecos abiertos hasta el fajín y corbatas que resultan servilletas de mesa.

* * *

Otro tipo que está pidiendo a gritos la crítica amable para regocijo de lectores es el "clásico" *reventador*, el de los pitos, el de las broncas, el que silva a la Patti y a Massini cuando *se les va* una nota; pero el reventador, por ser un tipo especial, digno de estudio lo reservo para *mi próxima carta*.... Digo, si los "ateneístas" no arman allá un belén pidiendo que desaparezca la inocente forma epistolar, con monigotes, de la literatura moderna.

Madrid, octubre de 1895

CARTAS DE UNA VIAJERA VENEZOLANA A UNA AMIGA DE CARACAS [II]*

II

QUERIDA PILAR: Fiel a la línea de conducta que "me tracé" en mi primera carta, te escribo esta segunda sin adoptar el aire solemne de esas estiradas imitadoras de la Pardo Bazán, que atienden especialmente a la opulencia de las frases, relegando así al olvido las ideas y fatigando del mismo modo a sus lectoras con remilgos académicos y cursis.

Enemiga yo de estos aderezos de estilo y de aquellas escrupulosas correcciones, entro de lleno en mis "informes" participándote que al fin y a la postre el tan odiado y pegajoso verano agonizó de muerte violenta, restituyendo a sus hogares madrileños a ese "gran mundo" ávido de olfatear las brisas otoñales. Allá en Biarritz y San Sebastián los rezagados se empeñan en gozar algunos días más de las regias vacaciones; entre ellos los reyes de Serbia, los de España, los grandes duques y un par de docenas de aristocráticos, o adinerados personajes, no requeridos por los afanes de la capital ni por los cuidados del trabajo.

Todavía vienen los regionales periódicos lujosos en relatos de baile, de regatas, de conciertos, de representaciones teatrales y de carreras de velocípedos; todavía se oyen en los jardines frondosos de aquellos hoteles la música que arrullan dúos de amor, sueños dorados y proyectos de dichas futuras.

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 93, Caracas, 1 de noviembre de 1895, p. 692.

La gente que regresa, no obstante, constituye el mayor número y es de oír el bullicio incesante de las estaciones y de presenciar el desfile interminable de los ómnibus cargados de viajeros y equipajes en montones. En los andenes, cuando llega un tren rebosante de excursionistas, ansiosos como los pájaros de encontrarse de nuevo en sus nidos abandonados, el barullo es verdaderamente indescriptible... ¡Una babel, hija! Un abigarramiento de seres y de cosas que marea y enloquece: los gritos de los mozos, las voces de los empleados, los ofrecimientos de los cocheros, las "promesas" de los agentes de hoteles y fondas; y a todo esto unidos, mezclados y confundidos los besos, las risas y las exclamaciones de las familias que llegan y de las otras que esperan. Hay un momento en que la confusión, creciendo, creciendo llega al colmo y sale una aturdida y desesperada abriéndose bruscamente paso por entre aquella revuelta muchedumbre.

Y ya en la calle al contemplar el animado tropel, cuando cruzan los vehículos a todo correr por las principales arterias de la alegre ciudad, se empieza por meditar en las heroicidades de estas familias, o de muchas de ellas, que sostienen un lujo exorbitante, superior a sus rentas y que viven como reinas y como reinas se divierten en el invierno.

En el invierno se abren los grandes teatros, siendo el de mayores atractivos, por de pronto, el Real, en donde oiremos divas como la Tetrazini, la Darcleé y la Pacini; tenores como Stagno y Marconi; bajos como Navarrini; caricatos como Baldelli; una orquesta de 150 profesores, un nutridísimo coro; y un no menos nutrido cuerpo de bailarinas –que dan el opio a los pollos– según ellos mismos confiesan.

El mundo literario también se prepara a librar sus habituales campañas y próximamente empezarán a ofrecernos las primicias de sus talentos en el periódico, en el libro y en el teatro; en el teatro sobre todo donde se esperan con ansiedad las obras del inmen-

so Echegaray; de Pérez Galdós, a quien como tú sabes se le volvió el santo de espaldas ha más de dos años, de Feliú y Codina que promete darnos algo superior a *La Dolores*; de Joaquín Dicenta, el más aventajado de los jóvenes autores españoles, y por último, del mismísimo *Clarín*, a quien yo te aseguro que si silbaron en la última temporada, no fue por mal escritor, sino por feo...

Mientras se organizan las compañías dramáticas que estrenarán las producciones de esas notabilidades literarias en octubre, noviembre y diciembre, las damas apuran a las modistas, hacen acopios para el tocador y revuelven los brillantes y ricos escaparates de la Carrera de San Jerónimo, que son el castigo de los maridos complacientes y la eterna pesadilla de los padres de niña por merecer.

Los hombres a los casinos, a los corros del Café Inglés, a la mesa de Lhardy, y a los escenarios de los teatros por hora.

Todo esto sin perjuicio de los aristocráticos salones, donde claro y tibio resplandor de la luz eléctrica, invitan a la tertulia íntima, al tresillo, al té, a las conversaciones chispeantes (!), a la fiesta del amor, y al vals...

Ayer comenzó a animarse la ciudad con los *pomposos* festejos que nos ofrecía el Ayuntamiento en El Retiro y cuyos productos servirán para socorrer a las familias de los reservistas que van a Cuba. Pero como todo del Ayuntamiento madrileño, que es mucho peor que el de Caracas –si es que en Caracas hay verdadero Ayuntamiento– los festejos resultaron unos tantos fiascos, como los que nos contó no recuerdo qué cronista nuestro en Madrid al revistar las fiestas de mayo.

Hubo diana y cohetes; y comidas populares y regalos en el estanque grande del Retiro y conciertos al aire libre: mucha gente, mucho ruido, cuatro morteros sin consecuencias y nada en dos platos. De modo que el entusiasmo del público se convirtió en hastío y los periódicos al día siguiente vinieron echando chispas y llamando "mamarrachos" a los pobres concejales.

Si Dios no lo remedia en mi próxima carta tendré que echar mano de la retórica insustancial para darle amenidad y movimiento a mis inocentes informes; y mientras se despide con un beso prolongado tu amiga del alma. –MATILDE.

Por exigencia suya firma,

Miguel Eduardo Pardo

CARTA DE UNA VENEZOLANA QUE VIVE EN MADRID A UNA AMIGA SUYA DE CARACAS*

III

NO TE PUEDES FIGURAR, mi querida Pilar, la impresión de honda tristeza que ha producido en mi espíritu la tan esperada como tornadiza entrada del otoño. Este cielo de Madrid tan puro, tan azul, tan espléndido en los últimos días de septiembre, se ha trocado en cielo fúnebre, y apenas si un claro rayo de sol rasgó una sola vez en toda una semana este encaje de nieblas que cubre los edificios: contemplando esas nieblas se piensa penosamente en Londres.

Luego, para completar, nos ha caído una de lluvias que no tienen semejanza ni en América, hija, porque aquí empiezan muy mansas, muy benignas, muy lentas, y de pronto se tornan horribles, furiosas, filibusteras; para tales diluvios ni el arca de Noé. Son los días negros, los días de luto y desesperación de toda España, pues los estragos se suceden por minutos; pueblos grandes y caseríos florecientes son arrastrados por los ímpetus de cien ríos que se desbordan; hay chispas eléctricas que incendian casas; aguas que forman misteriosos y ocultos cauces en el bosque, para convertirse más tarde en cataratas del Niágara. A diario trae la prensa periódica relatos de los terribles efectos que producen los fenómenos meteorológicos, y a diario también las lúgubres noticias de naufragios donde perecen las tripulaciones enteras de los buques.

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 94, Caracas, 15 de noviembre de 1895, pp. 736-737.

"Los españoles de la corte" se impresionan momentáneamente y ponen el grito en el cielo y claman furiosos contra el Gobierno; pero al día siguiente se olvidan de las calamidades que afligen a las provincias, se echan a las espaldas el infortunio "ajeno", y, repitiendo el conocido "no importa", se creen con derecho de proseguir su marcha de asombrosa indiferencia por entre el estrépito incesante de sus fiestas palatinas.

No me dejarán mentir los mismos que lamentándose ayer de las desgracias que abruman al país, proyectaron y realizaron pomposamente los festejos lujosísimos con que fue obsequiado en San Sebastián el Rey de Portugal que continúa su "misterioso" viaje a las demás cortes de Europa.

Nadie sabe por qué abandona don Carlos a Lisboa, dada la grave situación de la política que allí se desarrolla, y esta ignorancia aguijonea la curiosidad pública de tal modo que, hasta la gente menos suspicaz de este revuelto mundo político, hace conjeturas extravagantes y después de mucho poner en prensa las exaltadas imaginaciones, resulta que el problema del viaje continúa en el mismo estado, sin solución satisfactoria. Mas como aquella curiosidad y las consiguientes conjeturas que inspira el regio huésped no nos interesan poco ni mucho, pasaré a decirte que con ocasión de su llegada hubo gran barullo de bailes, banquetes, fuegos artificiales –que nunca faltan en las solemnidades españolas– y vítores estentóreos en las calles. Tres días de holganza, porque aquí cualquiera cosa sirve de pretexto para holgar; y tres noches con arcos voltaicos y farolillos de colores en profusión.

En Nuramar echaron el palacio por la ventana... y nada más: a eso se redujo el recibimiento del rey; y sobraba.

El acontecimiento artístico más notable de la semana pertenece al Teatro de la Comedia, cuya inauguración se verificó hace dos noches: en aquel vestíbulo se encontraban juntamente con los más ilustres dramaturgos los más renombrados escritores, los artistas

más en boga y los más célebres periodistas, restituidos ya a sus bibliotecas, galerías y redacciones respectivas, después de prolongada excursión veraniega. Todos vuelven con muchas esperanzas de triunfos y con muchos trabajos, de los cuales se hacen lenguas los amigos de divulgarlo todo.

Así se sabe, con más precisión, o con más certeza que como te participaba en mi anterior, que este año el prodigioso Echegaray llevará a la escena nada menos que tres obras: *El estigma*, *La calumnia por castigo*, y la refundición de *La hija del aire*. Sellés presentará *Las hijas de Lot*, drama que no fue posible estrenar en la anterior temporada por falta de ensayos y que en la presente temporada se espera con verdadera ansiedad. Vital Aza nos dará otra hija: *La hija del guarda* (y por lo visto este año se dan hijas por protagonistas como el anterior se dieron viudas). El drama de Dicenta es un drama de la calle muy audaz; asistí a su lectura y puedo asegurarte que es de lo más hermoso que ha escrito; se titula *Juan José*; de Guimerá, *La fiesta del trigo* –soberbio; el de Galdós, *Voluntad* (no lo conozco, pero me lo figuro; como si lo viera, será rechazado por el público, porque el eminente novelista me parece que anda por mal camino en eso del *simbolismo* en el teatro). De Feliú y Codina tenemos hijas también: *La hija de Carmen* (?). Y va usted a saber quién será esa Carmen y quién será la hija: ocioso es el comentario, porque ya resultan muchas hijas juntas las de estos eximios autores; y de tantas mujeres alguna sale cojeando, o bisqueando (y menos mal que sea esto último). El público se encargará de fallar y yo, mientras, me reservo, preparo los cuadernillos de satinado papel, la "perfumada" tinta azul y la fina pluma de oro que me regalaste antes de partir, con objeto de que sirviese de traductora fiel de estas impresiones ligeras que te transmito.

No quiero terminar sin participarte que he visitado al real alcázar, en cuyo ensanche se ocupan hoy miles de obreros. Salones, escaleras, pasillos, patios, caballerizas, todo ha sido renovado, todo

reconstruido, todo embellecido artísticamente para recibir a la familia real que llegará a fines de mes. ¡Cuánto esplendor, cuánta riqueza, cuántas comodidades! La estancia real es verdaderamente deslumbradora y suntuosa; difícilmente se encuentra una semejante en Europa: los gabinetes destinados al rey son verdaderas maravillas de lujo; la sala de recepción es soberbia y las habitaciones de la Regente, de la infanta Isabel y de las princesas gastan paredes cubiertas de seda, alfombras en las que se hunde el pie, muebles magníficos que acusan capitales derrochados; jaspes, bronces, mármoles, tapices, arañas y cuadros soberbios; en los comedores frescos de insignes pintores; y en las cocinas un servicio que daría envidia a los más famosos *maîtres-d'hôtel* del universo.

Y lo que dirán los infieles que vean eso: –¡Si pretenderán estos reyes, como los antiguos, cocer sesos del ruiseñor en "empanadas" y beber perlas disueltas en vino! –Tu amiga, *Matilde*.

El Secretario
Miguel Eduardo Pardo
Madrid, octubre de 1895

BOCETOS MADRILEÑOS
El reventador*[10]

ESPAÑOL LEGÍTIMO, esencialmente madrileño, originalísimo y *único*, porque no tiene semejanza con ningún otro del mundo –que yo sepa– el reventador pertenece a cierta terrible institución que se fundó en España, con otro título menos crudo, en los tiempos famosos en que el Teatro Nacional era llamado por los clásicos *el corral de la Pacheca*... Los reventadores de hoy en día vienen a ser, como si dijéramos, los últimos restos de aquella secular institución; porque hoy se dan de varias clases, aunque son siempre *tipos hechos*, como los muebles antiguos de más o menos precio, que se empolvan en ciertas almonedas.

Existe –pongo por reventador el que gasta frac.

Es una especialidad del género.

Apenas se anuncia el estreno, ya está ese hombre en Contaduría apartando su butaca, la más cerca del escenario, en la que se pueda interrumpir la representación con *guasas* y tosecitas inoportunas. Porque eso sí, él no acepta billetes de favor que le coarten su libertad de armar ruidos con el bastón y de lanzar exclamaciones en las escenas interesantes.

Es el primero que llega al teatro.

Quien lo ve en el vestíbulo volando de grupo en grupo lo mismo que una mariposa intranquila, juraría que está interesadísimo

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 99, Caracas, 1 de febrero de 1896, p. 134.

10. El autor se propone escribir una serie de bocetos del natural ilustrados por el famoso dibujante madrileño señor Cilla.

en que triunfe la obra: pero en realidad lo que hace es tantear la opinión, inquirir si la obra *va o no va al foso*... Él no silba, ni lanza chillidos estridentes, como el reventador del Paraíso, pero se despacha a su gusto con el bastón y con los pies.

De ahí que los madrileños califiquen de *pateo* un fracaso teatral.

El pateo en las butacas comienza por un rumor sordo, heraldo de furiosa tempestad; detrás de ese rumor viene el taconeo repiqueteado... y luego el desastre: así se llame el autor Echegaray. Así atropellaron *Los condenados* de Galdós; así arrollaron la *Teresa* de Clarín, aunque lo de Clarín fue un escándalo de tal magnitud que no se ha conocido otro igual en España.

* * *

Hay otro reventador más peligroso y bravío: el de las localidades altas, el que mira de arriba abajo a los autores... ¡porque están en el Paraíso! El de todos los estrenos; el que se echa a la calle apenas suena la corneta de las tropas que pasan; el que va al sol en los toros y le arroja naranjas al Guerrita porque no *quié toreá en Madriz*; el que pide *los mansos* cuando Mazzantini se duerme en la suerte; el que no se casa con nadie; el del sitio fijo en las "delanteras" de Apolo, de la zarzuela, y de la comedia; y el que, en una palabra, *se moriría* si no asistiese al estreno "con mal vino", como lo distinguía el insigne Zorrilla.

Se le conoce al entrar, porque llega generalmente con aire de triunfo, antojándose que el estreno le pertenece por entero: no entra como el otro, guardando las formas del espectador imparcial sino que empieza por pisar fuerte, gritando a los acomodadores; y arrellanado ya todo lo más cómodamente en su sitio lanza una mirada de odio a la *claque* y exclama en voz alta para que lo oigan: –Ya tenemos ahí *a esos*; pero esta noche se fastidian, porque la obra es una *papa*: he visto en los ensayos...

Ese reventador da el alerta siseando, y cuando aún no ha "entrado" el público en la obra, como suele decirse en la jerga de bastidores, echa a rodar cualquiera escena, gritando: –¡Basta, basta, que eso se lo sabe uno de memoria!

Cuando no vocifera: —*¡A la cárcel, fuera! ¡Ladrones!*

Esto de "ladrones" lo oí gritar por primera vez en Eslava, recién llegado yo a Madrid. Se estrenaba una zarzuela de dos autores famosos en el mundo artístico literario; y como yo no entendiese la causa de aquellas injurias le pregunté al espectador del lado que me contestó al punto: –¡Pero hombre de Dios, no está usted oyendo que eso es una letanía con música de Semana Santa!

* * *

El reventador que chilla puede decirse que es de *pura sangre*: reventador de cartel; revienta por exceso de celo, por fanatismo artístico. Si el drama es, a su juicio, inverosímil, falso, efectista, convencional, lo discute acaloradamente y en la discusión se enloquece, se vuelve una verdadera furia, y hasta da bofetones a quien le contradice.

Yo he presenciado una riña en el anfiteatro de la Princesa entre un reventador de buena fe y uno de la claque: salieron de allí con las narices convertidas en cerezas.

Porque la claque es el enemigo de ese gremio formidable, de esa asociación que fabrica la derrota de los autores: la *claque* inicia el aplauso y los reventadores coléricos le imponen silencio.

–¡Callarse esos alabarderos! –aúllan indignados cuando los de la claque se exceden.

—¡Más alabarderos serán ustedes! –contestan los aludidos.

—¡Silencio!

—*Sinvergüenzas*.

Y ya está armada la bronca.

Mientras el público se impacienta y acaba por reforzar el tumulto con sus protestas.

Muchos van a los estrenos a divertirse con los escándalos, sin tomar parte en ellos; pero les gusta oír vocear y ver cómo se arremolina la gente y en qué acaban. Por eso hay especuladores que salen del teatro, contrariados, después de presenciar un estreno franco sin emociones ni barullos porque van a eso nada más: a gozar de las broncas que provocan los otros. No se meten a incendiarios, pero echan leña al fuego...

¡Y esos son precisamente, los reventadores temibles, los hipócritas, los que no dan el frente, los que se regocijan presintiendo que allá adentro en el fondo del escenario, detrás de un bastidor hay, quizás, un hombre pálido de angustia, que ve con tristeza cómo se consume y se silba en una noche todo un trabajo de diez meses o de un año, en el que tenía cifradas todas sus esperanzas de gloria y de fortuna!

PUNTOS Y COMAS ILUSTRADOS*

LOS ORADORES baratos que presumen de sabios y de astrónomos, y que por ende se usan con demasiada frecuencia en los ateneos, *hánse* propuesto aturdirnos con sus trascendentales, meteorológicas conferencias sobre el "bólido" que estalló con infernal estrépito en Madrid, sin pedirle permiso al señor Cánovas, el cual señor está muy enojado con el fenómeno celeste, porque dizque siendo él otro fenómeno... (terrestre) se le antoja una falta de consideración eso de entrar así de manera tan ruidosa en sus dominios.

El bólido, señores –exclaman con su indomable elocuencia los conferencistas de a cincuenta céntimos– es un cuerpo "cerúlido" que hablaron los parnasianos; el bólido es una cosa que se mueve alrededor del sol fulmíneo: ora es azul, ora es rojo, ora es verde, ora es violáceo... *ora pronobis*, como observó Clarín. El bólido es nube y es aire; es hierro y es fuego; es agua y es luz; es atmósfera y es arcoíris; es espacio y... *es vía láctea*. Vía de leche, que tradujo no sé quién.

A los que yo desearía ver dando sus opiniones sobre el bólido es a los académicos de Venezuela.

Como si los oyera juraría que a estas horas discuten con calor "el estallido celeste", no precisamente por su importancia científica, sino por haber caído el bólido en Madrid, que es la eterna preocupación de los venezolanos *correspondientes* de la española.

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 103, Caracas, 1 de abril de 1896, pp. 298-300.

"El bólido –observará uno de nuestros Calínez inmortales, o uno de nuestros inmortales Gedeones– el bólido es, a mi juicio, masculino. (Salida de tarugo académico). Y siendo masculino de necesidad, el femenino se impone, y el femenino es bólida, señores: la hembra del bólido, como si dijéramos, o como diría nuestro cariñoso y dulce compañero de academia don Emilio Castelar; el efluvio vigoroso y prepotente de los cielos revivido por el rayo del misterio... y engendrado en las orillas del Tigris, cerca de las arenas del caldeado desierto de Sahara... (Se suponen los aplausos). El bólido ha ocupado en todos los tiempos, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, la atención de la academia venezolana. Nuestro primer poeta lo ha cantado:

Salve, tú, prodigioso Monolito,...
Salve, tú, el de la rauda cabellera,
Salve, tú, viajador de lo infinito
Salve... sé de mis ripios el que se pueda.

"Eso es el bólido, una cosa muy grande, una cosa así como un ripio... (académico) un aerolito, una estrella, un planeta, una bola, un globo de piedra fulgurante; lo mismo puede ser un sustantivo que un adjetivo, un pronombre que un verbo; el bólido es todo, como la academia: yo bólido, tú bólidas, él bólida, nosotros bolidamos, vosotros bolidáis, ellos bólidan"...

Y pensar que el bólido no estallara en Caracas a ver si del susto les daba alferecía a nuestros académicos y se morían todos de una vez.

Porque –la verdad– de académicos está uno hasta la coronilla[11].

11. Sentimos que nuestro querido amigo y corresponsal señor Miguel Eduardo Pardo se haya expresado aquí en esos términos respecto a la Academia Venezolana. Estas alusiones no tienen razón de ser, en un periódico de la índole de *El Cojo Ilustrado*.

* * *

Con esto de los descubrimientos a diario y con aquello de la propaganda desmesurada que hace la prensa a favor de las cosas descubiertas, la gente en Europa no las lleva todas consigo.

Yo no puedo menos que estremecerme y horrorizarme ante la idea de la fotografía a través... de las ropas, considerando cuánto puede menoscabarse mi prestigio de cronista –si lo hay– y si se enteran por ejemplo mis lectores de cómo gasto yo las pantorrillas: unas pantorrillas flacas... y pudorosas de suyo –que no tienen nada de hidrópicas.

Me consuela, no obstante este defecto que confieso avergonzado, el que hay por esos mundos de Dios muchos literatos pagados de elegantes que están expuestos a vicisitudes más dolorosas y a peligros más tremendos en punto a figuras. ¡Qué tristeza para los que se oigan llamar "gentiles" por los periodistas calenturientos y luego resulten jorobados y maltrechos de talle en los retratos!...

Y ahí es nada. Lo que en el mundo va a ocurrir si se perfecciona la fotografía delatora de interioridades físicas... *y morales*.

¡Cuántos personajes de campanillas que pasaban, a los ojos del pueblo embobado, por eminencias y asombros de saber, presentarán sus cabezas muy erguidas ante la máquina, sin advertir que a lo mejor se les descubren pedazos de tarugos por sesos!

¡Pues no es nada lo del ojo! Digo, lo de las mujeres. El rayo catódico no respeta trapos ni almohadillas: se mete por todas partes, por todos los acreditados, manoseados y algodonados aditamentos de la indumentaria femenina y ¡adiós formas voluptuosas y soberanas esbeltas! En ocasiones los tales rayos, que aunque son "catódicos", no tienen pizca de "católicos", penetran con inaudita irreverencia en las carnes apetitosas y suavísimas del sexo bello, descubriéndonos lo que son en realidad: no ya polvo fino y ceniciento, sino verdaderos y horribles esqueletos que nos ponen los pelos de punta.

Señores ¡qué desilusión, qué pena, qué amargura, para los que aún no queremos curarnos de espantos y sorpresas femeninas; o para los que hemos corrido hasta ayer, desaforados y medio locos tras de algunas beldades arrogantes que nos tropezaron en la calle! Qué atrocidad, mejor dicho, qué vergüenza para los que hemos cantado la melancolía de unos ojos azules, húmedos siempre;... las blondas y ensortijadas cabelleras; los labios "trémulos"; los torneados cuellos de cisnes (!!); los senos de ebúrneos y las cinturas de *palmeras*!...

—No más mentiras "carnosas" –ha dicho Roentgen, el cruel autor de la fotografía denunciadora de las horribles armaduras–. No más ojos negros y brillantes: los ojos no están de moda, ni las bocas, ni los cuellos, ni las pantorrillas... ni nada que ofusque la imaginación encendida de los hombres. No hay más que huesos, esternones, costillas, cuencas vacías...

Pero diga lo que quiera el doctor Roentgen quedamos muchos todavía sin convencernos del todo; muchos soñadores, idólatras de la estética corporal, amantes de la mentira física, reincidentes, tercos, poetas que no hacemos versos, pero a quienes se nos van los ojos tras de esas hembras de líneas gloriosas y soberbias que resumen y completan los juveniles encantos de la vida y los regocijados alumbramientos del cerebro, si los hubo.

* * *

¿Lo ven ustedes?...

Tanto y tanto se empeñaron los periodistas intransigentes, que presumen de profetas, en matar al carnaval, que el bufonesco y *crotálide* Momo, como lo llaman los poetas interplanetarios, resucitó de pronto como Lázaro y echando los pies por el aire empezó a dar chillidos irreverentes sin respetar el profundo duelo en que está sumida España.

Y es que el carnaval no se muere, por lo menos en Madrid; se transforma.

Antaño el carnaval era poeta: romántico, espiritual, ingenioso; tenía proezas artísticas en punto a indumentarias: plumas, sedas, cintas, flores, encajes. Ogaño es bufón de baja estofa; se viste de trapos y resulta canallesco. Se echa menos la galantería, la broma simpática, la alegría franca, ese inagotable buen humor de que se hacían lenguas los cronistas del humano regocijo.

El verdadero carnaval se ha refugiado en Niza. En las demás ciudades europeas el carnaval es una *juerga* más o menos decente.

En Madrid, "la ciudad más alegre del mundo, con derecho a ser la más triste", estos tres días de "carnestolendas" son bulliciosos, pero ingratos a la estética: hay una afición terrible por el traje de mujer. De cien hombres –ha dicho con amargura Canals– noventa se ponen faldas y ostentan seno abultado y pantorrillas de magníficos contornos.

De pena consignarlo, pero si es verdad ¿por qué va uno a decir lo contrario?... Ese noventa por ciento de mozos que exhiben o simulan tentadoras turgencias en vez de mostrar con orgullo el pecho recio y vigoroso, los brazos nervudos y las piernas de varonil firmeza y hercúlea contracción, van diciendo por ahí que no tienen esos cuerpos tales bríos ni tales empujes de hombres; que aquellas burlas huelgan; y que en aquellos cerebros apenas si se mantienen poderosas las ideas de la misión que tienen en el mundo.

Precisamente el tercer día de carnaval en el Paseo de Recoletos, comentábamos Dicenta y yo sobre esas tristezas y degeneraciones del sexo, cuando acertó a pasar una máscara, cruzó el arroyo y dirigiéndose a varios jóvenes militares que se reían alegremente con unas señoras les gritó: —No reiríais de ese modo en la Manigua, defensores de la patria: aunque así fuerais allí *quizás que* lo hicierais peor...

Y por lo demás –como escribió el otro– aquí no ha pasado nada; puesto que el dios de la alegría, según queda dicho arriba, entró definitivamente este año en el período más penoso de su decadencia; anduvo por esas calles mal vestido y mal oliente; entró voceando escándalos en las tabernas; trocó la gracia en grosería; y arrastró, en fin, su desvergüenza por el arroyo a ciencia y paciencia de los pacíficos y curiosos paseantes de la coronada villa.

Madrid, febrero de 1896

TIPOS MADRILEÑOS
Las de servir*

A Carlos B. Figueredo

VALIENTE TÍTULO para un artículo –exclamará el pulcro y pacientísimo lector– las criadas de Madrid serán como las demás.

¡Ca! no lo saben ustedes. Ahí está Carlos Benito que las conoce como a sus manos y que por ende no me dejará mentir.

La criada madrileña es única en su especie.

El desenfado y la altanería constituyen los principales rasgos de su carácter. Sin el delantal parecen chulas; con el tradicional pañuelo rayas anudado a la garganta dijérase que son verduleras vestidas de limpio.

En desatando ellas la lengua hay que echar a correr o meterles una paliza de órdago; porque nada es más abundante ni variado que ese canallesco y procaz vocabulario que las criadas de Madrid emplean cuando se enojan.

Todas, absolutamente todas tienen novio –que es generalmente soldado– *melitar*, como ellas dicen. Y siempre entran en la casa *recomendás* por el tendero de ultramarinos de la esquina; y sirven lo mismo para un *fregao* que para un *barrío* –aunque luego no sirvan para la maldita cosa.

Unas salen de la casa "anterior", porque eran muchos de familia y la sacrificaban con tanto trabajar; otras, porque el señorito les hacía el amor y las esperaba... *en Eslava tomando café*; esta, porque no se quería morir de hambre, y aquella porque la señorita tenía un geniazo terrible y *a luego* tenía líos.

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 107, Caracas, 1 de junio de 1896, p. 457.

El primer mes andan muy humildes muy calladitas; después hay que oírlas.

–¡Fulana! –grita la señora acercándose a la cama, donde todavía está la criada arrollada y a medio vestir–. ¡Fulana! levántese usted que es tarde y tiene que ir a la compra.

–Si viera usted –responde ella desperezándose y enseñando un pie calzado a medias y el otro desnudo– ¡Si viera usted las pocas ganas que tengo yo de ir hoy al mercado!

Esto es nuevo en el mundo: no se oye en ninguna parte más que en Madrid.

—Mira, chica, que no le has puesto patatas al cocido.

—Pues si lo ha mirao usted ¿por qué no se las echa?

—Anda, mujer, trae el pan y a ver si no te tardas charlando en la esquina con el novio.

—Oiga usted, señora, y quién le ha dao vela en este entierro de mi noviazgo –vocifera poniéndose en jarras–. ¡Pues no faltaba otra cosa! Mejor se ocuparía usted de su marío que ayer mismo estaba en el balcón haciéndole monos a la niña del lao, que parece un mamarracho mayormente.

¡Cuándo digo que los mozos de cordel son niños de teta comparados con *una de servir*!

* * *

Hay criadas que presumen de tiples y cantan que se las pelan todo el santo día y tiene uno que salir desesperado, gritando. ¡Caramba!, ¿quiere usted dejar de escribir?

Y ellas como si nada les dijeran: continúan con el tango callejero, o salen con aquello de:

¡Pobre... la que tiene que servir!...

Las del primer piso emprenden a lo mejor diálogos deliciosos con las del segundo por las ventanas del patio. Y las que no apun-

tan un defecto, apuntan otro. Sisan que es una bendición, y de un duro que llevan la plaza se guardan tres pesetas, y tienen un primo a quien convidan, y una amiga que las visita a diario, y un señorito cursi que les envía cartas perfumadas. A las seis de la tarde dicen que se les olvida el petróleo para estarse mano sobre mano conversando con el novio, o murmurando, abajo, con la portera, o contando a la de enfrente lo que se come y lo que se bebe en casa. Ellas saben el dinero que uno gana y el número de calcetines que gasta al mes; ellas van y vienen y remueven todos los cuartos, no precisamente para poner en orden las cosas, sino para averiguar lo que hay dentro de esas cosas; ellas escuchan las conversaciones detrás de las puertas y después las juzgan a su modo; y ellas, en una palabra, son las dueñas de la casa, las amas, las que disponen y mandan y resuelven a su favor.

* * *

La última, la que yo tengo no alardea de semejantes defectos; pero en cambio me ha salido *literata*; una Pardo Bazán de la clase de fregonas.

Apenas deja el repartidor los periódicos de la mañana, se los lleva a la cocina para leer, desde el artículo de fondo hasta el último suelto.

—¿Han traído *El Liberal*? –pregunto yo a veces.

—Espere usted un momento, *señorito*. Ahora se lo llevo: estoy leyendo el artículo de Valera.

Los paquetes que me llegan de América los desata ella, no tanto por arrancarle los sellos y venderlos, como por enterarse del movimiento político y literario de nuestras repúblicas.

Juana sabe que en Méjico gobierna Porfirio Díaz, Piérola en el Perú, Caro en Colombia, Crespo en Venezuela. Se entera de lo que pasa en la Argentina y de lo que sucede en Chile. Y como es una

especie de Clarín con delantal, dice que nuestros poetas son esto y lo otro, y que si ella fuera a Caracas acabaría por limpiar de polvo y paja nuestra literatura, señalando definitivamente los buenos escritores y poniendo en solfa los malos, para que el público no se extraviara.

A mí me entran ganas de ponerla de patitas en la calle cuando la oigo disparatar de ese modo; pero a ratos me hace gracia esta mujer que como la domestica de Molière quisiera que uno le consultara los originales, o que como el criado de Cano, cuando está de mal humor, lo insulta porque escribe comedias.

A fresca no hay quien le ponga el pie delante a la chica de mi casa, mas prefiero esta, a esas otras descocadas con puntas y ribetes de verdulera a quienes si uno les dice: —Mujer, lávese usted esa cara que da grima –se vuelven y contestan a gritos, manoteándole a uno las barbas:

—¿Y a usted qué le importa, tío morral?...

Madrid, abril de 1896

CRÓNICAS NUEVAS*

SI POR ALGO no quería yo que llegase diciembre es por esta algarada de llantos y maldiciones que arman los cronistas cursis para despedir el año.

El año de las calamidades –según ellos– el de las catástrofes, el de las guerras, el de las crisis económicas, el de los infortunios...

¡Como si todos los años no ocurriera algo parecido!

Diríase que esos señores periodistas han venido al mundo con el único objetivo de entristecer a los demás. Yo no los resisto, no los leo, no puedo con ellos: los odio. Creo que nadie tiene derecho a ensombrecer la alegría del vivir ajeno. El que tenga llanto de sobra que se lo trague.

Bueno andaría el mundo si todos los que vamos por ahí agobiados de cuerpo, entristecidos de espíritu, sin entusiasmo, sin fe, arrastrando la vida como bestias enfermas, detuviéramos al transeúnte para decirle con acento lastimoso:

—Espérese usted un momento que voy a llorar sobre su pecho generoso una desgracia reciente.

Y el transeúnte, es claro, nos mandará a paseo, porque ¡quién sabe si él es otra lástima que pasa de largo, ocultando sus dolores!

Así van los periodistas llorones diciéndole al lector en cada columna convertida en lagrimario, si les pasó o no les pasó tal cosa en el año que termina; y si este es como el anterior, el año triste, el año funesto, el año infame...

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 100, Caracas, 15 de febrero de 1896, pp. 163-164.

Para mí ha sido todo lo contrario; para mí fue el año de los sucesos, de las fiestas, de las alegrías, del tamboril y de la *juerga*; el año más fecundo en acontecimientos; el que más me produjo con sus borrascas y sus regocijos. Por eso deseo ardientemente que el 96 se inaugure con tempestades políticas y sociales, con nudos literarios y alumbramientos artísticos de todo género. Y mientras más escándalos, mejor: muchos suicidios, muchos crímenes, muchas bombas de dinamita, muchas historias de celos, de amores y de lágrimas, muchos desafíos, muchas polémicas, y en una palabra, muchos desastres. Desorden y alegría; catástrofes y triunfos; horrores y entusiasmos que levanten y subleven, todo en una sola pieza, que todo es alimento para las cuartillas, carne apetitosa para la pluma que se mueve...

Venga, pues, el año de 1896 con su híbrido cortejo de amarguras y de risas para irle pasando revista a esa turbamulta que lo empuja.

* * *

Y a propósito de periodismo y sucesos.

Acaba de morir en Londres George Sala, el único *croniquer*, según el *Fígaro*, que han tenido los ingleses. Pero un *croniquer* que ganaba la bicoca de 1.000 duros por escribir dos o tres artículos mensuales.

Esto parece un chiste: un chiste trágico para los pobres cronistas que en España y América viven como de milagro...

¡Cuántos escritores tan ingeniosos quizás, y sin más fecundo que Mr. Sala, se exprimen como un limón el cerebro para ganarse una miseria de dos pesetas diarias, cuántos!

—Y a *nosotros* ¿qué? –dirán las empresas– si no tenemos dinero.

Pues la que no tenga dinero que se fastidie, que no pida artículos, revistas, cuentos, crónicas con *espirit* y trabajos llenos de vida

y juventud a los escritores que viven de *eso*; porque tendría mucha gracia que después de estar el pobre hombre toda una noche zurciendo frases, pariendo ideas, y haciéndole, afanoso, la *toilette* al hijo alumbrado, le salieran con aquello de: —Venga usted mañana.

Y cuenta que yo soy de los favorecidos. Pero a veces desea uno holgar porque se le antoja abrumador el trabajo y apenas se tiende usted ya le están gritando: —"Anda con las crónicas, chico, anda" –como si fuera uno el judío errante del periodismo. —¡Anda! ¡Anda!...

George Sala también *andaba*; pero en coche; en trenes lujosos recorriendo los Estados Unidos; a caballo por las Avenidas del Bosque de Bolonia en París. Comía como un príncipe en Londres; vestía como un duque en Madrid; y gozaba como un Sultán de la belleza pródiga en Marruecos.

Aquí no salimos los periodistas del Café Inglés, de la media tostada y del gabán con vueltas de pana. Algunos por misericordia del sastre tenemos levita y pantalones bombachos; pero el día que nos sorprenda la muerte verán ustedes como nos encuentran con un puñado de céntimos en el bolsillo (¡y gracias!). Y cómo nos llevan pian pianito del hospital a la fosa común.

Después de todo ¿qué más da?

La tierra de los muertos purifica.

La cuestión es la vida.

La vida de ese George Sala es el ideal, el verdadero: comer bien, dormir en lecho mullido, vestir con elegancia y trabajar cuando a uno le viene en gana.

Eso sobre todo: trabajar cuando uno quiere; y así ya se puede ser periodista, literato y hasta académico de la lengua.

¿Pero en España y América? "En América y España, como dijo muy oportunamente Bonafoux, el periodista es una especie de Hernán Cortés". Al pisar las puertas de una redacción quema las naves... y es capaz de romperse el bautismo con Dios por cuatro cuartos.

* * *

La sensacional noticia con sus sabores de escándalo y sus reflejos de calumnia corrió por todo París como un escalofrío de fiebre...

Félix Faure era acusado por el terrible de Cassagnac de ocultar algún misterio en su familia: el padre de su mujer se había sentado en los bancos de los tribunales y era indispensable la averiguación minuciosa; porque un presidente –decía– no debe tener tachas. Eso es. Como si el hombre que escoge una mujer para compañera de su vida tuviera que responder de las viejas faltas que cometieron sus parientes.

Pero ¿qué más quería la procaz difamación? Si algo faltaba a la hoguera siniestra que inició Cassagnac, allí estaba ella para alimentarla con la basura recogida del arroyo, con las inmundicias de la tasca, con las infamias del mentidero.

La calumnia trató de convertirse en moneda de buena ley, y entonces Mr. Faure, sereno, erguido, pero sin arrogancias, destruyó la calumnia, desafiándola y mirándola frente a frente, como cumple a los hombres que no tienen de qué avergonzarse. Maltrecha y desesperada salió aquella para quien todo es allanable, desde el concepto político hasta la profesión honrada, desde el refugio de la dignidad hasta el hogar, que es él último baluarte de los hombres públicos.

"La difamación está en la decadencia" –ha dicho alguien– pero a la difamación debe adelantarse la energía y ahogarla, como acaba de hacerlo el Presidente de la República francesa; ahogarla para que no chille; para que no señale derroteros el plácido esparcimiento a la malicia; para que no se difunda y contagie a las masas, de suyo veleidosas y prontas siempre a la sospecha; para que no se nutra de sangre de gente honrada; para que sus enconos no tengan válvula por donde escapar a la atmósfera que nos rodea.

No, a la calumnia no se la desprecia y mucho menos si es calumnia que aspira a glorificaciones de multitud. A esa calumnia se la pisotea en donde quiera que se la encuentra; en el salón regio y en la calle tumultuosa; en los reductos de la imprenta "libelista" y en los rincones oscuros del hampa.

Félix Faure ha hecho bien (¡ya lo creo!) descendiendo de su alto puesto para reñir batallas con sus detractores, en la vía pública, como si dijéramos. Porque nadie tiene derecho a salpicar con fango del arroyo la limpieza de un hogar inmaculado.

* * *

Acaba de llegar a Madrid.

Y no se habla de otra cosa en el mundo aristocrático: es una pareja encantadora –dicen– la pareja Malbourog-Vanderbilt.

Mas por si alguno pretende cazarme al vuelo la frase y darle otro sentido que no tiene, hago constar que no hablo de una pareja de caballos, ni de la guardia civil; hablo de la pareja de novios millonarios; esa que tanto ruido ha hecho en los Estados Unidos y que se pasea en Madrid, llamando la atención pública –no porque ella tenga algo de particular– sino por aquello de los "metales", que es la verdadera madre del cordero.

Lo mismo les sucederá en Londres, en París, en Viena, en Roma, en todas las ciudades grandes o pequeñas que visiten; llevan el prestigio del oro ¡el rey del mundo! el dinero.

El dinero –digan lo contrario los que no saben lo que vale– es el único poder; el dinero es una casta y ennoblece con su omnipotencia; el dinero hace milagros.

¡Que la felicidad no existe!...

Deme usted a mí dinero y esa felicidad negada me resultará una verdad como un templo.

Si yo fuera poeta no le cantaría a esos novios; pero le cantaría al dinero que poseen: es lo único que merece ser elogiado por la lira: el dinero.

Lo que acabo de escribir suena así de pronto, como una atrocidad; pero profundicen ustedes y díganme si hay algo mejor que el dinero en este mudo... Y falta saber cómo se cotiza en el otro.

Madrid, diciembre de 1895

CRONIQUEANDO
Desde París*

DESPUÉS DE AQUEL tormentoso, delirante día de fiesta que, en parte, revisté para este mismo periódico, creí que no me quedaba más que hacer en punto a crónicas "solemnes". Creí que el cansancio inevitable, a partir de tanta agitación y tan extraordinario entusiasmo, obligaría a las gentes a refugiarse en sus casas, o por lo menos a tomar el tren que las trajo en manadas desde sus respectivas comarcas; y, creí, en fin, que la espléndida, aunque fatigosa jornada parisiense, acabaría en Versailles con los juegos de aguas, o con la sonada y archisonada revista militar de Chalons.

¡Que si quieres! Las fiestas tenían derecho a la octavita ruidosa, porque los forasteros no se conformaron con los farolillos de colores y los fuegos artificiales que les dieron. Necesitaban el "estrujamiento" continuo y se estacionaron. Así están las calles, todavía atestadas de paseantes; todavía se impide la circulación de los coches por el boulevard; y todavía lo ponen a uno de un humor de mil demonios los grupos de provincianos que se atraviesan en las aceras, a contemplar embobados las joyas "flamantes" que exhiben los escaparates de lujo.

Yo, por la cantidad de persona que me corresponde en el concierto humano, declaro que me siento "energúmeno" en medio del atropello incesante; y de buena gana saldría por esas calles repartiendo palos y pedradas a ver si me dejaban paso libre para ir a mis asuntos particulares.

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 119, Caracas, 1 de diciembre de 1896, pp. 896-897.

Y eso que ya se fue el zar, espantado, quizás, por las aglomeraciones de las muchedumbres que querían comérselo a besos y abrazos.

* * *

Por aquellos días tomaba uno coche –pongo por vehículo digno de comisionado especial– y a lo mejor lo paraban en seco y en cualquiera avenida cien mil personas apostadas en las bocacalles. Todo obstruido, cerrado, amurallado, por espesas masas de hombres, de mujeres, de carros y de ómnibus.

Iba mí pasar el zar, y había que hacerle alas de oleadas de gente.

Y pasaba él, al fin, atronando la vía con su séquito de cosacos; y aquellas multitudes se precipitaban detrás para impedir –aun más lejos– la circulación de otra avenida.

De este modo y de aquella manera vivimos en París, ahogados, estropeados, apabullados por más de cinco días.

Que salía el emperador para Notre Dame... Apiñamiento, escolta y vítores ensordecedores.

Que se indispuso en el Hotel de Ville... Carreras furiosas de caballos, invasión de farmacias y desmayos.

—Que la gran duquesa Olga –que no habla aún– dijo por primera vez: "Pipí, en vez papá"... Telefoneó repiqueteado en el Elíseo, reunión del cuerpo diplomático en la Embajada, cablegramas a San Petersburgo, y comunicaciones urgentes de la Agencia Fabra al resto del mundo; sin contar la indispensable "obstrucción" de la vía pública, donde se imponía como deber la muchedumbre el obligado comentario sobre si el "pipí" de la gran duquesa fue o no pronunciado en francés con dejos rusos.

Y de estas majaderías se ocuparon los periódicos más serios y con ellas llenaron sus principales columnas.

Mientras los escaparates del boulevard, envueltos en resplandores de luz eléctrica exhibían sus objetos con el retrato del emperador. Los forros de los sombreros, los gemelos para puños, los puños de los bastones, las sortijas, las pulseras, los cofres, los pañuelos, los alfileres de corbatas, las tapas de los relojes, todo ostentaba y ostenta aún, artístico y primorosamente ornamentado, pulido, corregido y hermoseado el regio perfil de Nicolás.

Y me atrevería a apostar –si Juan de Mata Guzmán que se hace lenguas de su amistad con el zar, no lo toma a mal– que a vuelta de un año hay más *Nicolases* en Francia que Pepes en España. Y si no al tiempo. Verán ustedes cómo el día menos pensado aparece un nuevo oráculo francés que, *á guise* de sentencia y a semejanza de las que se encuentran por allí, dirá sobre poco más o menos:

"*Octubre*. –Mes ruso. El varón nacido por este tiempo será rubio, gastará barba corrida, ojos azules, como nuestro amado Emperador; y probablemente se llamará Nicolás".

Pero Nicolás a secas, como si dijéramos los Valdeiglesias sin *La Época* o sin el título de marqués que le hace más falta que la misma *Época*.

* * *

No es que yo crea –después de lo antes expresado con más o menos ligereza, al parecer– que el autócrata moscovita apenas si merezca que eche, en su honor, el pueblo de París las campanas al vuelo, ni que París haga mal en echarlas, no. Hasta en lo del campaneo soy yo asequible; en lo que no estoy de acuerdo, ni puede estarlo ninguna persona seria es en las manifestaciones estrafalarias, por exageradas, que presentan al pueblo francés como humillado.

No necesita Francia de semejantes tristes reverencias para atraerse la amistad de Rusia; ella es bastantemente grande, suficientemente poderosa para proponer alianzas sin adulaciones, sin

dar espectáculos de muchedumbres capaces de echarse al suelo para que pase por encima de ellas la carroza de un autócrata.

Muy bien están los collares de farolitos, los fuegos, las recepciones, los saraos, los obsequios regios y los aplausos estrepitosos. Pero de ahí a desgañitarse, a "vivas" delirantes, y a llorar por si la princesa Olga hizo un "puchero" o balbuceó un disparate infantil, hay una enormidad censurable de distancia.

Es como si un trabajador honrado, perdida su colocación, desesperado de encontrar otra, saliese por ahí a pedir una limosna de rodillas y en tono lastimero, cuando debe pedirla de pie, con arrogancia y si se quiere con insolencia; porque la honradez tiene derecho a ser altiva.

Así Francia debe exigir la alianza a Rusia, así, con orgullo.

Y si no estoy en lo cierto que me ahorquen.

París, 1896

LOS QUE DESACREDITAN A PARÍS*

Para Andrés A. Mata

EN MEDIO DE AQUEL París atronador y tumultuoso que de soltero me complacía yo en describir voluptuosamente en mis libros y revistas; y donde bullen con sus espasmos y sus fiebres los amores del Bosque; la alegría del Quartier; la locura del Club; el desenfreno de Moulin Rouge y el estrépito del polvoriento Boulevard... En medio de ese vértigo de cosas, de historias y espectáculos –digo– existe un París bueno y hasta cierto punto honrado que no estudié o no quise estudiar profundamente por entonces.

* * *

Es un París tierno, delicioso, encantador, que no conocen los americanos que vienen por estos mundos de Dios expresamente a divertirse, antojándoseles que *todo París* es el París que "media" entre el patio del Gran Hotel y el salón siempre hirviente y desordenado del Casino.

¿Qué saben ellos del París que va al taller a las siete de la mañana y trabaja; que va al templo los domingos y ora; que va los sábados a la caja de ahorros y economiza; que forma sociedades y es fuerte; que trasnocha en el estudio y aprende; que se reúne con la familia y goza; que llega a la redacción e ilustra; que entra al hogar y ama?...

¿Qué saben de eso?

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 128, Caracas, 15 de abril de 1897, pp. 312-314.

A ellos les sobra con saber que *viven* en el Gran Hotel, y es mucho.

Por eso cuando regresan a Venezuela, pongo por patria, exclaman, presumiendo de moralistas irreductibles, que París es un escándalo, una orgía constante, una especie de Bizancio, que la corrupción se extiende por todas partes de manera implacable, y que las señoras van a la ópera con los escotes despecherados.

Y es lo que decía no sé quién oyéndoles: —Y ¿por qué esos señores no van a la Magdalena? Así sabrán si existe o no el París que desean, el París honrado que niegan.

Es claro. Si se la pasan a las puertas del susodicho Gran Hotel discutiendo a Porfirio Díaz y a Crespo, ¿qué tiempo van a tener para enterarse de lo que hay de honrado y bueno en París?

* * *

Allí las tales polémicas sobre los destinos políticos de nuestras pobres repúblicas resultan graciosísimas.

A lo mejor ve usted en un corro del pasillo que gesticulan, manotean y gritan hasta desgañitarse y la gente se para, creyendo que los del corro van a matarse. —Que el señor Caro dio un decreto en Colombia sobre las bestias de carga: disputa en el corro; que un ministro de Hacienda se robó en la Argentina quinientos mil pesos: voces, protestas y disputa; que hay guerra en el Perú: disputa y altercado; que en Venezuela hay crisis: ¡el delirio! Se entabla una contienda furiosa, descomunal, en la que toman parte, arrastrados por la indignación patriótica todos los ilustres allí presentes, sin exceptuar al general Guzmán, que repite con su énfasis habitual aquella famosa frase que puso en sus labios Bonafoux a propósito de otra no menos famosa polémica histórica: —"¡Paez prisionero de Monagas... Monagas prisionero de todo el mundo!...".

Afortunadamente los que suelen pasar por el Gran Hotel a las cinco de la tarde ya los conocen. Se detienen un momento, los miran como a cosas raras y murmuran en medio de una sonrisa indefinible: *Ce sont des rastas...*

Y nunca mejor empleado está el abominable calificativo, porque nuestros grandes (?) hombres que vienen a París, generalmente lo merecen no solo por sus ridículos excesos monetarios que parecen decirle a todo el mundo que son ricos improvisados de última hora, sino por sus trajes atroces, estrafalarios e imposibles de cursis.

Siempre recordaré aunque con pena –dicho sea en honor de la verdad– el triste papel que hizo una tarde cierto insigne exministro venezolano, en ese mismo hotel, pues entró al patio, a la sazón lleno de gente, vestido poco menos que de máscara; llevaba sombrero gris de alas anchas, pantalón ancho también, a cuadros, guantes perla, zapatos de charol con polainas *á bouton*, y una amplia, fenomenal levita color crema que llegándole a los talones le daba un no lejano aspecto de cochero de casa grande condecorado con el busto.

A más y mejor nuestro egregio exministro gastaba una "leontina" cuyos gruesos dijes de oro empezaron a repicarle al andar, como si fueran las campanas de Notre Dame, y entonces fue todo el mundo volvió de súbito la vista para admirar al ente extraordinario y bullanguero que con semejante cencerro se anunciaba.

Fue una entrada verdaderamente triunfal, y excuso pintar a ustedes el efecto que ella produjo en el hotel.

Luego se enojan, *se ponen bravos*, como dicen en Caracas, porque uno les castiga con la sátira sus malas costumbres, sus ridiculeces y sus fantocherías que tanto nos perjudican en el extranjero.

Después de todo yo no sé a qué vienen a Europa esos señores: *a fingir* de aristócratas, a pagar más dinero del que consumen en los restaurantes de lujo, donde la ironía de los camareros de veinte

años de práctica descubre al *rastá* a través de los billetes de mil francos; a eso vienen, a eso y a cazar hembras en las revueltas de las calles, para luego ir predicando la moral por Venezuela e ir repitiendo lo arriba citado. ¡Ah! Sí, París es una orgía, Bizancio, Roma: *no existe el hogar* sino la corrupción que extiende sus alas fatídicas por sobre una sociedad que se derrumba.

* * *

Mentira, todo eso es mentira.

En París existe la honradez, el hogar... Y no debe juzgarse a todo un pueblo por los vicios y flaquezas inherentes a una clase determinada, porque esas flaquezas y esos vicios no son patrimonio de todos, ni el refinamiento bizantino o sibarítico de ciertos centros que se llaman elegantes llega jamás a franquear todas las puertas.

En París existe el mal, como existe en Londres y en Berlín y en Bruselas y en San Petersburgo y en Madrid.

Lo que ocurre entre dos platos es que nuestros hombres no sueñan en América más que con París. Si por casualidad van a Londres se les cae Londres encima con sus nieblas eternas y salen de allí locos de aburridos, sin tiempo para respirar el medio ambiente. En Berlín los aturde el alemán y se vuelven locos a los dos días. A San Petersburgo no van. Y en Madrid apenas paran con el solo objeto de ver una corrida de toros. Los atrae el olor, la luz, el crujido de la seda del boulevard y de aquí no salen, ni ven, ni entienden de más nada. Pero en Madrid y en Berlín y en Londres hay tantos vicios como en París.

UNAS DE CAL...*

FÍESE USTED de la Virgen y no corra...

Es decir: fíese usted de la proverbial amabilidad de los franceses y no hurte el cuerpo a sus incesantes caricias para que vea como a lo mejor de la caricia le toman el cabello y lo desvalijan de la manera más cortés. Y luego le besan a usted la mano y la boca y la oreja y la nariz que es cuanto cabe besarle a un ser humano, desvalijado y todo.

Porque los franceses, o hablando con más propiedad, los parisienses creen que el extranjero viene a París con el solo objeto de ser engañado a todas horas y que, por ende, es cosa explotable y digna de ser llevada en cuenta de acechos, persecuciones y estafas "caballerosas".

Los franceses no saben distinguir.

Para ellos todo el monte es orégano: todo extranjero merece el pintoresco calificativo de *rastá*; todo el que no es francés, excepción hecha del ruso a quien adoran de la manera más humillante, tiene obligación de llegar a París con la cartera "hinchada" de billetes y esos billetes debe tirarlos furiosamente y a puñados en el boulevard para ser bien visto y mejor atendido. Haga lo contrario el extranjero y resulta a los ojos del parisiense un ser inaguantable y atroz: una calamidad, un estorbo, un ente ridículo y... *pas gentil* como dicen las muchachas del casino cuando algún parroquiano receloso se resiste a obsequiarlas con *champagne*.

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 130, Caracas, 15 de mayo de 1897, p. 400.

Yo que los conozco y veo cómo los franceses cazan una mosca al vuelo los trato a honesta distancia en punto a negocios. Pertenezco al número de los extranjeros inaguantables y no les doy propinas sino de a diez céntimos por franco –ni uno más ni uno menos –; reviso minuciosamente la cuenta del hotel y discuto una botella de agua de Vichy que me anotan sin pedir, como reclamo hasta el haz de leña que me quiten de la estufa. No les perdono las equivocaciones en las sumas: siempre se equivocan... en contra de uno. En todo cambio dan monedas falsas y, por eso, cada vez que compro algo, limpio muy bien los lentes y examino con cuidado la cara y el sello de la pieza y luego la golpeo ruidosamente contra el mármol, sobre todo en los estancos: no acepto yo un franco sospechoso, así me lo dé entre risas y zalamerías la estanquera más bella y graciosa de París.

A la camarerita de mi cuarto, a pesar de los afanes que se da o que finge darse por servirme la tengo a raya: un franco por semana; a la *concierge* otro; al muchacho del comedor cuando me despacha a prisa y corriendo uno y medio, cuando se tarda uno solo. En los cafés *fluctúo* entre los 10 y 15 céntimos, según... Y a los cocheros nunca los tomo por *course*, sino por hora y sin avisárselos, y 25 céntimos de propina aunque sude sangre el caballo y sude el kilo el auriga. Los conozco: los conozco a todos como a mis manos y los trato como el sultán de Turquía trataba –injustamente por cierto– a los cretenses, con una sola diferencia: que yo no soy sultán de ninguna parte ni estos son cretenses sino cretinos desalmados que viven sorprendiendo la buena fe del extranjero que pasa por junto a ellos.

Al extranjero lo asechan en todas partes. Y en la estancia y en la tienda y en el café y en el hotel, dueños, criados y camareros se creen con derecho a robarlo: el robo al extranjero dijérase que es una obligación, una consigna, un deber.

Un amigo mío que presume de listo y que hasta ayer se jactaba de su suerte, porque jamás le pasó ningún percance en el tiempo que lleva en París, anda por ahí cariacontecido, de comisaría en co-

misaría, denunciando el robo de mil francos que acaban de hacerle en el mismo cuarto del hotel y de un baúl cerrado con doble llave, la cual guardaba, para más seguridad, en el armario de la casa. ¡No sabía, el pobre, que en casi todos los hoteles de París los armarios tienen dos llaves y a falta de ellas manojos de llaves misteriosas para todas las cerraduras por intrincadas que estas sean!

Y el patrón y la patrona tan buenos –me decía– tan serviciales, tan cariñosos, tan simpáticos...

¡Ahora lo comprende él todo! Como en la comedia semitrágica: ahora sabe por qué lo querían y lo miraban tanto.

En esto de mimar nadie le pone el pie delante al parisiense: ha hecho del mimo un oficio, un arte, un hábito, una necesidad. Y ese mimo servil con sus estratagemas y falsías lo usan estos señores como la cosa más moliente y corriente en el almacén donde piensan medirle a usted menos de la tela que compra; en la botica donde le venden bicarbonato por antipirina u otro polvo cualquiera; en la sastrería donde le cambian a uno el género que escogió para hacer un traje: en el mismo restaurant, el parroquiano más asiduo, no se ve libre de la estafa mezquina de los céntimos: en cuanto el parroquiano se descuida o lleva de convidado a cualquiera persona ¡zas! le incluye un plato que no se ha comido o un vino que no soñó en beberse.

Por eso odio, con todo lo que hay en mí de pasional y terrible, a esta gente de restaurantes, de hoteles y de cafés parisienses.

Una noche salí yo del teatro de la ópera con todos los esplendores indumentáricos de mi cargo, es decir: corbata blanca, chaleco de piqué ídem, frac, sombrero de copa, botas de charol, en fin, flamante; hubo momentos en que creí que era yo el Presidente de la República en persona. De mi brazo venía mi señora con una cola estupenda que hacía más ruidos que las cataratas del Niágara. Teníamos hambre ¿para qué negarlo? Un hambre atroz, y entramos al café de la Paix. El camarero al vernos hizo una profunda cortesía

y creo que se le quebró la espina dorsal: *à tous seigneurs tous honneurs.* Pedimos de cenar... y después pedimos la cuenta.

¡Qué barbaridad! Cincuenta francos nos costó la cena: yo me levanté furioso y estuve a punto de ahogar al mozo entre mis manos, pero recordé mi cargo oficial y pensé *en lo que dirían las naciones extranjeras*.

No he vuelto al café de la Paix, mas si vuelvo alguna vez tendré muy buen cuidado de suprimir el frac y de cortar el mantel con el cuchillo antes de levantarme de la mesa...

París, abril de 1897

A TRAVÉS DE PARÍS*

AYER OLÍA EL BOSQUE a tomillo y a mujeres frescas... París celebraba la aparición de las flores y el comienzo de un verano potente y voluptuoso que se dispone a borrar de una vez por todas las negras impresiones que dejó un invierno crudo y el crudo recuerdo que dejara una primavera triste, sombría –que apenas tuvo unos cuantos rayos de sol enfermo y algunos reflejos de cielo azul muy pálido.

Después de todo más vale así, porque esos soles nuestros demasiado fecundantes lo enfurecen a uno. Y si no vean ustedes los resultados que da, por ejemplo, el bravo sol de España: allí se anuncia el estío con bofetadas más o menos tetuanescas; en Francia, o mejor aún, en París se celebra la llegada de la nueva estación con batallas de flores y bullicios de trajes vaporosos, con vítores y palmadas infantiles.

Y es que París es... París: ciudad incomparable y única en punto a buen humor. Aquí nadie rabia, nadie grita, nadie patea, nadie goza en reventarse la cara a puñetazos. Dignos de general censura fueron siempre los casos violentos de aquellos políticos que, rompiendo con toda consideración, se tiraron los bastones a la cabeza por *quítame allá un discurso*. Además, y por otra parte, París no se ocupa de politiquerías, pues como dijo muy bien no sé qué escritor: la política la manejan unos cuantos señores que no saben hacer nada: *los demás pagan*... y se divierten dos o tres horas. Después na-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 134, Caracas, 15 de julio de 1897, pp. 559-560.

die se acuerda de los dichosos políticos y se busca otra cosa mejor en qué pasar el rato.

Por eso, ayer, olvidado de la última sesión escandalosa, París entero invadió el bosque y el bosque resultó maravilloso con sus artísticos y raros arcos de ramas, de plumas, de cintas, de banderas de colores. Bajo aquella curiosísima bóveda, repartiéndose entre los árboles, formaron grupos encantadores las mujeres y por el centro empezó a desfilar compacta, uniforme, la masa inmensa de carruajes, cuyo sordo rumor de aglomeración solo saben rimar bien este trote largo y preciso de los caballos de lujo. En medio de aquel ordenado torbellino una profusa lluvia de jazmines nubló el sol toda la tarde y a la hora del regreso apenas si se distinguía allá, al fondo, cerca de la gran cascada, uno como océano brumoso, como una ondulante mancha gris confundiéndose en la profundidad de la arboleda.

* * *

Otros cronistas más embusteros, o más sabios que yo les contarán a ustedes muchas cosas buenas sobre las últimas exposiciones de pintura.

* * *

A mí las tales exposiciones me produjeron un efecto deplorable; tal vez, y sin tal vez, porque mi vista está ya acostumbrada a los lienzos españoles, que son todo luz, color, brío y audacia. Sea como fuere es lo cierto que ni el Palacio de la Industria ni en Campo de Marte encontré este año nada que me causara la más mínima sorpresa; todo lo que allí se expuso, dijérame que lo presentía, que lo veía a través de los muros antes de visitar las espaciosas salas: lo mismo en pintura que en escultura. Muchas caras de mujeres boni-

tas, muchos brazos torneados, muchas gargantas "harmoniosas", como dicen los críticos, y muchas abundantes y pródigas redondeces femeninas de las que ahora se usan: todo del natural, pero todo pálido, todo blanco, todo sin jugo y sin vigor.

Digan lo que quieran otros, yo no he visto nada que, por lo verdaderamente artístico, me seduzca: los artistas "humanos" por humanos y los impresionistas por locos, porque ya han hecho lo bastante en pintura para que los lleven al manicomio con sus obras, es decir, con sus carnes verdes, amarillas y azules; con sus cabelleras de rojo subido de azafrán; con sus mares terribles y sus cielos pavorosos, donde reina el más anárquico y triste de los desbarajustes históricos. Esos señores dibujan montañas que parecen ómnibus y ómnibus que semejan ferrocarriles.

Se necesita llegar al más horrible estado de embriaguez para pintar aquel cuadro del Campo de Marte, donde figura una mesa cuyo servicio todo de platos, vasos, cucharas, servilletas y manteles es de morado "mapuey", con vistas a la greda y al azul turquí; una orgía de colores de luces amarillas y de sombras achocolatadas que produce un verdadero trastorno en la imaginación. A mí no me convence nadie de la virtud que tienen los supradichos pintores de ver las cosas de distinto color que los demás: es como si a una mujer a quien todo el mundo le dice rubia, le dijera yo, negra. Por la parte de público que tengo, grito y protesto y extremo hasta donde pueda mi juicio sin reservas al hablar de esa pintura incalificable en el idioma del arte, por mucho que quieran llamarla "independiente", o lo que sea.

De tal modo es esto así, que si a mí se me ocurriese retratarme –que no se me ocurrirá probablemente– y un señor de "esos" impresionistas me pintase los bigotes azules, gastándolos como los gastos negros, sería capaz de pegarle un tiro.

Hasta sé yo que esos artistas no le hacen, en realidad, mal al público; pero le hacen daño al arte, y ello basta para que un mero aficionado, como yo, los censure según la medida de sus fuerzas.

Y esta, por de pronto, es una opinión puramente personal: no la doy como buena, sino como mía. Cuando me sobre tiempo y paciencia hablaré de otro modo, pero siempre en contra de los atropellos del *impresionismo* reinante.

* * *

A suavizarnos un poco estos malos ratos que nos dan los pintores de mamarrachos fantásticos han venido, a *La Renaissance* Leonora Huse, y a la Gran Ópera el insigne Tamagno.

Ambos artistas hacen hoy las delicias del público exquisito de París y dan margen a los revendedores para abusar del público de manera escandalosa: hubo quien pagó por la última representación del *Otello* 500 francos; y ayer noche para la primera de *La dama de las camelias* se vendían a 50 francos, billetes de galería. Pero no digo cincuenta, cien francos puede uno dar por aplaudir a Leonora Duce. Es fama que Sarah Bernhardt palideció cuando la vio entrar hecha un cadáver, en el último acto de la inmortal obra de Dumas.

París, junio de 1897

LA FIESTA DE LAS LETRAS*

—ESCRIBA USTED para este número la revista de nuestra fiesta –me dijo ayer Herrera.

—¿Con qué? –le pregunté.

(Herrera asombrado).

—¿Hombre, con qué va a ser? Con pluma, papel y tinta...

—¿No sería mejor con pincel de seda?

—Con lo que usted quiera. Lo que yo necesito es la revista.

—Es que...

—Es que usted está entregado a una pereza vituperable, hace mucho tiempo, amigo. Sacúdala usted y escriba...

Latigueado por aquellas crueles palabras salí decidido a cumplir mi cometido para echárselo luego en cara al señor Herrera.

Y bien sabe Dios que con la mejor voluntad del mundo acabo de sentarme frente a mi mesa de trabajo.

Tengo la pluma, el papel y la tinta antedichos.

Pero hoy es un día espantoso; un día de esos en que, a mi pesar, palidezco ante un puñado de cuartillas, como periodista inválido al fin. Me amedrenta la faena, me horroriza la crónica. Estoy por maldecir la hora en que me comprometí a escribirla.

—Una cosa tan fácil, una crónica –dirán ustedes.

Eso es: una cosa: que yo he hecho tantas veces jugando, como si dijéramos, en cuestión de momentos, apremiado por el tiempo. ¡Ah! Por aquel entonces era yo dueño del buen humor, de la invec-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 146, Caracas, 15 de enero de 1898, pp. 84-86.

tiva amable, de la frase flexible, de la idea nueva –si no lo toman a mal los que hoy se creen con derecho a todo eso–. Papel, pluma y tinta, nada más pedía yo. Ahora lleno de zozobra, desesperado, loco como el infeliz autor de *Boule de Suif* pido sobre estos chirimbolos "mis ideas", y pregunto:

—"¿Dónde están; dónde están esas ideas mías? ¿Alguno de ustedes las ha visto por ahí?".

Y las busco por los rincones del despacho, por sobre las mesas, detrás de los tinteros, en todas partes, como si fueran cosas tangibles las ideas, aquellas que salieron siempre retozonas de mi cerebro, sedientas de luz...

¡Mis ideas! En solicitud de las muy pícaras salgo hoy a la ventana. Un sol potente, deslumbrador y bravío lanza destellos luminosos sobre la tierra regocijada y envuelve en magníficos oleajes las rojas techumbres de las casas, las blancas paredes, las estrechas calles y los árboles del jardín vecino; donde un pájaro despreocupado, irguiéndose sobre la rama de un naranjo puebla el espacio de una interminable serie de atronadores, acaloradísimos gorjeos. Dijérase que quiere echar los pulmones por la boca. Es un pájaro sin temor al que dirán, sin pizca de vergüenza: tiene algo de mi juventud ese pájaro, porque aturdido, osado, desenvuelto, como él, era yo en mis buenos tiempos de cronista infatigable. Yo escribía al modo que el pájaro cantaba: sin arte, sin respeto a la gramática, pero con decidido amor a la gloria, con un caudal de ideas que ahora me hacen mucha falta para llenar estas cuartillas que destino a la fiesta artística literaria celebrada por EL COJO el día de Año Nuevo en la Biblioteca Nacional.

* * *

Y ahora caigo en cuenta de que eso precisamente fue lo que yo ofrecí a Herrera Irigoyen, cuando me brindó pluma, papel y tinta: la revista de su gran fiesta.

Porque esa fiesta es suya, *suyísima*; proteste él si le viene una gana de mi honrada afirmación, pero no me borre ni una línea de lo escrito. Ello sería un abuso; no lo autoriza la amistad, ni lo tolera mi dignidad de periodista, señor Herrera: así se enoje usted y se dé a todos los diablos.

La fiesta del día de Año Nuevo es suya.

Y por otro lado vamos a ver. ¿Qué quiere el director de *El Cojo Ilustrado* que yo haga? ¿La descripción del acto verificado de la biblioteca?... Pues ya es pedir gollerías pedir la revista de una fiesta que debía grabarse en el periódico, no con letras de imprenta sino con rayos de luz.

Había de venir a pintarla cualquiera de nuestros primeros artistas de la palabra y como no pusiera a contribución, para hacerla, otra cosa que las bellas y peinadas frases de uso en estos casos, no saldría de fijo de tan gravísimo aprieto ni con todo un empedrado de "esmaltes y camafeos". Aquí quisiera yo ver al escritor más calificado traduciendo en vocablos bizarros la voz angelical de la Budriesi; la ejecución maravillosa de la señorita Domínguez Olavarría que convierte el piano en orquesta y la no menos admirable de María Irazábal, cuyos finos dedos de artista transforman el teclado en escala de murmullos de amor. Aquí quisiera yo verlos poniendo en prosa los acordes del violín soberano del señor Hass; aquí, diciendo cómo leyó Díaz Rodríguez el poema de Mata y cómo arrancó aplausos nutridos y sinceros Méndez y Mendoza con los frescos y delicados versos de Luz, de ese poema que tiene toda la inocencia de una virgen de quince años...

Esas revistas no se hacen, o se hacen en verso. Queda uno mal por más que pretenda quedar bien. La prosa es una cosa excelente, lo sé, y por ende se la recomiendo con toda mi alma al señor

Herrera. Pero la prosa solo puede copiar lo que ve en prosa. Y en la Biblioteca Nacional yo no vi ni sentí más que poesía... Flores, músicas, elogios, aplausos y sonrisas de mujeres bellas, arrebatadoras, de formas juveniles y gloriosas, de ojos negros, melancólicos, desmayados, húmedos de emoción...

¡Cuando digo que estas cosas no pueden hacerse más que en verso!

Una sola vez miré hacia un grupo cuyos trajes formaban todos los colores de una paleta y tuve que volver la cabeza al sitio donde Rufino Blanco acababa de sentarse. La abundante cabellera del poeta empezaba a descender y en breve tiempo logró cubrirle parte del rostro. A poco rato sobre la silla del joven laureado no se distinguía sino una cascada de cabellos.

Juanito estaba representado por una melena.

* * *

No representado por una cabellera de artista sino por la cabeza pensadora de un hombre eminente, del señor doctor Rafael Villavicencio, estuvo allí el Presidente de la República.

Y "el señor Presidente –dijo su ilustre representante– que no ha podido concurrir a este acto como lo deseaba, por habérselo impedido el cumplimiento de deberes oficiales, me ha encargado presentaros, con tal motivo, sus excusas; al mismo tiempo que, al entusiasta y progresista director de *El Cojo Ilustrado*, señor Herrera Irigoyen, sus calurosos parabienes porque, no contento con fomentar la cultura en Venezuela por medio de la propaganda hecha a diario en su periódico, ha tenido la feliz idea de promover esta lid en que han cruzado sus armas nuestros inteligentes adalides; no, empero armas destructoras, sino armas creadoras y civilizadoras, que el astro sombrío de la discordia se retira y hunde en el horizonte ante el sol radioso de la civilización que se levanta. Lucha

esta, gallarda, magníficamente coronada por tan simpática fiesta en que todo concurre al cultivo del espíritu y al encanto del sentimiento. De mí sé decir que es uno de los momentos más agradables de mi vida".

Luego se puso en pie don Marco Antonio Saluzzo y se expresó en los siguientes términos:

"Hemos presenciado, señores, un acto verdaderamente civilizador".

Protegiólo el amor al arte; lo realizó el ingenio; y el culto pueblo de Caracas lo ha prohijado para registrarlo, de seguro, en sus anales como hecho plausible.

"¡Loor a los mecenas! ¡Gloria al numen patrio! ¡Aplauso al pueblo que así sabe galardonar con laurel y encina como con mirto y rosa!

"Tras galano torneo en que gallardos caballeros de la lira se han emulado para alcanzar la prez de la victoria, confúndense fraternalmente vencedores y vencidos, pudiendo decir cada uno de ellos:

—"Yo también soy poeta: yo también pulso una lira en cuyas cuerdas vibra el canto triunfal que enaltece la gloria de mis hermanos en el arte. —Yo también soy poeta; y ni jamás los lauros de otra frente asombraron la mía, ni las tristezas de la envidia la tiñeron de mortal palidez.

"Sí, señores: hemos presenciado un acto verdaderamente civilizador.

"Y como el civilizar no es pasatiempo estéril, ni mera presunción, ni alarde vanidoso; síguese de ahí que tal acto no se ha efectuado para que caiga sobre él triste silencio, sino a fin de levantar los espíritus a la serena región de la verdad, de donde llueve la belleza, y a donde tiende con fuerza irresistible la inspiración del genio, para manifestarse luego en obras de arte, símbolos de progreso, las únicas que perduran en el tiempo y constituyen título de inmortalidad.

"Los magistrados de la antigua Roma en los buenos tiempos de la República, al despojarse de la autoridad, juraban haber respetado la majestad de las instituciones; y nosotros, los honrados para constituir este tribunal, cumplido ya nuestro encargo, juramos no haber tenido en mira sino los fueros del arte propiamente dicho, a saber: el libre ejercicio del ingenio en el orden; la manifestación de la verdad en la belleza; el vaticinio de venideras formas superiores que acerquen cada vez más y más las sociedades a la pacífica posesión del bien.

"Del bien, señores: atributos supremos de la divinidad y testimonio de su presencia entre los hombres.

"Aunque ello lastime la modestia de los propietarios de *El Cojo Ilustrado*, no parece justo prescindir de presentarles públicas felicitaciones por haber promovido este acto, e iniciado con él juegos literarios que acaso habrán de connaturalizarse entre nosotros para honra y fama de nuestros ingenios nacionales.

"En nombre del JURADO que me ha tocado presidir y en el mío propio, saludo y felicito a los poetas y a los escritores laureados, y les deseo nuevos y nuevos triunfos para prez del arte y gloria de la patria".

Y tiene razón el presidente del jurado exigiendo a esos jóvenes nuevos triunfos; porque en Venezuela, como en casi todos los pueblos latinos, se padece de una enfermedad nativa que Sellés con su gran talento ha calificado admirablemente de *Meridionalismo espiritual*, una enfermedad que no se cura.

Y el meridionalismo –según él– es "el entusiasmo pronto y el cansancio fácil: el pasar rápido del holocausto al olvido"...

Que no se figure esa juventud que lo ha conseguido todo y que es dueña del mundo porque ha alcanzado una pluma de oro en buena lid y en buena lid ha conquistado una medalla que disputaron muchos.

Quiera Dios que a ninguno de esos jóvenes se le suba la medalla o la pluma a la cabeza, porque entonces estamos perdidos: tendríamos que declararlos genios y los genios en estos tiempos no se usan, no están de moda, o por lo menos no se dan como las cosechas de café, ni entran muchos en libra.

* * *

Para concluir.

Me autorizo los presentes consejos por dos razones, a saber: porque estoy en vena de darlos –lo cual es una razón concluyente– y porque sé que no lo echarán a mala parte ni Mata ni Blanco Fombona, a quienes resueltamente los enderezo a título de amigo y compañero... Juntos toda la vida, marchando en una misma peregrinación, alentados por idénticas creencias, con iguales o muy parecidas ambiciones, derrotados o victoriosos en un mismo campo de batalla, apenas si en las rabiosas faenas de la vida se ha visto interrumpida la comunidad entre nosotros. Mis repentinas excursiones al extranjero me distanciaron de ellos en varias ocasiones; a ratos la política da un estirón y nos separan: ¡la literatura nunca!

Por eso el día de la fiesta organizada en honor de estos muchachos, al pasar yo revista al mundo literario allí reunido y ver que faltaban muchos de nuestros sabios, muchos de nuestros poetas egregios, muchísimos de nuestros críticos insignes, estuve a punto de echarme a llorar.

Afortunadamente las antedichas eminencias fueron ventajosamente sustituidas por lo mejor y más bello de nuestro mundo femenino. Entonces comprendí que no hacían falta y que no todos nuestros sabios son ilustres, ni todos nuestros poetas insignes. Hay algunos que la opinión pública señala como tales, pero ya saben ustedes que la maledicencia en Caracas no respeta nada. No hubo allí

"egregios", es verdad, pero hubo, según dije antes y me complazco en repetir ahora, mucha poesía, muchas flores, música, aplausos de manos menudas, canto de ángeles y ojos negros, desmayados, brillantes, húmedos de emoción...

MOMENTÁNEAS*

Para Gustavo Terrero

ZOLA SE HA FUGADO.

Los adversarios del insigne novelista que no le perdonan su formidable *J'acusse* del periódico *La Aurora*, se regocijan de su inesperada fuga, conceptuando ridícula su actitud de ahora que se compadece, a no dudar, de su campaña de entonces.

Los amigos se lamentan y dicen que Zola tiene razón en irse a veranear a Noruega y no a la cárcel.

La verdad es que un veraneo en la cárcel y bajo esta temperatura aplastante no es muy apetecible que digamos. Yo también, descartando el vago malestar que produce siempre la retirada de un grande hombre, casi casi le doy la razón al ilustre escritor: yo también hubiera hecho lo mismo.

La cárcel me horroriza.

* * *

Cuando Zola emprendió su valerosa campaña en defensa de Dreyfus el contagio produjo su efecto y una porción de periodistas echamos las campanas a vuelo. Zola solo, aislado, odiado por todo el mundo, escuchó la voz honrada de sus admiradores a través de la estulta vocinglería que a su paso levantó la estupidez. Su gloria literaria hecha polvo fue reverenciada por nosotros; y en un arranque

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 161, Caracas, 1 de septiembre de 1898, pp. 611-612.

de romanticismo desusado se nos antojó que la actitud de Zola tenía los caracteres de las actitudes clásicas de los mártires...

La conciencia de la multitud, como toda cosa colectiva, carecía a nuestro juicio de articulaciones y, mejor aún, de piedad y respeto.

Zola, en una palabra, lanzando pases arrogantes de protesta, acusaciones bizarras, sentencias olímpicas, puesto en pie, con su altivez de héroe, seducía. "¡Yo acuso!"... Yo acuso a este por bandido, al otro por criminal, al de más allá por traidor. Y aquel vibrante grito de acusación portentosa, inmensa y única, resonando en París y resonando en todas partes, gracias al telégrafo, produjo en la juventud indescriptible escalofrío de entusiasmo....

Aquel escalofrío desaparece con la noticia de la fuga. Y por sobre toda esa honorífica grandeza se esparce algo así como una sombra de melancolía del desengaño pronto y de la tristeza fácil; el pasar rápido del holocausto a la decepción horrible.

Desde su primera acusación que fue una obra de misericordia, hasta su última carta al Presidente del Consejo que es un reto, pluma y palabra, sentencia grave y protesta inflamada, fueron para Zola ofrendas hechas con el alma a una diosa gentil: a la justicia. Y Zola recibió por ello una brutal agresión del destino y del pueblo parisiense; fue condenado a prisión y condenado a pagar yo no sé cuántos miles de francos de multa. Desde entonces tuvo aquel hombre derecho a la admiración y a las lágrimas de sus amigos.

Las lágrimas y la admiración se han convertido, con la fuga, en risas malignas y en comentarios irónicos. —Va a veranear a Noruega, dicen, porque Noruega le resulta mejor que la cárcel. Allí se templa su bravura, mientras que aquí se enardece bajo esta temperatura de fuego.

* * *

"Esa fuga –escriben en *Le Figaro*– es un acontecimiento que relega al olvido todos los demás asuntos que ocupan momentáneamente la atención de París: el mismo interés que habría excitado la muerte de la exprincesa de Caramán Chimay a no ser por este suceso inesperado, pasa hoy a segundo término".

Y es verdad; ¿quién se ocupa de esa tristemente célebre exprincesa, ni de sus escándalos que a poco más de un año conmovían el boulevard y le daban salidas y tiradas inmensas a los periódicos; ni de la satisfacción del marido ni del dolor de Rigo; ni de la historia bochornosa de sus amores impúdicos, ¿quién? Quién habla en estos momentos del pasado cuando en los momentos presentes no se oye más que el emocionante grito de: —Zola se ha fugado.

Fuga precipitada y tonta, sin explicaciones que la atenúen; sin declaratorias que la justifiquen como era de esperarse; sin que el ilustre escapado se haya detenido un instante para decir siquiera: "Me voy porque me da la gana; porque ninguno de vosotros merece que yo sacrifique toda una vida insigne en aras de la justicia humana". De todos modos y mírese por el lado que se mire la escapatoria de Zola no es digna de él. Ha debido detenerse un instante y rugir como la fiera perseguida por la jauría: la huida, rugiendo y dando dentelladas, zarpazos, tiene siempre algo de hermosa.

ORIGINALIDAD Y PLAGIO*

JOAQUÍN DICENTA SE HA ROBADO UN NIÑO.

¡Qué escándalo!... ¡Y qué alegría para los verdaderos ladrones! Qué oportunidad más feliz para la gente del oficio: ¡para que la gente del oficio echara los pies por el aire!

A suceso de tan extraordinaria magnitud correspondía, a no dudar, el comentario de los hirvientes mentideros de Madrid. ¿Cómo no? Tratándose del más joven, del más audaz de los autores españoles, el hecho adquiría, por inaudito, desmesuradas proporciones de crimen. Y crimen con circunstancias agravantes de ensañamiento, premeditación, alevosía y complicidad...

El cómplice, también joven y poeta: Manolo Paso. ¿Qué más querían?

El chico robado era nada menos que el *Niño de la bola*, de Alarcón; al cual niño transformaron Paso y Dicenta en garrido majo andaluz de chaquetilla y sombrero de alas anchas. Guapo, enredador y camorrista sujeto que fue llevado a la escena con el nombre de *Curro Vargas*.

La familia de Alarcón creyó ver en aquel valiente de camisa historiada a la criatura de marras y metió en pleito a los "transformistas".

Y hubo bronca, es claro, bronca monumental y soberana. Intervino la justicia y hablaron los maestros del teatro y de la crítica.

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 171, Caracas, 1 de febrero de 1899, pp. 97-99.

En defensa de Dicenta y Paso salieron Jacinto Octavio Picón, Eugenio Sellés, Celso Lucio, Bretón, Ramos y no sé si algunos más. En contra, por andar con tapujos y remiendos piadosos don José Echegaray. El excelso autor, sabiendo que la pelota estaba en el tejado, pero ignorando por qué punto del alero asomaría, juzgó proceder correctamente retirándose. Consideraba él *peligrosa* su opinión en materias de "originalidad y plagio". Y planteada con harta mala fe de esta guisa la cuestión, cada *quisque* se creyó allí en el deber imprescindible de despacharse a su gusto, voceando disparates, echando fuera todo lo mucho que sabían y presentando de paso sus patentes de honradez, que nadie les había pedido.

Lo cual que me hizo el efecto del caso de muchos ladrones juntos que no pudiendo robarse una prenda, por temor a la policía, al ver que otro más listo, o más tonto, se lleva la prenda codiciada, salieran detrás de él corriendo y gritando desaforadamente:

—¡Ese!, ¡ese es el ladrón!... ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!...

* * *

¡Originalidad y plagio!

Cuestión interminable –si la hay–. Una historia tan vieja como el mundo es esa historia repetida a todas horas, en todos los tiempos y en todos los países.

Si fuera grato el papel de *denunciador*, ¡cuánta gente elevara a categoría de faena gloriosa, la triste ocupación de llevar al juzgado de la prensa muchas, pero muchísimas obras que van por ahí, impunemente, vendiendo una originalidad que es un hurto!... Son tantos los poetas que "calcan", los escritores que "imitan", los novelistas que "extraen", los dramaturgos que "copian", los periodistas que "¡traducen!"... Pero, ¿quién será el valiente que se atreva a arrojar la piedra destructora sobre esa formidable montaña de cal-

cos, de imitaciones y de plagios, cuando la piedra puede rebotar y romperle cualquier cosa?

No conozco, dice Balart, no conozco un solo autor completamente original: cuando no *coincide* en asuntos, coincide en frases con alguien. Y agrega con una sinceridad que abruma: "Todos, todos han tomado algo de los demás: entre los que *tomaron* con más desahogo están Virgilio, Shakespeare y Goethe: de los modernos Zola, Daudet, y D'Annunzio. Y sin embargo los autores de este calibre son los más originales del mundo".

Permítame el ilustre crítico ponerle el pie delante. Yo voy más allá: yo no creo ni en la originalidad ni en el plagio absoluto.

¿Cómo se entiende?

Como lo digo. Tengo la horrible, la espantosa, la inmensa desgracia de no creer en ninguna de las dos cosas. Si me preguntaran en qué consiste este negro, este amargo escepticismo mío, veríame en el doloroso caso de citar infinidad de autores que yo creía originales y que luego me han *resultado* unos grandísimos salteadores de la literatura. En cambio otros, a quienes la sospecha tocaba muy de cerca, me van pareciendo santos benditos comparados con aquellos. Y es que en la historia literaria del mundo como en la historia del cristianismo, existen el buen y el mal ladrón. Pero capaz no hay un solo autor (lo que se llama capaz) de robarse una obra íntegra. La vergüenza, el horror de ponerse en evidencia se lo impide. A menos que sea un bandido; y en semejante caso el comentario huelga: no se le juzga, se le castiga.

Molière, ya se sabe, entró a saco en la literatura española, cuando la literatura española estaba en pleno florecimiento, y el codicioso autor *no pudo* robar: siempre quedaba el sello de Molière en cada obra plagiada.

En manos de Zola pierde su impureza una guía monumental, como un Larousse, y aparece *Roma* sembrando rayos de luz por todas partes.

Una tosca narración juntamente con un libro viejo y no sé qué otra obra constituyen, según la crítica inglesa, la áurea y voluptuosa *Safo* de Daudet. Y Daudet será toda la vida "el autor de *Safo*".

En los mismos párrafos pillados malamente al insigne Gabriel D'Annunzio vive y palpita inconscientemente el soplo de un espíritu extraño: es el espíritu exquisito, raro y prodigioso del artista italiano que ennoblece lo ajeno.

¡Ah! no. La verdadera, la absoluta originalidad no existe.

La Marianela de Galdós ciega y enteca es un Quasimodo con faldas. *Nazarín* es el *Quijote* echado a perder. Y vaya usted a regatearle glorias a Pérez Galdós.

No hace muchas noches fui a verle a Coquelín el *Cirano de Bergerac*, comedia de Rostand que no conocía. Pues estuve a punto de jurar que aquel ilustre y *endiablado* caballero era el famoso D'Artagnan que juzgaba yo una creación de Dumas.

En el teatro se sufren muchas decepciones. Por estos países, al menos, se saben cosas que *no debían saberse*... A que el mismo don José Echegaray, tan escrupuloso en materias de "originalidad y plagio" no se atreve a decir –puesta la mano sobre la conciencia– que *Un crítico incipiente* es suyo. ¡A que no! Y probado, pongo por caso, un plagio colosal del señor Echegaray, ¿dudaría alguien de su poderosa inventiva? ¿Se desquiciaría su fama, menguaría su gloria, se borraría su nombre de la fila luminosa de los autores insignes? De seguro que no, que no podía ser. Entonces ¿a qué viene él con reparos y sospechas tratándose de Dicenta? Dicenta, pese a quien pese, puede producir, no uno sino muchos niños más rollizos que el "pintoresco y trágico" niño de Alarcón. Ojalá le sirva de lección lo que le pasa. Así dará mañana nuevos dramas: dramas del jaez y de la talla de *Juan José* y de *El señor feudal* que son suyos: suyísimos...

* * *

El plagio no es lícito. ¡Qué va a ser lícito el plagio!

Pero no puedo remediarlo: me hacen mucha gracia esos espías, guardianes y defensores de la literatura, tan diestros en averiguar a qué clase, mejor dicho, a qué género y familia pertenecen las producciones de los demás.

Conozco guardianes de ese "Cuerpo inmaculado" de las letras, que cometen más de un desmán vituperable en punto a calcos: lo mismo que cualquier hijo de vecino. Tengo pruebas abrumadoras contra alguno que se paga de original y que se considera, en Venezuela, insospechable. Y eso es precisamente lo que no debe tolerarse: que un insospechable, un "inmaculado", un Deroulede, por ejemplo, de la literatura, caiga como un rayo sobre un Dreyfus del oficio; o que un Rothschild que roba siendo rico, se eche por manera implacable sobre un infeliz que roba por pobre.

Si a ver vamos, el verdadero robo consiste en el robo de la obra *inédita*. Al fin y al cabo el que se coge lo publicado está expuesto a que su dueño lo desnude en la calle. Pero el que se coge *lo inédito*: ese sí es un ladrón, un inmoral, un traidor, un cobarde.

No sé dónde leí eso de que la obra inédita por sagrada se considera como "caso de honra" al ser tocada. Y considerado también desde este punto de vista el atentado es algo así como un crimen. Al autor de semejante infamia tiene cualquiera derecho de coserle el corazón a puñaladas.

Yo no le cosería nada *al amigo* que abusando de la confianza que depositara en él, leyéndole unas páginas inéditas, fuera luego y publicara mis ideas como suyas. Pero el día que apareciera un libro mío aparecería también al pie del capítulo usurpado esta nota sencilla: "Las presentes páginas se las leí yo a Fulano en tal tiempo. Poco después Fulano publicó tal cosa. No pudiendo llevar todas mis frases al papel llevó mi pensamiento íntegro... Fulano es una mala mujer".

* * *

Para terminar.

No ofrezco a la literatura alarmada estas impresiones como buenas, *sino como mías*.

Escribiendo en favor de Dicenta y Paso, sin pretensiones de romper lanzas en formidable batalla con sus muy contados detractores, he gozado; he creído cumplir un deber. Se me antoja tarea hermosa, noble y honrada hablar bien de dos artistas que se equivocan.

Alguien querría, de fijo, que yo figurase entre los denunciadores formados en cuadrilla. Yo no soy inspector de aduanas literarias: no quiero parte en la mercancía que decomisan los que pleitean por pobres o por hacer creer a los demás que no son contrabandistas. Y porque bien mirado no creo que en España (iba a decir en América), hay tantos escritores originales como se supone.

Muchos escritores españoles no cogen de la literatura americana porque no creen en ella; y muchos americanos no cogen de la española, porque fingen despreciarla. Pero unos y otros, si conocen a fondo los idiomas, *extraen* a más y mejor del alemán, del inglés, del italiano y del francés. Sobre todo del francés. ¡Como si nadie leyera! A estas *extracciones* las llaman por lo general asimilación, adaptación, etcétera. Vivimos *en* francés, exclaman, para no decir: vivimos *del* francés.

En realidad, y no puede ser de otra suerte, el escritor vive de la lectura asidua de los libros nuevos y viejos, buenos y malos, del comentario de la prensa; de la charla del Café; de la anécdota del Club; de la conversación cogida al paso...

Nada de "eso" es *suyo*, es de todos.

Pero como todos no saben recoger *eso*, ni despojarlo de las tosquedades que sí lleva, ni darle forma artística, el literato lo aprove-

cha, lo transforma, lo hermosea, lo enaltece, le da vida nueva, y lo ofrece al público como cosa de él; porque no hay cerebro capaz de crear a diario una historia, ni de hacer un cuento, ni de inventar un drama, ni de forjar una novela, ni de parir artículo tras artículo sin que tal cual lectura se los inspire. No lo hay. ¡Mentira!

El quid está en saber ocultar la mano que pule y lima aquello que presenta como cosa creada. ¡Pero si esto es lo que constituye el arte en literatura! Conseguir que lo escrito por uno sobre tal cosa tratada no se confunda con lo que escribió aquel que la trató primero.

Todo es punto de vista: ya lo dijo Burell; y el punto de vista es de todos. Si usted dice hoy que el sol es amarillo y yo digo mañana que es rojo, ¿con qué derecho me sale nadie al día siguiente gritando que yo he "plagiado", porque "el asunto sol" lo trató usted antes que yo?

Pues lo mismo ocurre con Dicenta, Paso y Alarcón.

Si don Pedro Antonio de Alarcón sacó de *El romance indiano* un *Niño de la bola* ¿por qué no habían de sacar Joaquín Dicenta y Manuel Paso del *Niño de la bola* un *Curro Vargas*?

París, diciembre de 1898

RECORDANDO A ESPAÑA*

Para Pepe Herrera Manrique

—DAME TU CORAZÓN. —Tómalo... Dame tus ilusiones, tu hogar, tu vida, tu hacienda. —¡Ahí van!

Eso fue lo que respondió siempre, como la heroína de una novela de Alarcón –según escribe un poeta de la prensa madrileña– lo que respondió siempre España a todo el que le pedía algo de su alma, de su felicidad y de su fortuna.

Como la heroína pródiga, espléndida, desprendida, a la pobre España solo le queda el alma, porque su fortuna y su felicidad se han ido a esconder no se sabe dónde: nadie lo sabe ni nadie le da nada; y si le dan... le dan palos y malas razones. Dijérase que la hostilidad sirve de pauta a todo el mundo para comentar cuanto allí ocurre, si es que allí pueden ocurrir mayores y más extraordinarios sucesos que en otras partes.

Y tienen la culpa cuatro periodistas embusteros, de París, que por el hecho de asistir a una feria en Sevilla o a una corrida monstruo en San Sebastián, ya se creen enterados de los usos y costumbres de la nación vecina, y, lo que es peor aún, con facultades para disparatar, comentar e inventar cosas estupendas a propósito de calumniada vida española. Así se explica que en París mucha gente crea que los gitanos se engullen a los niños crudos o chorreando sangre como los *beefsteak* de "Chez Maxini"; que las andaluzas gastan navaja en la liga y los madrileños puñales en la faja; y que, en una

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 192, Caracas, 15 de diciembre de 1899, pp. 786-787.

palabra, España entera vive entregada al baile flamenco, a la guitarra, a las castañuelas y a los toros.

Ahora, por ejemplo, con motivo de haberse cortado la coleta el gran torero Guerrita, el último califa, los dichos periodistas parisienses, contando entre ellos a Maurice Barrés, que *hace* frases españolas como las haría yo en griego, echan nuevamente los pies por lo alto y ponen en circulación los viejos y ya vulgares dicterios que todos conocemos... —"Ese país de panderetas y cintajos, holgazán y semibárbaro, que no tiene todavía una sociedad protectora de los animales, como nosotros".

Y esos protectores de los animales están enhorabuena, hoy por hoy. Pues como queda dicho más arriba, Rafael Guerra, Guerrita, el célebre "asesino", el criminal califa cordobés, arrepentido de haber despachado más de tres mil toros "inofensivos"entre las delirantes aclamaciones de públicos sin entrañas, ha decidido retirarse del toreo, aunque no a usanza de los Frascuelos y Lagartijos, recorriendo toda España para despedirse, no. Se ha cortado la coleta sin meter bulla, sin anuncio previo, sin la tradicional corrida aparatosa en la plaza de Madrid.

Esto no obstante la noticia ha pasado la frontera: ha venido de España "estremeciendo" los hilos del telégrafo y produciendo entre los Barrés de París la consiguiente sensacional sorpresa...

¿Recuerdas a Guerrita, Pepe?... Un hombre relativamente joven, delgado, más pequeño que *Lagartijo* y más alto que *Frascuelo*. Guerrita es feo, y un si es no es antipático de cara, visto de cerca, en la calle por ejemplo. Pero en poniéndose la teleguilla y la montera, envuelto en el capote y marchando como nadie al compás del pasodoble, se transformaba por completo: ¡Qué plantaje y qué arrogancia! Sobre todo al encontrarse con un toro ganoso de trapo, fiero, activo y pujante en la faena. Guerrita se crecía: era único, extraordinario, inmenso, un coloso; bizarría, valor, inteligencia, arte, lo reunía todo. Dirigiendo era alegre, banderilleando una maravilla, solo

en quites lo superaba Mazzantini: ni Reverte mismo con todo su temerario valor y su osadía sin ejemplo, pisándole el terreno a la fiera pudo jamás dejarlo por debajo.

¡Guerrita en pases! Pases en redondo, pases de pecho, de pitón a pitón, de testuz a rabo, pases de adornos monumentales, *milagrosos*, suyos, suyísimos, pases sin semejanza ni precedentes en la historia del toreo. Y luego ya el toro cuadrado, jadeante, pero imponente, parecía que lo miraba lleno de asombro.

Puesto en suerte el bicho, y convencido de sus poderosas facultades el coloso del arte se acercaba, arrollando la muleta, tocándole los hocicos casi casi a la fiera asombrada. Después con una frescura sin igual volvía la cara hacia el público, saludaba, preparaba el estoque... y ¡allá va! Un volapié a la perfección, dejando la espada toda entera, hasta el puño en lo más alto del morillo.

Y entonces ese público, el gran público, ebrio de entusiasmo, de ruido, de sol, de sangre; roja la faz, chispeantes los ojos, la voz enronquecida, se ponía de pie en los palcos, en los tendidos, en la barrera y aclamaba, delirante, al torero "único", al artista, al genio de tauromaquia, al califa insustituible...

Porque de Guerrita en la plaza se puede decir lo que de Gayarre en el teatro: —Quien no oyó cantar a Gayarre, dice todo el mundo, no sabe lo que es canto. —Asimismo se puede asegurar que, quien no conoció el toreo de Rafael Guerra no ha visto torear.

Y el toreo es un arte como otro cualquiera: un arte "bárbaro" bueno y ¿qué? Arte llaman en Inglaterra unas sangrientas riñas de perros feroces y ratas hambrientas, en las cuales riñas ponen los humanitarios ingleses calculada y fríamente toda su alma, cuando no todo su dinero. De "arte" calificaron en París, el año pasado, la lucha de dos innobles mujeres que, desnudas de la cintura arriba, en pleno escenario y entre los furiosos aplausos de una multitud "elegante" se destrozaron a puñetazos... y a mordiscos, como si fueran hienas. Terminada la lucha, aquella elegante multitud, no satisfecha

de tan "estético" placer, lamentaba que las dos mujeres no se hubieran destrozado algo más.

De los Estados Unidos no hay que hablar: el arte allí no tiene calificación posible. Y por último, si a ver vamos, yo no sé qué pueblo en el mundo se considere con bastante derecho para lanzar diatribas sobre los demás en punto a fiestas y costumbres, porque el que no cojea de un pie cojea del otro. Y es que los pueblos son como los literarios: cada quisque se cree en el deber de censurar en el compañero *la falta* que no supo cometer o la obra que no se atrevió a escribir. Yo sé de muchos escritores que gritan en el periódico: —"El libro de Fulano, ¡ah! si esto está debajo de la censura humana". –Y luego allá en su interior, cavilando, exclaman por lo bajo: "¡Caramba! y ¿por qué no escribiría yo esa... *barbaridad* que escribió fulano? Si era lo mismo que yo sentía aquí adentro".

Pero volviendo a España para terminar diré, que, entre ella y muchas otras naciones que se pagan de cultas, de ricas, de civilizadas y grandes, me quedo con ella, es decir con España.

España es pobre, no tiene *confort*, ni comodidades, ni viviendas lujosas, ni grandes bulevares ni ciertas refinadas costumbres de esas que decreta París, pongo por caso; pero España para mí tiene algo más que todo eso; ¡tiene alma! Y la quiero; la quiero con sus defectos, con la franqueza ruda pero noble de su gente, cien veces preferibles a la hipócrita cortesía de la gente parisiense, la quiero con su sana alegría, con sus fiestas "primitivas", con su hogar de familia, con sus plazas de toros, y hasta con sus viejas iglesias la quiero.

A España llegué yo con un gabán raído y veinticinco duros en el bolsillo, Pepe Herrera lo sabe. Y sin embargo a vuelta de dos años era yo otro hombre. –En España tengo siempre el corazón y a España me siento siempre ligado: es mi patria moral, no lo puedo remediar ni lo pretendo, ¿por qué?... ¡Si en español estudié y en español escribo y en español pienso y en español siento en español vivo... y en español amo!

SENSIBLERÍAS PERIODÍSTICAS*

HAY ALGO MÁS RIDÍCULO que llorar en verso, y es llorar en prosa.

El llanto es muy respetable, lo sé; pero hay un llanto que en vez de inspirarme respeto me hace reír: el llanto de los escritores contemporáneos. Dijérase que por un caso del colectivismo inexplicable y raro, los periodistas se han puesto de acuerdo para desconsolar a la humanidad, y que, esparcidos como están por el haz de la tierra, trabajan desesperadamente y con el mayor desinterés por el triunfo de la tristeza, de una tristeza infinita sobre una radiante y sana alegría, como la que nos promete el siglo próximo.

¿No se han fijado ustedes? La actual desesperante sensiblería pertenece por entero, y por desgracia, al periodismo latino: sobre todo al periodismo político. Es como una corriente caudal cuyo génesis debe encontrarse en París. No de otra suerte se explica que haya invadido al mundo, porque todas las enfermedades morales que aquejan al mundo, ya se sabe, parten de París y se hacen moda. De moda están, en consecuencia las explosiones de dolor "periodístico".

Menos mal si esas explosiones de dolor fuesen sinceras: si lo fuesen nunca más propicio el momento para hacer gala de la frase y hablar aquí como cualquier orador grandilocuente de la raza "milagrosa", de la raza a quien cantó con sus más épicos acentos el más alto poeta del continente americano. Mas no se presta el asunto, por fortuna al tropo relampagueante. Antes por el contrario da-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 194, Caracas, 15 de enero de 1900, p. 52.

ría margen a una intencionada caricatura de *Puck* o a un regocijado comentario de *Gedeón*, si ambos humorísticos periódicos advirtiesen lo que está ocurriendo.

Yo que no soy *Puck* ni *Gedeón*, pero que estoy condenado, como otros muchos cronistas que andan por el mundo, a meterme en lo que no me importa, vengo estudiando el caso hace algún tiempo. Le vengo observando desde la guerra greco turca, vengo oyendo, con una resignación sin ejemplo, el clamoreo lento, pero horrible, espantoso, inaguantable. No hay quien lo resista ya.

Desde el arriba mencionado conflicto estalló el dolor en la prensa latina; la prensa toda puso el grito en el cielo y los periodistas todos, a su vez, querían ser griegos para matar turcos... y comerse las turcas crudas. Hubo un instante verdaderamente asombroso, extraordinario. Turquía estaba llamada a desaparecer, como la forma poética. Pero a vuelta de unos días pasó el entusiasmo, pasó la fiebre, pasó la indignación: lo que no pasó fue el coraje periodístico a vías de hecho: el coraje se convirtió muy pronto en tristeza y un gran lamento lírico, prolongado, desgarrador, pobló el espacio.

Otro tanto de lo mismo ocurrió cuando la guerra hispano-*yankee*. Una semana antes del desastre ya estaba preparándose la prensa para derramar su llanto de gratitud sobre las proposiciones de paz concedidas a España por los *bárbaros del Norte*.

Descarten ustedes de entre sucesos que arrancan lágrimas como avellanas a los periodistas sensibles, el negocio de Dreyfus, el más fecundo en llanto. Para cada escritor viril a la Zola, para cada defensor valiente a lo Labori, se daban en la prensa por millares los Jeremías de ocasión.

No menciono otros acontecimientos dolorosos porque sería el caso de nunca acabar. Y de los acontecimientos presentes no hay más que ver. Apenas se comete ahora una injusticia, una de esas vulgares o tremendas injusticias de todas las edades y de todos los tiempos, como suele decirse, ármase en la prensa una de gemidos

que es para salir corriendo. A veces la sensiblería periodística después de fatigar el suceso de actualidad se va derechamente al suceso futuro, al suceso *por venir* y entonces surgen de lo aleatorio las predicciones, la hipótesis, los augurios siniestros. La fantasía anticipa la desgracia y la desgracia resulta inexorable e inminente.

Yo no sé qué nueva pavorosa hipotética injusticia nos ofrecerá el periodismo a partir de la iniquidad en Inglaterra en el Transvaal. Pero de vencer los ingleses a los Boers ya tenemos historia para rato, la eterna historia de la humanidad, condolida ante la acción odiosa del fuerte contra el débil.

Lástima que en el fondo de toda esa humana congoja solo exista una gran dosis de hipocresía, porque no hay modo de tomar en serio la cuestión, ni de echársela de sabio, apoyándose en las teorías de Spencer. Todo progreso, toda civilización, toda prosperidad en el mundo viene de un desnivel, de un desequilibrio, de una injusticia. Hasta en la naturaleza misma hay una carencia absoluta de equidad. Todo es lucha, todo es batalla allí: desde los pájaros que cantan y devoran insectos en el fondo de la espesura, hasta los peces que sostienen sangrientas y feroces riñas en el fondo de los mares. En donde quiera, en el aire, en todas partes la lucha es continua, terrible, necesaria: el más fuerte destroza al más débil. La destrucción es una ley de la naturaleza.

Asimismo en la humana vida de los pueblos puestos en conflictos, la fuerza inexorable no hace más que sujetarse a las leyes del destino. Turquía vence a Grecia porque debe vencerla; porque en Grecia no hay más que poetas y tribunos, y el armamento moderno no entiende de leyendas de oro. El *yankee* con sus escuadras formidables destroza en solo una hora toda línea de buques españoles porque el *yankee* no pierde su tiempo politiqueando en el café. Y al Transvaal va todo el pillaje de Inglaterra, roba, saquea y conquista inconsultamente, pero sabrá hacer de la microscópica república una colonia grande... y *conocida*. Porque hasta ayer, puede decirse,

los mismos periodistas que hoy claman contra la "horrenda" injusticia, no sabían ni siquiera dónde les quedaba el Transvaal.

Todo llanto, en consecuencia y a propósito de estos hechos, como de otros de su misma especie, a más de ser hipócrita es estúpido y es tonto.

Y por eso me río yo, porque no hay sinceridad en lo que se dice ni en lo que se escribe. Para no hallarla en ningún orden de cosas de la humana existencia hay que empezar por el propio compañerismo, que no existe. El compañerismo entre periodistas es el de aquellos pájaros que se devoran cantando en la espesura, el de los peces que sostienen espantosas riñas en el fondo del océano. ¡Y esos son los que van por ahí por el mundo llorando ajenas desventuras, pidiendo en todos los tonos justicia y más justicia para los atropellados del destino!

DEL MODERNISMO EN AMÉRICA*

A Pedro Emilio Coll

UN ESPÍRITU SELECTO de la nueva generación intelectual americana, en el más reciente de sus libros, quéjase con infantil amargura de la pretendida implacable guerra que los críticos viejos y mal humorados se pasan haciendo al *modernismo*.

Harto celoso y extremadamente exagerado es en sus apreciaciones el joven escritor. Si algún pecado llevan sobre la conciencia los críticos, "los implacables" críticos, es el inconcebible pecado de indiferentismo con que miraron y miran aún la violenta evolución de la literatura en América. El caso es verdaderamente lamentable. Porque esos señores, tan hábiles para caer con la velocidad del rayo sobre puntos gramaticales de escasa o ninguna importancia, apenas si se han ocupado de un hecho de tan extraordinaria magnitud, digno de muy meditado estudio, o cuando menos digno de muy atenta observación.

Mucho habría ganado la crítica analizándolo detenidamente, dándole de una vez todo su valor y sabiendo, como sabía de antemano, que el hecho no era aislado, que tuvo su génesis allá en las lejanías de un pasado floreciente, y que por ende fue el resultado de otros muchos anteriores, producto más o menos espléndido de ideas raras que, en un principio, quedaron como flotando en el espacio sin encontrar dónde posarse y que, luego, por una especie de asimilación inconsciente, esas ideas, tras una labor maravillosa de fecundidad, se multiplicaron, crecieron y viajaron hasta en-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 270, Caracas, 15 de marzo de 1903, pp. 190-192.

carnar en espíritus lozanos, sedientos de aire y luz, y ávidos de conquistas bulliciosas.

* * *

Partiendo de este principio, puede decirse que el modernismo es visiblemente, absolutamente híbrido. Nació en Francia; nació, a juicio de alguien muy autorizado en la materia, de varias literaturas extranjeras, especialmente de las literaturas rusa y alemana, que produjeron allí la primera y más grande conmoción iconoclasta hasta ahora conocida, de igual modo que la onda germana y orientalista produjo, mucho antes en los países latinos, la explosión romántica.

De allá, en consecuencia, y no de otra parte, deriva el modernismo, ese calumniado modernismo que es, sencillamente, en sustancia, un señaladísimo triunfo de la originalidad individual sobre toda norma anticuada, sobre toda ley de estrecheces académicas y sobre el intolerante formulismo, en fin, de las viejas escuelas literarias.

Cuando la onda avasalladora llegó a la América española, puede decirse que se encontró con las ventanas abiertas de par en par, y por ellas entró la luz a torrentes, deslumbrando, trastornando, es verdad, muchas inteligencias, mas vigorizando muchas otras preparadas para gozar de su esplendor sin aturdirse. La agitación existía; se escuchaban rumores de impaciencia por todas partes; y el nuevo criterio, o mejor dicho aún, las nuevas tendencias, se orientaban. Algunos no digerían bien a Taine, pero lo leían; leían a Renán, leían a Tolstói, leían a Ibsen. Ya Montalvo ensayaba a retorcer audazmente el castellano hasta hacer infalsificable el sello de su estilo, y Martí decía cosas estupendas, atrevidísimas, en un lenguaje caliente y vistoso en que iba siempre unido el artista al insurrecto.

De todo esa rumorosa agitación parece que no se dieron cuenta ni los críticos más avisados y dispuestos al estancamiento del idioma, ni los amantes, no muy pulcros, del manoseado clasicis-

mo, ni los románticos que, fieles a sus buenos tiempos jeremiacos, consideraban un deber la triste misión de bañar de lágrimas el continente, ni los llamados idealistas que, unidos a los "hugianos", se creían revolucionarios porque vivían lanzando gritos estentóreos, ensordeciendo de esta suerte a todo el mundo sin ninguna necesidad y sin que hubiera mayor motivo para tanto.

En este estado, como queda dicho más arriba, halló la onda modernista a la gente americana. Los escritores más jóvenes o más impresionables se lanzaron de cabeza al medio de la corriente y fueron arrollados; los más prudentes se quedaron a la orilla.

* * *

Aún se recuerda con pena la espantosa confusión que allí produjo la invasión del modernismo.

En algunos cerebros harto acalorados, en donde las ideas andaban todavía dando saltos, se almacenaron de un golpe las nuevas fórmulas, y cuando quisieron salir luminosas y triunfantes, salieron todas en desorden, alocadas, atropellándose y sin la compostura exigida por la estética. Pero ¿qué les importaba a ellos la estética en cuestiones literarias si eran independientes, ¡modernista!, revolucionarios y rebeldes?...

Por rebeldes y revolucionarios emplearon un lenguaje tan extraño en sus más descabelladas concepciones que, leyéndoles a la larga, acababa uno por volverse loco. Quien más, quien menos que entre ellos, se creyó con derecho a inventar palabras de todos colores y calibres con objeto de alcanzar más pronto la cumbre de la originalidad, y a título de innovadores profesaban la impunidad más absoluta en cuestión de idioma, llegando, naturalmente, por este medio socorrido, a escribir un español babélico, espantoso, español de signos y jeroglíficos y monstruosidades tales, que más que un

idioma parecía aquello un léxico de loros sabios, en el cual habían sido puestos a contribución retazos de lenguas exóticas.

Felizmente la nueva escuela, traicionada, ultrajada por los precoces estranguladores del idioma, volvió por sus fueros con una retórica y una técnica admirables, y técnica y retórica se acomodaron a maravilla a las bizarrías intelectuales de sus legítimos apóstoles. Estos apóstoles reivindicadores eran también jóvenes; pero jóvenes que no hojeaban los libros nuevos a la diabla y que, *antes de jurar bandera*, se habían tomado el trabajo de ahondar la tendencia de la causa que abrazaban.

Bautista reconocido del famoso apostolado fue Rubén Darío: nadie lo ignora. Distinguíanse, no obstante, a la sazón, modelos de originalidad y buen decir: Julián del Casal, en Cuba, y Gutiérrez Nájera, en Méjico. A poco se formaron, como obedeciendo a una consigna extraordinaria, en todas las demás repúblicas del continente, legiones de jóvenes ganosos de personalizarse y bullir, y estableciόse al punto, de pueblo a pueblo, un incesante y simpático comercio intelectual, que dio por resultado inmediato, fecundo y prodigioso período de revistas y libros; libros y revistas que no leían en la Península.

Más tarde, decaído ya el entusiasmo, pero formado, como si dijéramos, el nuevo criterio y acentuada la tendencia, la juventud se dividió en varias agrupaciones, entre las cuales, como ya se sabe, hicieron por algún tiempo mucho ruido los decadentes, *los individualistas*, que se embriagaban con observaciones sobre sí mismos, y los que, confundiendo acaso el término, se llamaron simbolistas. Las dos primeras agrupaciones parece que han desaparecido de la escena: ya nadie los oye ni quiere oírlos. Quedan en pie los dichos simbolistas, que aún llevan la fiebre del *color* agarrada a la sangre: el color se les sube a la cabeza y los domina; los domina la imagen *lilial* y el giro *azul* de la leyenda nueva; y por eso abusan del *perfume de las palabras* y huyen asustados del valor de las ideas.

Oponiéndose a ellos, involuntariamente tal vez, pero dando a sus producciones la más alta y vivaz aspiración del sentimiento americano, han iniciado allí dos o tres jóvenes un arte autónomo, que no tiene, por lo que se ve, bastante vigor para arraigar de firme en aquellas tierras movedizas. A ese arte lo denominan *criollismos*, y de él solo se han hecho, que yo sepa, muy pocos ensayos. Los que tengan en América bastante valor y bastante fuerza para hacerlo renacer y triunfar, no deben abandonar su cultivo, laborioso y constante; porque literatura nuestra, literatura que refleje nuestra vida interior, es decir, nuestro complejo estado social, en realidad no existe, a pesar de que ya observa en ella P. E. Coll un cierto "aire de familia" que le estaba haciendo mucha falta.

Para que la literatura en América subsista con aire de familia, no necesitan los autores jóvenes, que se esfuerzan por elevarla al puesto que merece, alejarse, ni mucho menos, de las corrientes europeas. No necesita uno distanciarse de las nuevas ideas, no se necesita deformar el idioma para hacer literatura *característica*, por así decirlo, o literatura de *originalismo*, si vale el término. Ejemplo: tres escritores escogidos de la nueva generación, César Zumeta, José Enrique Rodó y M. Díaz Rodríguez, hacen labor intensísima dentro del modernismo y manejan, sin embargo, admirablemente, magistralmente, el castellano. De los tres puede decirse que son impecables, y los tres han abordado temas difíciles, peligrosos en punto a cosas de América, y han salido triunfantes de la prueba.

Yo no sé por qué los demás no ensayan a hacer lo mismo.

* * *

Hilvanadas las presentes líneas para una revista literaria madrileña de criterio liberal amplísimo, cabe en ella, perfectamente bien ajustada a sus móviles, una pregunta que considero de importancia, a saber:

¿Por qué los escritores españoles, después del último Congreso Hispanoamericano celebrado en Madrid, después de haber prometido villas y castillas para lo porvenir, no han vuelto ni siquiera a ocuparse del movimiento intelectual de América, cuando tan poco trabajo les costaba? A España, por de pronto, le importa mucho tomar nota de la transformación que allá se ha hecho del habla que nos legó. Si los modernistas continúan transformándola o remozándola inconsultamente es, sépanlo de una vez los que en España lo ignoren, con el exclusivo fin *de adaptarla a las exigencias del pensamiento contemporáneo*.

Abriérase un proceso literario a propósito de tan "abominable" crimen, y erigidos en jueces y fiscales los literatos españoles, en grave aprieto se verían de fijo para acusar a los autores del delito; porque a ellos, antes que nadie, les toca por entero la responsabilidad, si la hubo. En América se rendía culto casi idolátrico a la literatura española, mientras en España se vio siempre con marcada indiferencia todo lo que de América venía, a pesar de que nuestros viejos escritores, sin valor para emanciparse, permanecían fieles y, más que fieles, sumisos a la forma "inmutable", sintiéndose felices cuando doblegaban el pensamiento a la tiranía del pasado y tendían, como manto de homenaje a las puertas de la academia, su docilidad de tributarios de la lengua. ¡Con qué derecho se atreverían entonces a acusar, ni estos ni aquellos, a los que fatigados de ese convencional trazado sobre la conquista y pasivamente conservado hasta ayer, despliegan hoy bandera de renovación, probando a marchar al través de una línea de luz hacia otro mundos! Con la mano sobre la conciencia diga alguien ahí si es verdad o no que los modernistas tuvieron razón para hacer eso.

Una buena parte de la gente intelectual de la Península, de la gente joven, sabe ya cómo siente, cómo piensa y en qué forma se expresa la de América; y sabe además, que dentro de su literatura se mueve un noble vigoroso ideal de confraternidad, muy since-

ro y muy rico en mesiánicos gérmenes de renacimiento. Urge, por lo tanto, que los demás también lo sepan para que España y América se unan *en más íntima comunión, como más altas razones lo requieren*.

DEL ALMA VENEZOLANA*

LA COLONIA VENEZOLANA está de fiesta. Un compatriota ilustradísimo, respetado y respetable en los más conocidos círculos científicos de París, el doctor Gaspar Marcano acaba de ser calurosamente ovacionado por un numeroso y severo público de notabilidades francesas.

Ante este público preséntase Marcano con un espléndido bagaje de estudios etnológicos a explicar, mejor aún, a esclarecer el origen de nuestro pueblo; y de allá, de aquel oscuro génesis, de aquellas brumosas lejanías de la historia, de aquellos océanos de sombras que envuelven la trágica cruzada de la conquista, salió el conferenciante victorioso, con las manos llenas del polvo de oro que guardan las extrañas incansables de la tierra venezolana, de las perlas que esconde el seno de sus mares, de las flores delicadas y fragantes que brotan, casi sin cultivo, sedientas de aire y sol, en medio de sus campos.

Arranca, como se explica, el interesante estudio del doctor Marcano, de nuestras tradiciones de selva. Digo mal, porque arranca de más lejos: de la conformación de la raza, de su organismo, de su complicada procreación, de la capacidad cerebral del indio caraqueño, de todo aquello, en fin, que ofrece campo hermoso y vastísimo a la ciencia para sus grandes experimentos; y que resulta, a veces, un verdadero inexplicable laberinto para el espíritu que no sabe ahondar en su secretos.

---

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 272, Caracas, 15 de abril de 1903, pp. 246-248.

Yo capitulo ante esa labor de análisis científico, y sigo mejor al maestro, cuando entra de lleno en los diversos grados de la transformación lenta de la raza primitiva; cuando la presenta bajo todos sus aspectos psicológicos y estudia su carácter y profundiza sus costumbres; y cuando habla, por modo elocuente y casi amargo, de la abrumadora y triste sugestión de fanatismo y vulgaridad que a pretexto de civilización luminosa, ejerció la conquista sobre la clara inteligencia de aquellas tribus bravías.

De este principio sin grandeza se desprende la colonización de Venezuela.

Anoche vinimos a saber por qué los españoles de aquel tiempo nos regatearon la cultura; por qué no teníamos derecho a universidades y a colegios; por qué no nos elevaron a la altura de los naturales de Colombia y Méjico, que gozaban de todos estos y muchos otros envidiables fueros, a pesar de vivir bajo el mismo régimen, bajo la misma espuela y bajo el mismo látigo. Éramos demasiado levantiscos para alcanzar tales mercedes. Por nuestras selvas pasaba silbando constantemente el viento de la rebelión, y el relincho de nuestros caballos llaneros turbaba la majestad de la misión misericordiosa. Hasta Alemania que quiso invadirnos "por primera vez", cuando todavía no nos habían despojado de todo de las plumas del carcaj salvajes, tuvo ocasión de oír nuestros gruñidos y abandonarnos por indómitos.

* * *

Extensa y nutrida la conferencia de Marcano abarca, triunfalmente, muchos puntos etnológicos que guardo, por numerosos, muy vagamente en la memoria. Entre ellos hay algunos que yo debí entender mal: aquel en que se refiere, según mis sospechas, a la influencia que ejercía ya la civilización francesa en la naciente civilización venezolana, antes de la guerra de Independencia. Yo debo

estar equivocado. Antes de la independencia y aún después de ella nuestra cultura escasa y burda en todas sus manifestaciones morales e intelectuales era española: *españolísima*. Español era Bello, lumbrera del intelectualismo patrio, cantando en inspiradas estrofas al "monarca de las fieras"; español era el genio de Bolívar lanzando en Trujillo el grito pavoroso de guerra a muerte; español era Zea, en sus calurosos discursos del Congreso de Angostura; español Baralt en las admirables páginas de nuestra historia; español puro en su profesorado el sabio Cajigal; los principios jurídicos de Urbaneja eran españoles; y en esta línea intelectual, extendiéndose hasta los gemidos poéticos de Abigail Lozano; hasta las cláusulas viriles de Juan Vicente González, hasta la indoblegable voluntad misma de don Ángel Quintero, en todo, absolutamente en todo se ve la influencia española: sentimientos, ideas, genio y sangre españoles. ¡El alma entera de Venezuela era española hasta los tiempos del último Monagas que ejerció la Presidencia!

Después, lentamente, empezó la evolución civilizadora en períodos consecutivos. El medio estaba ya preparado para recibir la influencia francesa; y aun así no fue violenta ni mucho menos; no fue un suceso aislado; fue producto de aspiraciones no orientadas, de tendencia inestable, de corrientes e ideas que germinaron y crecieron entre el humo de la pólvora y la algazara espantosa de muchas revoluciones. Por eso fue accidentado el movimiento evolutivo; por eso tuvo sus retrocesos y sus caídas hasta hace cosa de veinte años que se caracterizó científica, literaria, artística y socialmente. ¡Ojalá esa influencia llegara a realizar en parte el ideal! Y ojalá el ideal encarnando la realidad ensanchara el horizonte y ofreciera al fin un nuevo y más amplio concepto de la vida, de lo que debe ser la vida, a tan turbada conciencia nacional venezolana.

* * *

Estas triviales y desconocidas digresiones mías no afectan en nada ese punto interesante de la hermosísima conferencia de Marcano, antes bien, van, en lo posible, a apoyar el desarrollo de su pensamiento y de sus patrióticos nobilísimos deseos. Refléjanse estos, con onda intensidad en aquellas últimas frases que cerraron entre atronadores aplausos su discurso, y que pueden resumirse en la siguiente conclusión: —¡Yo veo desde aquí, yo estoy sintiendo que el alma venezolana sufre en la actualidad una gran transformación! –No se equivocó, de fijo, al expresarse de esta suerte. Si algo está sujeto a grandes transformaciones es el alma de los pueblos. Francia, esta misma Francia a quien golpeó brutalmente la mano de hierro de Bismarck, cambió por completo su existencia a raíz de su infortunio, haciendo punto de honor la reivindicación de su nombre. No la mano de un Bismarck, sino la mano de un histérico coronado se levantó ayer sobre nosotros, y es de esperarse que, después de tan inicuo atropello, Venezuela se ponga en pie y salude con un grito jubiloso al porvenir.

El porvenir es nuestro: no necesitamos de nadie; no necesitamos más que un esfuerzo para salir airosos de la prueba a que nos sometió el destino. El alma que ve y siente Marcano removerse con impulsos de victoriosa transformación, creo que la columbro también, pero allá lejos, como una luz de estrella en la línea azul del horizonte. Es el alma de una *juventud nueva*, porque con la presente, a la cual pertenezco yo, con esta juventud pesimista que ha encanecido a los treinta años, con esta ya no hay que contar.

París, marzo de 1903

APOSTOLADO ROMÁNTICO*

FUE EN UNA REVUELTA DEL BULEVAR, en ese bullanguero delta humano que forman al caer sobre la Plaza de la Ópera cuatro o cinco resonantes calles comerciales, que me presentó Rubén Darío a Manuel Ugarte –escritor, joven, ideólogo, admirador fanático de Zola, discípulo ferviente de Tolstói, revolucionario tremendo y a la vez "gentleman"; –*gentleman* de tan escrupuloso señorío que hubiera sido capaz de presentarse a predicar el evangelio en un *meeting* anarquista, perfumado, afeitado y trajeado como un duque.

* * *

De esa ocasional presentación hace cosa de tres años.

Preparaba a la sazón, el escritor argentino, *Paisajes parisienses*; preparaba el autor de *Azul*, *Prosas profanas*; y preparaba yo, con un aturdimiento de veinte años, el prospecto de un periódico socialista, cuya redacción varonil y flamantísima, a semejanza de la redacción de *L'Aurore* de Clemenceau, iba a recoger en una sola voz de lucha todas las voces angustiosas que en aquella hora suprema (?) se escapaban del alma de la humanidad doliente.

Darío acogió el proyecto con un gesto irónico: había roto con el ideal revolucionario una noche que un manco amenazó con su muñón cruzado de costuras a Laurent Tailhade en una reunión de li-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 282, Caracas, 15 de septiembre de 1903, p. 556.

bertarios. Ugarte, en cambio, conceptuó de feliz hallazgo el propósito periodístico e hizo una acalorada apología del socialismo.

El socialismo era la religión del porvenir, la única religión pura, la única limpia de la herrumbre del pasado, la señalada por los decretos del destino para proclamarse señora del universo. Ella conquistaría palmo a palmo todo el espacio que necesitase para consolidar su reino. Algo grande se estaba preparando dentro del seno de esa religión joven y fuerte que como una masa arrolladora...

En efecto, una arrolladora masa de obreros que salía en aquel instante de los túneles del "Metro", con sus picos y sus palas al hombro, pasó por el centro de la plaza y al pasar, maldiciendo del trabajo, nos empujó hacia afuera con tal ímpetu que, huyendo de una nueva brutal agresión, nos refugiamos con nuestros utópicos ensueños en la terraza del Café de la Paix.

—No les decía yo a ustedes –exclamó al punto, Darío– ¡que esa gente no sabe de ideales, que no conoce más religión que la religión de la vulgaridad!

* * *

No dejó, sin embargo, la desconsoladora frase del poeta, muy honda huella en el alma fuerte y serena de Ugarte; porque a vuelta de un año apareció en la prensa agitadora de Buenos Aires defendiendo valerosamente en nombre del derecho la santa causa de los desheredados y de los humildes, creyendo a fuer de ingenuo, en el advenimiento de una nueva era social, en la orientación definitiva de un mundo excelso y bueno, donde habrá muchas almas purísimas suspendidas en la cumbre de las montañas, a cuyas níveas faldas nunca llegaban las salpicaduras del fango.

Espíritu emocional y tranquilo, trabajador infatigable y sufrido, Manuel Ugarte, apenas dejaba la pluma de combate, empuñaba la pluma del artista, y producía libros sugestivos, interesantes y

bellos. En *Paisajes parisienses*, por ejemplo, tuvo "originalísimos" y audacias literarias que asustaron a su propio prologuista –el ilustre crítico Unamuno–; en *Crónicas del bulevar* tiene alardes de cosmopolitismo verdaderamente encantadores: por entre aquellas líneas, por entre aquellas mundanas narraciones pasan sin cesar palpitantes de vida y en actitudes familiares, escritores, cómicos, soberanos y danzantes, reyes y *cocottes*, santos y bandidos, que constituyen una sola delicia de trescientas páginas admirables.

* * *

Su última obra, *La novela de las horas y los días* es la historia melancólica de un pintor que cuenta en su diario, durante un año, sus goces, que son pocos; sus penas que son muchas. –Yo sé de esos hondos dolores escritos con sangre y lágrimas en las páginas de un libro íntimo; páginas de odio, páginas de amor, páginas vibrantes todas de sinceridad, donde la cólera va mezclada a la alegría y la alegría al desprecio infinito de la vida.

El héroe de la novela de Ugarte se ha bañado en las ondas luminosas de todas esas auroras de la dicha y se ha desempeñado por todos los negros barrancos de la miseria y del dolor.

Salió de la aldea a conquistar a París, y antes de entrar en la inmensa metrópoli "ensombrecida y humeante", volvió los ojos hacia el pueblo nativo que se esfumaba allá lejos, a su espalda, en el fondo del torcido caminejo, tras los árboles frondosos; el pueblo blanco con sus casitas de amor, con sus campanarios azulados, con su cielo claro, con sus bandadas de pájaros en huelga... Mirando siempre al sol del terruño que se desvanecía en el horizonte, se sentó el artista al borde del camino, vacilando entre la aldea y la ciudad.

—"Venció al fin la tentación de lo imposible –exclama, sollozando–; venció la tentación y entré en la Babel... Llamé a todas las puertas. Ensayé todos los recursos. Defendí mi esperanza como un

náufrago... Hasta que sitiado por el hambre, befado por la ciudad, insultado por las gentes, me resigné a morir dentro de mí, de acuerdo con mi destino. Mis cincuenta años han sido cuesta arriba: he vivido una eternidad en medio siglo... Y si hoy canto en las encrucijadas y en los puentes, es porque la vida ha sido injusta con quien soñó embellecerla...".

En este grito de infortunio lanzado por el vencido de la ciudad en la terraza de un café y al oído de un compañero que está a punto de triunfar –campeón audaz en la contienda de la vida– vibra el alma toda entera de Manuel Ugarte el ideólogo, el discípulo de Tolstói, el admirador de Zola, el revolucionario romántico que una tarde en la Plaza de la Ópera no pudo terminar la apología del socialismo porque lo atropelló un grupo de obreros que salía de los túneles del Metropolitano, maldiciendo del trabajo.

Ugarte iluso, joven y creyente permanece fiel a sus doctrinas. Su excompañero Darío tiene siempre como visión fatídica delante de los ojos el muñón del manco que amenazó a Tailhade. Y yo –¿por qué he de callar la verdad?–, yo he salido en más de una ocasión espantado de esos templos; espantado e indignado de haber visto en medio de una respetable muchedumbre de hombres cándidos, oficiar a la Mentira ocultando el impudor bajo la túnica nívea del más romántico de los apostolados.

París, 1903

PRONTUARIO DE LA CALLE*

ABRÍ EL BALCÓN Y MIRÉ AL CIELO: en el cielo flotaba algo hostil y bajo, tan bajo que rastreaba por los tejados y los muros antes de precipitarse sobre la tierra.

Impresionado por la marcada hostilidad de afuera cerré a prisa. Aún así y todo, lo que había de agresivo y huraño en el espacio entró brutalmente en mi cuarto, empeñando el poco de regocijo que señoreaba en él. La inesperada pesadumbre de la casa se me antojó entonces horrible; presentí un día negro, de insoluble tristeza y tuve miedo.

Tuve miedo; me vestí y me eché a la cama...

Viendo andar a los demás, anduve maquinalmente, instintivamente, llevando delante de los ojos marañas de piernas culebreantes y manojos de brazos y manos que hacían muecas injuriados por el frío.

Eran las diez de la mañana y aún parecía teñido el horizonte por la indecisa neblina del amanecer. Al llegar a la Plaza de la Estrella tendí la mirada hacia el bosque. Había algazara infantil y hormigueo de niñeros en la avenida. En el "panier", campo de galanteos, escaseaban las damas. Frente al "panier" piafaban impacientes los caballos de un *breack* y en sus altas banquetas reía la dicha embozada en espesos abrigos de pieles. Abajo, la curiosidad risueña contemplaba el fulgurante montón de elegancias y arneses. Un sonoro trompetazo dio la señal de partida, y echando a un lado a los curio-

* *El Cojo Ilustrado*, Nº 295, Caracas, 1 de abril de 1904, pp. 214-216.

sos arrancó el coche vibrando, llevándose al paseo todo aquello que parecía la dicha.

Le volví las espaldas y salté al estribo de un tranvía que pasaba. Fui a parar a la Magdalena, ruta inevitable del boulevard.

Resuelto a pasar el día en la calle, entré en el humano aturdidero. Minutos después se desató una furiosa tempestad de nieve, y salió de no sé dónde, gris y fea, la indumentaria de lluvia: impermeables, gorras, chanclos, capuchas, montón de aditamentos sin poesía y sin belleza, oscurecedor del *trottoir*. Apiñábanse los desprevenidos en los vestíbulos; los fiacres precipitábanse, como locos, por todas las bocacalles; dos automóviles que retemblaban frente al Olympia emprendieron una carrera desenfrenada, arrancando gritos de protesta a los que cruzaban el arroyo; y las masas de paraguas abiertos en lo alto de los ómnibus semejaban, a distancia, plumajes de carros macabros que se hundían en rítmico vaivén bajo la lluvia en la penumbra de la vía.

Transcurrieron mustias, largas, monótonas las horas y la nieve continuó vistiendo de blanco impecable y mágico los edificios, las casas, los árboles, la tierra; cayendo sobre los gabanes, sobre las gorras, sobre los pantalones y las faldas; cayendo y rodando en forma de sedosos copos sobre las cosas todas; rodando y cayendo, acaso en forma de lágrimas de desesperante albura, en el fondo insondable de las almas...

Al salir del restaurant me sorprendió un claro rayo de luna que, rompiendo la blancuzca uniformidad del cielo, venía a rielar su canción de luz sobre la nieve.

Hállabame en las alturas del Montmartre, y había comido bien; y el borgoña generoso, espumeando aún en mi cerebro, hacíame ver mariposas de color al través del humo de mi cigarro. Precedido de esta cromática visualidad de mi espíritu emprendí caracoleante romería barrio abajo.

A poco que anduve me encontré con la puerta luminosa de un *music hall*: la empujé y salió escapada a la calle una ráfaga de aplausos.

Reinaba en escena cuando penetré en la sala una mujercita rubia que parecía un juguete, una muñeca con el traje recortado por encima de las rodillas y el cabello en desorden, desarticulándose todo al recibir los homenajes de la claque. De la orquesta brotó enseguida melodioso y extraño un ritornele que duró solo un minuto, para ceder plaza a un tenor viejo y afónico que, acompañándose de quejumbrosa viola dijo del amor al pie de una ventana medioeval. El público, cruel, le regateó el aplauso: en cambio saludó con risas y palmadas calurosas la remolineante aparición de un ente ridículo, de un hombre joven y largo como una cigüeña, que ponía los ojos en alto y llevaba, a lo Cleo, el pelo enérgicamente partido en dos crenchas anchas y aplastadas sobre las orejas.

A borrar el mal efecto que en mí produjo tan grotesca aparición vino una *chanteuse* famosa por su juventud y su hermosura, en torno de las cuales flotaba como un nimbo una leyenda montmartrese. Cantando diríase que acariciaba al público con la voz, con el fulgor de sus ojos, con el raso de sus carnosos labios, con las ondulaciones mismas de su cuerpo, cuya fina envoltura de encajes se estremecía a cada aspiración, desde las alturas del arrogante seno, hasta los armónicos ensanches de sus caderas de diosa.

Siguió a la diosa, a la artista, a la hembra de belleza triunfadora una serie de figuras innobles: *clowns*, atletas, fantoches, equilibristas. Luego una mancha de color, una andaluza esparciendo con el vuelo vertiginoso de su falda, huracanes de lujuria sobre las butacas. Después la racha inevitable de caricaturas, desfile funambulesco de personajes conocidos, de artistas, de escritores, de *demi mondaines* célebres... Aquello era fatigante: cabrilleo de luces, humareda de pipas, olas de risas y charlas en los pasillos; la atmósfera enrarecida por los alientos. Aparté un flamante sombrero rojo con

plumas blancas, que se había inclinado ya muchas veces sobre mis hombros y abandoné el teatro.

Un paisaje de pálida belleza era la calle.

Arriba el azul cobalto del cielo; en el fondo azul, parpadeando sus ojos de oro mate las estrellas; debajo de las estrellas, en el fondo del horizonte, ascendiendo como un vapor opalino, la emanación de la ciudad; y blanqueando a través de la vaporosa emanación, las cabelleras fantásticas que colgó la nieve en las agujas de las torres, en la eminencia de los edificios, en las cornisas y en los balcones de las casas.

Respirando el tibio aliento de voluptuosidad que soplaba bajo la frescura de la noche, emprendí a pie el camino de mi lejano barrio; y a medida que andaba iba encontrando grupos de gente que salía de los *cabarets*; parejas de amantes; mujeres solas marchando a prisa; tipos patibularios parándose a la entrada de las callejas oscuras, obligando a echarse al arroyo a los transeúntes precavidos. A ratos aparecía coloreando el piso, el farol rojo o verde de algún ómnibus. El último tren de Enghien que atraviesa todo Montmartre, pasó desatentado y silbando como si pidiera auxilio.

Me detuve un instante frente a *Cyrano* en cuyos altos voceaba el orgía. Un arrapiezo con dos periódicos debajo del brazo se acercó a mí, pregonando una gran derrota de los japoneses.

Te compro un periódico –le dije– y encima te doy diez *sous* si sales por ahí anunciando un nuevo desastre de los rusos.

El chico miró a derecha e izquierda; vio de lejos a un guardia e hizo un mohín.

Comprendiendo su vacilación agregué otros diez centavos.

—¿Pero es usted del Japón? –Me preguntó antes de decidirse.

—Sí, chico, del Japón –y alargué la mano.

El piñuelo abrió tamaños de ojos... y echó a correr alborotando la calle y miraba hacia atrás a cada grito que lanzaba:

–¡*La Presse* con el desastre de Rusia!

Vibró entonces a mi espalda una risa cascabelera. Instintivamente volví la cabeza y reconocí la muchacha que en el *music hall* inclinaba a menudo sobre mis ojos su sombrero color de sangre adornado de anchas cintas y flotantes plumas blancas.

ÍNDICE

PRÓLOGO. EL ASEDIO DE LOS DÍAS
por Álvaro Contreras 9

SOBRE ESTA EDICIÓN 17

CRÓNICAS DESDE EUROPA

¡Bendita tierra! 21
Madrileñas 24
Sevillanas 30
Madrileñas. La cervecería suiza 35
Indigestión de tronos 40
Un drama socialista 45
Instantáneas 48
Instantáneas. XI 52
Los mendigos de Madrid 57
Cartas y monos 61
Cartas de una viajera venezolana a una amiga de Caracas 65
Carta de una venezolana que vive en madrid a una amiga suya de Caracas 69
Bocetos madrileños. El reventador 73
Puntos y comas ilustrados 77
Tipos madrileños. Las de servir 83
Crónicas nuevas 87

Croniqueando. Desde París 93
Los que desacreditan a París 97
Unas de cal... 101
A través de París 105
La fiesta de las letras 109
Momentáneas 117
Originalidad y plagio 120
Recordando a España 127
Sensiblerías periodísticas 131
Del modernismo en América 135
Apostolado romántico 146
Prontuario de la calle 150

Para Pardo, las formas sintácticas académicas no están separadas de una percepción de la modernidad, de una forma de representar y vivir la sociedad; él ambiciona puntualizar las tensiones entre un orden social tradicional, antiguo, y una prosa ágil, cambiante, que remita a las fantasías de otra escritura. Lo desiderativo implica imaginar otra ciudad y otro archivo para intentar representarla.

Álvaro Contreras



BIBLIOTECA AYACUCHO

Colección La Expresión Americana

ISBN: 978-980-276-580-5
9789802765805